

LA ESCUELA DE NAZARET Y CASA DE LA SAGRADA FAMILIA *San José Manyanet*

INTRODUCCIÓN

El padre Manyanet publicó *La Escuela de Nazaret*, que él llamaba familiarmente «Conferencias», en 1895, en el establecimiento tipográfico La Hormiga de Oro de Barcelona, en un tomo de 254 páginas en 8.0 mayor, encuadernado en rústica, que se vendía a 1,50 pesetas (cf. *El Correo Catalán*, 14 junio 1896). Apareció con la censura del obispado de Barcelona, pero lo había sometido también a la del obispado de Vic.

El manuscrito original, de 410 páginas, lo presentó al doctor José Morgades, obispo de Vic, en uno de los muchos viajes que hizo a aquella ciudad en 1894, ya después de haber inaugurado el convento de las religiosas de Aiguafreda. Se conserva un folio de «Observaciones referentes al libro manuscrito por el R. P. José Manyanet Vives, titulado "Escuela de Nazaret"», hechas, probablemente por el censor de la diócesis de Vic. Se trata de 28 correcciones a diversos puntos, más bien de tipo gramatical, de expresión y estilo, al pie de las cuales anotó el padre Manyanet: «El Excmo. e Ilmo. Sr. Obispo de Vic, Dr. D. José Morgades i Gili, después de examinar la obra de que se trata, la aprobó y aceptó su dedicatoria, autorizando su publicación en 22 de octubre de 1894. Ita est» (rubricado).

Con esta autorización procedió a la impresión del manuscrito en Barcelona, para cuya diócesis no sirvió la aprobación de Vic. Por ello, en 1896, ya el libro en prensa, pidió al prelado de Barcelona la censura del mismo.

Don Francisco de A. Roca (1858-1902), censor, hizo un hermoso elogio de esta obra, que sin duda nos ofrece el núcleo del alma y la espiritualidad del padre Manyanet: «Cuanto en esta obrita enseña el autor es recomendable, ya por la pureza de la doctrina, ya por la claridad y sencillez con que se expone. La considero obra utilísima a los que deseando consagrarse a Dios quieran tener idea clara de los deberes que impone el estado religioso y de las virtudes que exige.»

Modelo para todas las almas

El título de la obra *-La Escuela de Nazaret y Casa de la Sagrada Familia-* ya expresa la finalidad de la misma: presentar la riqueza espiritual y religiosa de la vida de la Sagrada Familia como modelo de toda alma, particularmente de las consagradas a Dios en la vida religiosa. La Casa de la Sagrada Familia, morada perfecta del Hijo de Dios, es al mismo tiempo una escuela de perfección en la que, en actitud contemplativa, todos estamos llamados a aprender la fidelidad a la voluntad de Dios Padre.

En esta edición se han señalado más de 500 referencias a la Sagrada Escritura, no indicadas expresamente por el padre Manyanet, aunque su referencia implícita manifiesta su familiaridad con la Biblia y con el pensamiento de los Padres y Doctores de la Iglesia. Este trabajo de búsqueda se debe en parte al P. Juan Morató, S. F. (1905-1974). Creemos que esta relación, que se añade al final de la obra, podrá ayudar al lector y a quienes deseen conocer las raíces bíblicas del pensamiento del autor.

La forma de desarrollar la doctrina es muy apropiada al contenido de la obra: conferencias dialogadas en que Jesús, María y José departen familiarmente con un alma devota y amante de la perfección llamada "Desideria". La materia está dividida en tres partes y 43 visitas. Es Jesús mismo quien, al terminar la primera visita de Desideria a la casa de Nazaret, le adelanta, de una forma muy confidencial, el tema de las conversaciones, o sea lo que un alma puede deducir de la contemplación de la vida de la Sagrada Familia en Nazaret: "En primer lugar -le dice- te haré entender la gracia particularísima que Dios dispensa a un alma al llamarla e inclinarla a la vida devota, y mucho más si es a la perfección del estado religioso, y lo que el Señor con ello se propone (cf. 1 parte, Visitas II-XVI). Luego hablaremos del gran mérito y espiritual provecho que encierran en sí los tres santos votos que se

hacen en la religión (cf. II parte, Visitas XVII-XXII). Explicaremos después lo que se entiende por perfección religiosa, o, lo que es lo mismo, te indicaremos las virtudes que deben principalmente adornar a un buen religioso” (III parte, Visitas XXXIII-XLIII).

Autobiografía espiritual

La obra lleva como subtítulo el de «Doctrina enseñada en varias visitas y conferencias por Jesús, María y José a un alma generosa y amante de mayor virtud y perfección.-Materia utilísimas a toda clase de personas así seglares como religiosas que quieran de veras saborear el espíritu que reinaba en aquella santa morada e imitar las virtudes y ejemplos que en la misma resplandecían». De esta manera de expresarse se deduce una intuición fundamental, que desarrollaría más tarde el Concilio Vaticano II en la Constitución «Lumen Gentium» sobre la Iglesia: la vocación universal a la santidad por parte de todos los miembros de la Iglesia, sea cual sea su particular vocación o condición. Y al mismo tiempo se apoya en el concepto clásico cristiano de que la perfección y la santidad consisten en el deseo, ya que el deseo es la expresión de un amor y tiene la finalidad de mover a la búsqueda incesante de Dios. «El camino de un buen cristiano -afirma San Agustín- es un continuo deseo de su perfección» (*Tract. IV in Epist. 1 Joann.*).

Este libro es para el padre Manyanet lo que fue la *Introducción a la vida devota* en la obra de San Francisco de Sales, es decir, algo que han intuido los mejores espíritus apostólicos y los santos y santas de la historia de la Iglesia: que la perfección cristiana es exigencia y patrimonio de todos y todas en la Iglesia. Con razón escribió el doctor Sardà i Salvany que «bajo la forma atractiva de conversaciones de visita (...) [el padre Manyanet] desarrolla y expone un verdadero curso de vida espíritu, desde los primeros fundamentos ascéticos de ella hasta lo más delicado de la perfección religiosa propiamente dicha (...). Es una de las excelentes lecturas que en adelante podrán recomendarse a las almas deseosas del espiritual aprovechamiento, ya en el siglo, ya en el claustro» (cf. *Revista Popular* 26 [1986, 1] 367).

Evidentemente, hay en la obra una apología constante de la vida religiosa y por eso nos aparece en ella el alma del padre Manyanet como verdadero religioso. Se ha dicho, y con esta convicción invitamos a adentrarse en sus páginas, que el personaje de Desideria es precisamente el alma de José Manyanet y el magisterio de San José condensa su experiencia en la dirección de las almas y en la formación de los religiosos. La obra sería en este sentido como su autobiografía espiritual y religiosa. Si el lenguaje puede resultar un poco difícil para el lector actual, por ser deudor de las formas de expresarse de su tiempo, no así el contenido, que es muy evangélico y actual.

Emotiva sobremanera es la confesión que hace el beato Manyanet en el breve prólogo «Al que leyere», escrito por él mismo: «Lo que aquí se dice es doctrina tomada del sagrado Evangelio y de distinguidos maestros en la ciencia de los santos: suyo es, pues, el mérito y autoridad; para mí Solo pido indulgencia a mi extremada pobreza.» Realmente es manera de hablar de un santo...

Un complemento interesante

Las Máximas de cristiana perfección recogidas en la Casa de la Sagrada familia de Nazaret Jesús, María y José aparecieron por primera vez al final de la edición de *La Escuela de Nazaret* y por eso se intuyen también en esta obra. No era intención del autor hacer una edición aparte de las mismas, pero muchas personas le dijeron que era su deseo llevarlas consigo, sin peso ni molestia, para poder leerlas y repasarlas y saborearlas a todas horas. Y por eso aparecieron en edición separada, en 1896, publicadas por la Hormiga de Oro, en un opúsculo de 32 páginas, de 13 x 9 centímetros, con un significativo complemento del título: «Máximas (...) utilísimas a toda clase de personas, así seglares como religiosas.» «Te presento -dice el padre Manyanet al lector en el Prólogo- como en espejo toda la perfección a que debe y puede aspirar el cristiano que desea imitar las sólidas virtudes que reinaban en la Casa de la Sagrada Familia de Nazaret. Allí está nuestro perfecto ejemplar y modelo...»

La capacidad de observación del padre Manyanet y el trato con las diversas personas, seglares o religiosas le permitieron formular, a través de estas Máximas, aquellas situaciones que, por los más variados motivos, malogran, a veces, el éxito personal de la perfección cristiana o religiosa. Insiste de un

modo particular en la vida interior, la mortificación, el conocimiento de sí mismo y la corrección fraterna, la humildad, el trabajo, etc., aprendido todo en la casa de Nazaret, verdadera escuela del Evangelio, en la diaria conversación con Jesús, María y José.

Se añaden también las referencias bíblicas implícitas buscadas por el P. Charles Stoeber, S.F.

En resumen, puede afirmarse que el padre Manyanet traduce en esta obra su preparación doctrinal, bíblica y teológica, la experiencia de su perfección cristiana y el carisma de su vocación eclesial, y se revela un profundo conocedor del espíritu humano y verdadero maestro de la vida espiritual, a la par que un experimentado director de almas.

**LA ESCUELA DE NAZARET
Y CASA DE LA SAGRADA FAMILIA**

DOCTRINA

Enseñada en varias visitas o conferencias

POR JESÚS, MARÍA y JOSÉ

A UN ALMA GENEROSA Y AMANTE DE MAYOR VIRTUD

Y PERFECCIÓN

MATERIA UTILÍSIMA A TODA CLASE DE PERSONAS ASÍ SEGLARES COMO RELIGIOSAS QUE QUIERAN DE VERAS SABOREAR EL ESPÍRITU QUE REINABA EN AQUELLA SANTA MORADA E IMITAR LAS VIRTUDES Y EJEMPLOS QUE EN LA MISMA RESPLANDECÍAN

Escrito por el R. P. JOSÉ MANYANET VIVES, Pbro.

Religioso de la Congregación de Hijos de la Sagrada Familia.

AL QUE LEYERE

Carísimos: Sabemos, por la fe, que Dios creó al hombre feliz¹ y le colocó desde un principio en un paraíso de delicias, imponiéndole en agradecimiento de tanto bien un solo precepto, la obediencia²; asegurándole que si era fiel en guardarla, le daría más tarde otra felicidad mayor y eterna. Mas el hombre, por sugestión de Satanás, no conservó esta fidelidad; fue arrojado del paraíso terrenal y de ahí le vinieron esa multitud de flaquezas y miserias a que ahora se halla sujeto³. Compadeciósse Dios de su mísero estado, y para consuelo le prometió un Redentor que le recuperaría la perdida felicidad⁴; y que al propio tiempo este Liberador le serviría de infalible maestro y ejemplar, de modo que, creyendo en Él⁵ y cumpliendo su divina doctrina⁶, sería otra vez admitido a participar de la dicha celestial.

Cumplióse esta consoladora promesa de Dios con la venida de Jesucristo a la tierra, que vestido de carne pasible⁷ satisfizo plenamente al Padre⁸ Eterno, redimió al hombre prevaricador⁹, le enseñó de palabra y de obra¹⁰, dejóle medios eficacísimos con que curar y remediar sus necesidades y males¹¹, y por fin se volvió al seno del Padre¹², de donde salió para allí esperar, recibir y galardonar a sus fieles imitadores.

A recordar algo de lo que enseñó y practicó este divino Maestro de las almas se dirige este pequeño y sencillo trabajo, con el deseo único de poder contribuir en algo al mayor bien y provecho de mis hermanos. Lo que aquí se dice es doctrina tomada del sagrado Evangelio y distinguidos maestros en la ciencia de los santos: suyo es, pues, el mérito y autoridad; para mí Solo pido indulgencia a mi extremada pobreza.

Esto espera de las buenas disposiciones de los que esta obrita leyeren; todo a mayor gloria de Dios, honor de la Sagrada Familia y provecho de las almas. Rueda, amado lector, por el que no se olvida de ti en sus oraciones y es tu afectísimo y siervo en Cristo,

J[osé].M[anyanet].V[ives]., Pbro.

PRIMERA PARTE

TRATA DE CÓMO DIOS LLAMA A LAS ALMAS CON TOQUES INTERIORES Y DE LO QUE CON ELLO SE PROPONE PARA BIEN DE LAS MISMAS

VISITA PRIMERA

Introducción

Se acerca Desideria a la casa de Nazaret, saluda a los tres sagrados personajes, Jesús, María y José, y manifiesta el objeto de su visita.- María la recibe con cariño; la presenta a Jesús y le promete tomarla por hija.- Confirma Jesús lo dicho por su Madre.- Concejos que le da José.- Agradecimiento de Desideria.-Últimas palabras de Jesús.- Despedida.

DESIDERIA. Lado sea Dios en todo y para siempre, Dueños míos. A vuestra presencia me llevo; perdonad mi atrevimiento, atraída por la exquisita fragancia de vuestras virtudes¹, al objeto de obtener la dicha de poder visitaros y al propio tiempo escuchar con docilidad las palabras de paz y de vida eterna que salen de vuestros labios santísimos.

Asimismo vengo para ofreceros no solo lo que tengo y valgo en lo exterior, sino más bien mi corazón. Pobre soy en verdad, y más que eso, indigna pecadora; pero, gracias a la bondad divina, tengo fe y por él he llegado a conocer quién es Dios, las obras maravillosas de sus manos² y los portentos que ha obrado por puro amor a favor de la pobre descendencia de nuestro primer padre Adán.

Me consta por esta fe que es preciso amar a este Dios y Señor sobre todas las cosas creadas, de todo corazón y con todas las fuerzas³ para merecer su amor y particular cariño. ¡Mas, ay de mí...! ¡Son tan cortos mis alcances y tantas y continuas las pasiones que me tiranizan... Sé también por esta misma fe que para agrandar plenamente a tan soberano Señor es preciso ser dócil a sus santas aspiraciones, además de cumplir con toda fidelidad sus divinos preceptos. Sí, dueños míos, esto entiendo y conozco y aun siento en mi interior una como fuerza que me mueve y empuja a que me resuelva a abrazar un estado de vida de sí más seguro y más a propósito para alcanzar virtudes y conseguir la vida eterna. Empero, por otra parte, experimento tan encontrados movimientos y se me presentan tales obstáculos, que, a la verdad, me dejan como sin fuerzas y sin que me atreva a resolver, por lo que necesito de quien me dé ánimo, aliente mi timidez y sufra con amor y compasión mis defectos e ignorancias.

MARÍA. Todo eso hallarás en nosotros, Desideria; ánimo, seas confiada, al mismo tiempo que bienvenida, hija. Lado sea Dios por todo, como has dicho, ya que debe serlo en todas las cosas, como Creador, Ordenador y Conservador de ellas. Esta es la razón por la que la criatura racional debe dirigirlo todo a su mayor honor y gloria⁴, para la consecución de su último fin, que es la felicidad eterna, o sea la posesión perdurable de este su Dios y Señor.

Mucho me complace tu visita, carísima mía, y persuádate de que también se contentan en eso mi dulce y amado hijo Jesús, así como mi queridísimo esposo José. Así, pues, en nombre de los tres te felicito y doy el más cumplido parabién de que por dicha tuya hayas dado asentimiento a la divina inspiración y te hayas resuelto a venir a esta nuestra casa, que es morada de paz y verdadera alegría. Sí, hija, no temas; aquí se te enseñará y encontrarás lo que quieres y tu corazón desea. ¡Ojalá que, haciendo por lo común los hombres mejor uso de su noble razón y libre albedrío, escucharan con mas atención la doctrina que les da mi Hijo santísimo y se resolvieran a conocer y poner, desde luego, en práctica lo que tanto les importa! Te aseguro, hija, que en nosotros hallaras a tus mejores padres, a tus caros amigos y fidelísimos bienhechores. No dudes que queremos y podemos enriquecerte de bienes sólidos y duraderos;

pues mi Hijo es omnipotente, y por consiguiente es como el Arca divina donde se encierran todos los tesoros de cielo y tierra⁵, Ciertamente que Jesús, aunque vestido de la humilde naturaleza humana, tomada de Mí su sierva, sin mérito mío anterior, solo impulsado del inmenso amor con que se dignó mirarme⁶, para elevarme a la incomparable dignidad de madre Suya, a la vez que sublimar a José, mi castísimo esposo, a la singular distinción de Jefe de Familia y honrarle con el dulce nombre de *Padre nutricio*; Jesús, digo, es en realidad de verdad Dios de inmensa sabiduría y bondad, igual al Padre Eterno en cuanto a la divinidad, si bien inferior en cuanto a la humanidad. Es el Dios humanado para la salvación de los hombres, el Mesías prometido a los Patriarcas, el figurado por los Profetas, el Reconciliador del hombre pecador con su Creador ofendido. Es el que, movido únicamente de su caridad sin límites y llevado de un amor tiernísimo, ha bajado del cielo a la tierra para cargar sobre sí todo el peso de la deuda del pecado, satisfacer a la justicia divina y ser en adelante su más fiel maestro y seguro ejemplar. Jesús es el camino recto y seguro, la verdad y la vida, sin que ninguno pueda llegar al Padre celestial sino por Él⁷. Esta es la razón y causa por qué mi Hijo recibe siempre con benevolencia y abraza con indecible cariño a los que a Él se acercan y desean ser buenos, mansos y humildes de corazón⁸, prometiéndoles la verdadera paz y felicidad del alma, asegurándoles que su ley es suave y su carga ligera⁹, por mas que lo contrario digan los tres fieros enemigos: mundo, demonio y carne.

Ven, pues, a Jesús, hija mía, y acércate con infantil sencillez y confianza: no dudes de que mucho mejor de lo que tú puedes entender, desea Él instruirte y solidarte en la verdadera virtud y perfecto amor de Dios, ya que no para otro fin vino a este mundo y se ha dignado formar parte de esta Familia que debe ser el modelo de todas las demás si desean paz en la tierra y aspiran a la eterna felicidad.

JESÚS. Acércate, Desideria, como te aconseja mi prudentísima Madre: aproxímate sin temor, que mis delicias son estar entre los hijos de los hombres¹⁰, enseñándoles a cumplir la voluntad de mi Padre, que está en los cielos.

Escuchando has las sublimes verdades de mi divinidad, así como el fin que tuve al tomar la naturaleza humana y querer vivir entre vosotros. He venido a ser el Mediador¹¹, la Luz¹² perenne y el Guía infalible. El que me escucha y me sigue es de Dios¹³, pero el que no quiere escuchar ni hace caso de mis palabras anda entre espesas tinieblas y no acierta el camino¹⁴ de la verdad y de la vida. Soy el buen Pastor¹⁵ que conduzco mis ovejas por praderas de saludables y riquísimos pastos; el Médico celestial¹⁶ que propino remedios suaves y eficaces para curar todo género de enfermedades y dolencias, no según la falsa ciencia humana y prudencia de la carne¹⁷, sino según aquella que conviene al alma, que es la que principalmente interesa.

JOSÉ. Ya ves, Desideria, cuánta es la amabilidad de Jesús y lo mucho que por ti se interesa. Aviva, pues, más todavía la fe y procura escucharle con atención y agradecimiento. No te escape ni una sola de sus divinas palabras; recógelas todas con cuidado y guárdalas diligente en tu corazón¹⁸. Sé agradecida¹⁹ y fervorosa imitadora²⁰ de todo cuanto oigas y observes en nosotros. Nosotros desde hoy te admitimos gustosos bajo nuestro especial cuidado; pero así como nosotros nos inspiramos y vivimos según los deseos del Sagrado Corazón de Jesús, así tú debes estar atenta a sus palabras y copiar con la fidelidad posible sus virtudes. Ten cordura, hija; acrecienta tu esperanza, y experimentarás luego la calma interior, indicio de haber logrado tus justos y laudables deseos.

DESIDERIA. ¡Cuán consolada y animada quedo, amados Padres míos, con vuestras palabras de benevolencia! Comprendo bien que me amáis de veras, porque vuestro amor no es interesado, pues tan Solo tiende a proporcionarme felicidad temporal y eterna. No me engañaba el corazón cuando me impulsaba a que me acercara sin temor a esta dichosa morada donde reside la más pura inocencia, la más cándida sencillez, la caridad verdadera, la amistad sincera. Esta es en verdad la Casa santa por excelencia y donde se aprende a servir y amar a Dios en espíritu, a ser útiles a nuestros prójimos, a corregir los propios defectos, a refrenar las concupiscencias, a obrar con pureza de intención. ¡Oh, mil veces feliz yo, que di asentimiento a vuestra inspiración! Gracias, amadísimos Padres, por la benignidad con que me habéis recibido y por la confianza con que me alentáis. Mas ahora permitidme, en prueba de mi agradecimiento y en señal de fidelidad con que deseo y quiero corresponder a vuestras finezas, que postrada a vuestras plantas soberanas os pida humilde la santa bendición.

JESÚS. Bendita seas de Dios Padre, de Dios Hijo y de Dios Espíritu Santo, hija amada. Yo

satisfaré plenamente tus buenos y santos deseos.

Por hoy es suficiente lo que has oído. En las visitas que de nuevo nos hagas te daré muchas e importantes lecciones, que con suavidad irán ilustrando tu entendimiento y llenarán tu corazón de celestiales deseos. Mas para que la abundancia de doctrina no abrume ni fatigue tu flaco entendimiento, guardaré cierto orden y medida.

Así, pues, en primer lugar te haré entender la gracia particularísima que Dios dispensa a un alma al llamarla²¹ e inclinarla a la vida devota, y mucho más si es a la perfección del estado religioso y lo que el Señor con ello se propone.

Luego hablaremos del gran mérito y espiritual provecho que encierran en silos tres santos votos que se hacen en la Religión. Explicaremos después lo que se entiende por perfección religiosa, o, lo que es lo mismo, te indicaremos las virtudes que deben principalmente adornar a un buen religioso; y por fin te daremos unas cuantas máximas que, si las reflexionas con frecuencia y las guardas fielmente, te serán de gran provecho.

Por tanto, hija, no te arredren las dificultades²² que siempre se ofrecen y son indispensables en estas empresas. Seas humilde²³ y fervorosa, que nosotros de continuo estaremos a tu lado para inspirarte, animarte y defenderte de todo asalto y peligro.

DESIDERIA. Todo lo espero de vuestro favor y poder, Padres míos. Dadme la santa bendición y con ella me retiraré gozosa de haber disfrutado este rato vuestra presencia.

VISITA SEGUNDA

Vocación

Otra visita de Desideria.- Jesús le da mayores conocimientos de su divinidad: hace ver que la vocación al estado religioso es don gratuito muy singular de Dios, y cuánto le ofende y pierde el alma resistiendo a este llamamiento.- Reconoce Desideria la gran merced de Dios al ser llamada a este estado.- Exhórtala Jesús a conservarse fiel.- Promesa que hace Desideria.- María la alienta.- Importantes avisos de José.-Despedida

DESIDERIA. Veisme otra vez a vuestra soberana presencia, amados Dueños míos, ansiosa de escuchar atenta las divinas instrucciones que me tenéis ofrecidas.

JESÚS. Bienvenida seas, Desideria: siéntate cerquita, que deseo que te lijes muy mucho en lo que voy a decirte. Doy principio por la misma inspiración que en tí misma has sentido y lo que con ella pretende mi Padre celestial.

DESIDERIA. Hablad¹, Jesús mío, que atenta estoy a vuestras palabras.

JESÚS. Te dije ya, hija, y de ello quedaste persuadida, que Yo, como verdadero Dios y verdadero hombre, soy Señor de todas las cosas² y Maestro³ infalible, igual al Padre en cuanto Dios, y que por Mí han sido hechas todas esas cosas, y que sin Mí nada se ha hecho de todo cuanto ha sido hecho⁴. Si fui enviado del Padre, fue por propia voluntad; y si bajé del cielo a la tierra, fue por amor y con el fin de liberrar al hombre del poder de su más cruel enemigo, el demonio, y abrirle de nuevo las puertas del paraíso, que su pecado le tenía cerradas.

Debes inferir de lo dicho, hija, que puedo y debo hablarte con autoridad divina⁵, por cuanto soy Dios, y como un hermano mayor tuyo porque soy también hombre. Cree y reconoce con firmeza estas dos cualidades que me son propias; porque la primera te hará conocer la inmensa caridad que la Trinidad Beatísima ha tenido con la pobre humanidad después de su triste e ignominiosa caída, para repararla con mayor ventaja y dignidad; y la segunda te persuadirá de que, con la gracia y méritos del que se dignó llamarse tu hermano, no te será difícil alcanzar luces y fuerzas suficientes para seguir con seguridad el camino de la virtud que has iniciado, hasta llegar a la cumbre de la perfección a que eres llamada, a través de los combates que es preciso sostener⁶ contra los tres astutos y constantes enemigos: el mundo, el

demonio y la carne.

Esto supuesto, ya comprendes, hija, que, habiendo creado Yo a los hombres y teniéndoles un amor tan grande, me incumbe tener también de ellos un particular cuidado. Y ¿quién mejor que el que los ha formado puede conocer su interior⁷, su temperamento, sus inclinaciones y demás cualidades? Solo Yo las conozco con certeza, como árbitro repartidor que soy de ellas; y ésta es la razón por la que los inclino suavemente al estado de vida que conviene mejor a cada uno, para conseguir su último fin. De ahí el que por medio de inspiraciones y toques interiores, de buenos amigos, lecturas piadosas, sermones, desengaños y otros accidentes al parecer casuales, les haga ver y entender las ventajas de aquel particular estado a que los llamo y les facilite los medios adecuados y les allane el camino para alcanzarlo, y que una vez alcanzado sean dichosos temporal y eternamente si con fidelidad me aman y sirven.

Y si bien es verdad que deseo y quiero la salvación de todos⁸, es también cierto que elijo de cuando en cuando entre la muchedumbre algunas almas (siendo tú una de ellas) que, amándolas con especial ternura, las quiero separadas del bullicio y tráfago del mundo y las conduzco al seguro de la Religión, estado más perfecto sin comparación que el de los seculares, para que, viviendo en aquel sagrado recinto y delicioso jardín, ocupadas únicamente en mi santo servicio haciendo mi voluntad, conozcan y admiren mejor mis infinitas perfecciones y grandezas, me sigan más de cerca y amen con mayor fervor.

Con estas almas tengo mis mayores delicias⁹ y con ellas me trato familiarmente, cuya familiaridad las hace de día en día más cautas y prudentes, más activas en el ejercicio de las virtudes sólidas, más ricas en merecimientos y, por fin, dignas de mayor premio en el cielo. Así es que Yo mismo, por medio de mis fieles siervos los fundadores, ordeno todas las ocupaciones y santos ejercicios que se mandan en cada una de las diversas congregaciones; de donde se sigue alabanza para Mí, viéndose más la belleza y fecundidad de mi Iglesia; porque a la manera que la diversidad de flores y plantas escogidas, distribuidas con arte y gusto, forman la agradable vista de un jardín, así también esta Iglesia aparece más hermosa y bella con la variedad de institutos religiosos, ocupados unos en la contemplación de mis divinas perfecciones y dedicados otros a ejercicios de otras virtudes y obras de misericordia, todo siempre a mayor honra y gloria mía.

Pero advierte, hija, que al llamarte Yo al estado religioso, no es que lo haga sin diferencia para cualquiera de las religiones, como creen algunos equivocadamente, sino que a unos les quiero y destino para un instituto, y a otros para otro. No son ellos los que deben escoger a la ligera o sin seria reflexión, sino que es preciso escuchar atentamente lo que les hablo¹⁰ en su interior y acatarlo con sumisión. Deben sin repugnancias poner desde luego en práctica lo que les inspiro y ordeno, no según voluntad propia y naturales inclinaciones, ni según consejos que se fundan en mera prudencia humana, sino más bien, como queda dicho, conforme a mi voluntad. El que de otra manera se conduce, mucho se engaña, y por más que sea de los llamados, ni me agrada ni recibe tantos auxilios; y así es mucho más difícil llegar al grado de virtud y perfección que al llamarle me propongo. Por consiguiente, tú que has sido una de esas almas privilegiadas y conoces ya el lugar en que gusto sea tu morada, sé constante y vive en él contenta, que de seguro no te pesará.

DESIDERIA. Muy bien comprendo, Jesús mío, la gran merced que me habéis dispensado y el singular honor con que me habéis distinguido, eligiéndome para ser del número de aquellas almas privilegiadas a las cuales queréis Vos hacerlas participar aun en esta vida del rico tesoro de vuestras bondades, como presagio del torrente de dulzuras que les tenéis preparadas en la morada celestial si corresponden con fidelidad. Entiendo que con estas almas intentáis consolaros, por decirlo así, de los muchos pecados e ingratitudes con que una gran parte de los hombres aflige y traspasa vuestro amante y compasivo corazón, viéndolos correr como frenéticos tras los placeres efímeros y tras fantásticos honores con que el mundo los fascina, perdiéndose miserablemente para siempre, olvidados de su Redentor y de su felicidad eterna. ¡Oh incomprensible ceguedad de los mortales!

JESÚS. Veo con gusto, Desideria, que mis palabras emocionan tu dócil corazón. Mas advierte que no bastan los buenos deseos de momento. Tu resolución debe ser eficaz, esto es, que una vez puesta en el sagrado de la Religión, no debes retroceder ni aflojar en tus santos propósitos¹¹. Es preciso mirar con santo horror la conducta de aquellas almas ligeras e inconstantes que, ingratas a mis particulares favores, sin consideración, descuidan neciamente lo que con tanta cordura y espontaneidad prometieron y con

gozo abrazaron. Como inconstantes, luego se cansan de todo y creen bueno andar por un camino que no es el que Yo les he trazado, y así viven una vida distraída, disipada y regalona, sin fijarse mucho ni hacer el caso debido de sus defectos y negligencias, que neciamente califican de pequeñeces o aprensiones de espíritus débiles y apocados; y no es así, hija mía.

Se engañan lastimosamente todos aquellos que creen cumplir bastante con los deberes de su vocación con Solo apartarse de los pecados y faltas graves¹² Al perezoso y al que poco ama, siempre le parece mucho lo poco que hace, como al flaco se le hace pesada la ligera carga que le es forzoso llevar. Tales almas llegan a persuadirse falsamente de que con lo poco que trabajan me doy por contento y satisfecho, y como tienen en poca estima la perfección, andan tibias y descuidadas en mi servicio. ¡Cuán digno de compasión es semejante estado! La flojedad en mi servicio es para el alma lo que la tisis para el cuerpo, cuya enfermedad indefectiblemente conduce a la muerte. No basta apartarse del mal; conviene obrar bien y ajustarse del todo y con voluntad resuelta al espíritu y letra de la regla a cuya observancia se ha sido llamado.

En las cosas de virtud y perfección, el no ir de continuo adelante es como volver atrás. Pierde mucho y me disgusta aquel que, pudiendo con tanta ayuda y proporción enriquecerse de virtudes y merecimientos, deja de hacerlo por descuido y negligencia. De aquí por qué muchas almas, por más que retiradas en la sagrada morada y vestidas con la librea de esposas mías, no llegan jamás a gustar¹³ y saborear aquellas dulzuras y consuelos inefables que de vez en cuando concedo a las que son diligentes en mi servicio; y así no es de extrañar que, en justo castigo de su ingratitud, queden privadas de las gracias que tan sin consideración desprecian, y que permita que se relajen, que pierdan su vocación y que vuelvan a la miserable vida y esclavitud de los mundanos.

Tú, hija mía, colocada ya en el santo retiro, no te contentes con Solo odiar las faltas graves: evita con cuidado y en cuanto puedas los pecados leves y aun las faltas deliberadas. Esto es lo que quiero de ti y esto te exijo, y si no lo cumples, ¿para quién sera el daño? Para ti ciertamente, hija mía. ¿Piensas por ventura que el pretender que me ames y sirvas en esta vida con mayor perfección que los seglares nace de propia estima o interés? En verdad que no, puesto que soy inmensamente feliz y dichoso por mí mismo y no tengo necesidad de otros¹⁴. Todo el bien y provecho es para el alma: Solo la grandeza de mi bondad me inclina a ser pródigo con mis criaturas racionales para en cierto modo endiosarías conmigo.

Por tanto, aprovéchate, Desideria, de esta importante doctrina. Has comprendido que tu vocación es don mío gratuito y que el escogerte entre tantos ha sido con el único objeto de que me ames y sirvas con pureza de intención y heroica perseverancia, que eso quiere decir estado religioso.

DESIDERIA. Gracias mil, adorado Jesús mío. Propongo hacerlo cual me habéis dado a conocer, pero... ¡soy tan miserable...! Quisiera no Solo andar, sino correr¹⁵ por el camino de la perfección del estado religioso que me habéis inspirado, a la manera que el ciervo sediento corre veloz en busca de la cristalina fuente¹⁶, y poder cubrir el altar del sacrificio con ricas ofrendas, mas temo mi inconstancia y no menos mi flaqueza.

MARÍA. No te turbes ni espantes, hija mía; buen animo y espera confiada, que mi buen Jesús, así como te ha dado el comienzo, no será escaso en concederte auxilios y gracias para proseguir y terminar con gloria tu carrera¹⁷.

JOSÉ. Y para que no se pierda por tu parte y puedas asegurar mejor el fruto de esta importante lección, ten presente, como resumen de toda ella, estos cuatro avisos: 1º trabajar sin miedo ni pereza en apartar de ti todo aquello que entiendas ser contrario a la perfección; 2º tomar con empeño el puntual cumplimiento de tus deberes religiosos a la letra, sin excusas ni interpretaciones caprichosas; 3º sufrir por amor de Dios todos los defectos y flaquezas de los hermanos, y 4º aceptar, si no puedes con alegría, al menos con santa resignación, las tribulaciones, enfermedades y contradicciones que tu Señor y esposo te permita.

DESIDERIA. Tal como me lo inculcáis, bonísimos padres míos, así deseo y propongo cumplirlo. Ahora, con vuestra bendición, me retiro para acudir a mis deberes. En la nueva visita me permitiré hacer una pregunta, que creo ser para mí interesante.

VISITA TERCERA

Amor de Dios

Pregunta Desideria en qué consiste el verdadero y puro amor de Dios.- Explica Jesús las cualidades de este amor.- Temores de Desideria por la lucha que ha de emprender.- Consoladoras palabras de María.- Aliéntase Desideria.- Prosigue Jesús su doctrina.- Palabras de Desideria.- Confírmala Jesús en la verdad de lo que ha dicho.- Resolución de Desideria.-María le indica lo que debe evitar.- Continúa José la misma materia.-Despedida

DESIDERIA. Veisme de nuevo aquí, queridos Padres, ansiosa de escuchar vuestra celestial doctrina. La luz que derramó en mi interior la lección pasada ha despertado en mí un vivo deseo de saber en qué consiste el amar y servir¹ de veras a Dios, porque, según me habéis enseñado, ése es el fin de vuestro llamamiento y a eso viene obligada el ama una vez abrazado tan dichoso estado.

JESÚS. Justo es y muy loable ese tu deseo, amada Desideria, y por lo mismo quiero satisfacerlo. Sepas, hija, que las leyes del verdadero amor tienden siempre a formar una misma cosa del que ama con el objeto amado. De consiguiente, para que un alma me agrade y contente, menester es que todo lo que piensa, dice o quiera obrar, sea poco o mucho, grande o de escasa monta, lo ha de dirigir siempre a Mi², sin mezcla de otro afecto o interés, y al conocer ser una cosa de mi voluntad, disponerse a cumplirla sin dilación³, con todo empeño y con alegría.

Para este amor no basta el voluntario cumplimiento de todos mis preceptos; es preciso también abrazar y poner en práctica mis consejos, con disposición de moverse y obrar a la más leve indicación de mi querer; en una palabra, debe depender por entero de mi voluntad y procurar agradarme con todo su corazón, con toda su alma y con todas sus fuerzas⁴. Con este grado de amor es como el alma viene a comunicarse y hacerse una cosa conmigo, llegando a tal punto esta dichosa unión, que al alma únicamente le place aquello que entiende ser de mi agrado, y no le causa pena sino lo que sabe me disgusta⁵. Levantada el alma a este feliz estado, ya no se permite la más ligera transgresión voluntaria, ni puede tolerar lo que no concuerda bien con la voluntad de su amado: Solo anhela complacerle, Solo busca cómo agradarle. Como verdadera amante, ninguna cosa se le hace difícil: no excusa ocasión, no perdona trabajo, por arduo que sea, con tal de complacer al objeto de su amor. Por el amado hace todas las cosas, por él sufre todas las contradicciones y adversidades⁶; y para imitar a su amado acepta, no Solo resignada, sino gustosa y alegre, la humillación y el desprecio.

DESIDERIA. Muy levantada doctrina me enseñáis, Jesús mío, respecto del Creador con su criatura, y por eso me espanto, temiendo no podré llegar a ese alto grado de amor y unión por verme tan frágil e inconstante y además rodeada de tantos enemigos.

MARÍA. Verdad sería lo que dices, hija mía, si Solo contaras con las humanas fuerzas, pero no olvides que Jesús no te escaseará los auxilios para llegar a ese feliz estado, ya que para El te ha escogido, si cooperas por tu parte; el alma a la cual Jesús conforta, todo lo puede⁷.

DESIDERIA. En eso confío, Madre mía, y al efecto procuraré recordar vuestras palabras siempre que el temor y el desaliento pretendan acobardarme.

JESÚS. Si así lo haces, hija, te comunicaré el don de fortaleza y no te faltará mi particular cuidado para que con más facilidad puedas llegar a ese grado de puro y casto amor. Empero, para tu consuelo, a fin de que no decaigas de ánimo, cuando no pudieras hacer por mí grandes cosas, te advierto que no recibo contento tan Solo por las cosas que se hacen, sino más bien por la rectitud de intención y grado de amor con que se hacen. Así que, por más que un seglar, y sobre todo un religioso, se ejercite en actos de mortificación, castigando su cuerpo con disciplinas, ayunos y vigiliias, o que trabaje con mucho empeño en instruir, beneficiar al prójimo y servir a los demás hermanos, si todo eso no lo hace con recto fin y deseo de agradarme en aquel estado en que le he colocado, no lo acepto ni lo galardono: ese religioso no satisface a lo que viene obligado por su vocación, antes bien será tratado como reo de hurto, porque vuelve a tomar lo que ya no es suyo. Al llamarle y conducirle Yo a la religión y sacarle de los

muchos peligros del mundo, se me entregó sin reserva y prometió hacer en todo mi voluntad, cuya espontánea y libre ofrenda acepté gustoso: querer después dar entrada en su corazón a otra cosa fuera de Mí, ni él puede hacerlo, ni Yo consentirlo. Mas ¡ah, hija mía, cuántas almas se engañan tontamente a sí mismas...! Trabajan y se fatigan mucho y merecen poco, porque en los mismos trabajos que hacen, y dicen ser para mi servicio, mejor buscan su natural inclinación y propia honra, que no mi honor y cumplir mis deseos; y en faltándoles ese aliciente y gusto, aflojan luego en la virtud y fervor, so pretexto de que su animo no es para tanto, ni pueden con tanta carga. Mas la verdad es que no quieren, y no quieren porque no encuentran allí su propio contentamiento. ¿Qué se diría de un criado que en el desempeño de sus deberes Solo buscara su comodidad y particular interés? Ciertamente que mejor se sir-ve a sí propio que no a su señor: pues ni mas ni menos se portan conmigo semejantes religiosos; antes bien trabajan para complacerse a sí, que no para agradarme a Mí. Pues ¿con qué razón podrá llamarse sierva fiel y esposa mía el alma que no me da toda la gloria de sus actos⁸ y no gusta sufrir por mi amor las contrariedades que le permito únicamente para probar su fidelidad y con ello aumentar su mérito?⁹ Semejantes almas, ¿qué premio pueden esperar de sus fatigas y trabajos?

DESIDERIA. Por lo visto, Jesús mío, todo pensamiento, toda palabra y cualquier acción que no se dirija a Vos de buena voluntad y pura intención de agradaros¹⁰, de poco vale y de nada sirve para el alma, por más que ésta sea de las que moran en vuestra casa. Si se miran las cosas bajo este punto, entiendo, Bien mío, que pocas obras deben de parecer limpias a vuestros purísimos ojos, por más que las juzguen grandes y de mucho valor las criaturas.

JESÚS. Muy cierto es lo que dices, hija mía, y todo el mal de esas almas proviene de su ligereza y falta de reflexión. Esas almas distraídas, en vez de esforzarse como es debido en acomodar su voluntad y querer al querer y voluntad de su Señor y de hacerse violencia¹¹ para servirle como él gusta y les tiene ordenado, hacen lo contrario, siguiendo su veleidad sin contradicción. De aquí también el que muchos, dentro de la religión, no estén contentos y alegres, ni reconozcan por más seguro y acertado el lugar adonde Yo con tanta distinción y providencia los llamé y coloqué: pero suya es la culpa y no mía. Quieren servirme tan Solo en las ocupaciones y oficios que más les agradan; desean que las cosas les sucedan a medida de lo que imaginan (cuyos apetitos saben encubrir con capa de celo y caridad), no encuentran en lo que se les da o se les concede aquel idolillo que oculta y artificiosamente han buscado, y de ahí nace que se melancolizan, inquietan e incomodan, fingen mil excusas y ponen en juego todos los resortes para echar una carga que les estorba, atribuyendo, con daño propio, a otras causas la que única y exclusivamente es efecto de su frialdad e inmortificación, ¿No es eso un monstruoso desorden y más que traidora usurpación? ¿Querer escoger el súbdito el lugar y ocupación que le place y acomoda! Eso va a cargo y es facultad exclusiva del superior.

Por otra parte, ¿el súbdito sabe por ventura los tropiezos que ofrece aquella ocupación u oficio que tanto anhela? ¿Prevé las tentaciones que le ofrecerá aquel cargo que tanto apetece? ¡Ah, cuánta locura encierra ese modo de obrar! De muy distinto modo se conducen mis fieles y amantes servidores, Atentos ellos a mis inspiraciones y siempre prudentes en su conducta, sin ansiedad ni pretensión alguna, esperan tranquilos y confiados que obre Yo en ellos lo que guste por conducto de la santa obediencia y aguardan que ésta les señale el punto que deben ocupar y les indique en qué, cómo y cuando deben servirme; y cuando alguna Vez, por modo extraordinario, les hago entender que los llamo para esta o aquella ocupación particular, no se inquietan ni instan para ello, sino que, desconfiando de sí, lo manifiestan y depositan todo el negocio en los superiores, mis representantes, los cuales deben determinar no Solo si la cosa es buena y a propósito para ellos, sino también si ellos son aptos para la tal cosa.

DESIDERIA. ¡Cuánto me embelesa, Dueño mío, tan encantadora doctrina! Comprendo que el alma que cumple sus deberes y se deja llevar de vuestras inspiraciones, por más que la parte inferior sufra alguna contradicción y pena, es para el superior motivo de indecible gozo, ya que estáis con ella en la tribulación a fin de fortalecerla, consolarla y poder cantar victoria. ¿No es así, Madre mía?

MARÍA. Así es, hija; y muy necia se manifiesta el alma que, consagrada a Dios por su voto, enreda y aprisiona su corazón con bagatelas y cosillas de esta vida, a las que a veces se aficiona como niños a juguetes, que solo sirven para entretenerles; y así como estos se inquietan e incomodan si alguien se los quita, de parecido modo se portan las que atadas todavía por su amor propio y comodidad a las que

la tierra, gimen y se lamentan cuando su Dueño y esposo quiere, por medio de los superiores, quitarles lo que las distrae y perjudica. Esto prueba que el amor de estas almas ni es fuerte ni desinteresado, y que no dicen verdad cuando aseguran que se han entregado a Jesús de veras y enteramente, pues si así fuera, no se lastimarían cuando para su bien se desea arrancarles esa espinilla.

JOSÉ. Y tanto es así, Desideria, que de ordinario veras a esas almas melancólicas, inquietas y tibias: tan pronto quieren como no quieren; conocen lo que deberían hacer para complacer al celestial Esposo, pero no se resuelven del todo; les duele romper el idolillo, y de ahí el que se cumpla en ellas lo del profeta: andan con dolores de parto y nunca acaban de dar a luz la obra buena¹². Guárdate, pues, tú de parecerte a una de esas necias, y mucho te ayudará a conservarte si con reflexión te haces a menudo estas preguntas: 1ª ¿Amo a mi Dios y Señor con aquella rectitud y pureza de intención que me ha enseñado el mismo buen Jesús? 2ª ¿En mis cosas tengo algún otro fin más que agradar a Dios a quien solamente prometí fidelidad? 3ª ¿Hay en mí alguna afición que debilite el amor que debo por entero al que me honra como a verdadera y querida esposa? Hija, muchas almas religiosas que han comenzado con fervor languidecen y se pierden por no recordar seriamente estos sus formales compromisos.

DESIDERIA. Padres míos, con vuestro favor y gracia os prometo ser fiel: procuraré no olvidar con ligereza lo que acabáis de enseñarme, para no incurrir en la nota de ingrata y desleal. Suplico ahora vuestra bendición, y espero no tardar en visitaros.

VISITA CUARTA

Perseverancia en la vocación

Aprovechamiento de Desideria.- Doctrina de Jesús para librarse de las tentaciones y no aflojar en la vocación.- Admira Desideria la locura de un alma ingrata.- Avisos de María.- Prosigue Jesús sobre el mismo tema.- Conformidad de Desideria.- Otros avisos de Jesús.- Confirma María lo dicho.- José resume la materia.- Despedida

DESIDERIA. Agradablemente sorprendida quedé, queridos Padres, al hacerme conocer la gran dicha y singular favor que dispensáis a un alma cuando la llamáis a vuestra casa, sacándola del bullicio y peligros del mundo, a fin de colmarla de gracias especiales, guardarla con mayor caridad y distinguirla como esposa. ¿No es esto motivo poderoso para animar, consolar y estimar en mucho tanta dicha? ¿Pues qué extraño será os disgustéis y ofendáis del alma que, descortés e ingrata, tiene en poco su vocación y no ama de veras su instituto, honrándole cumpliendo todas sus reglas?

JESÚS. Sí, hija, mucho me ofende y entristece el alma que no reconoce ni agradece como se debe la gracia de la vocación¹. Por ello se hace indigna de nuevas gracias y favores, siendo por lo común esa descortesía causa de que se le retiren también las ya recibidas en justo castigo de su mala correspondencia.

Para librarte tú de tan fea mancha, arrastrada de las tentaciones y peligros que de ordinario surgen contra la vocación, voy a indicarte con brevedad cuáles son éstos, y al propio tiempo sen alarte los medios más seguros de rechazarlos y salir victoriosa. Repara, hija, que cuando uno tiene un objeto de mérito y valor lo estima y guarda con sumo cuidado; ahora bien, el don de la vocación al estado religioso es tan rico y precioso, que no se encuentra en la tierra, sino que viene del cielo. Es aquella margarita preciosa, buscada y adquirida a costa de toda su hacienda por el discreto y entendido lapidario²; en fin, su riqueza es tan superior, que no hay en esta vi a cosa que la iguale, puesto que, a parte de otras muchas bondades, encierra en sí dos admirables propiedades, que son: virtud y esplendor. Con su virtud ayuda al alma poderosamente para caminar hacia el cielo, de donde ella desciende, le da ánimo para sostener las batallas contra los enemigos que pretenden impedirle el paso y la conforta para superar y vencer todos los obstáculos que se encuentran en el camino de la perfección. Con su luz hace que el alma afortunada vea todos los peligros y engaños de esta vida para que los evite y no caiga en ellos, como hacen desgraciadamente los que quedan en el mundo faltos de ella. También descubre todas las emboscadas de los enemigos de la salvación y hace que conozca lo que Dios quiere de ella para que conforme su vida

según esta soberana voluntad, en cuyo fiel cumplimiento consiste toda la perfección religiosa. De donde se sigue que, ilustrada y vigorizada así el alma, por más que el mundo, con la falsa brillantez de sus riquezas, honores, pasatiempos y vanidades; la carne con su apetito de comodidades y deleites sensuales; y, por fin, el demonio por medio del amor propio y otras sugerencias, le persigan y combatan con fuertes y constantes batallas, nada puedan contra ella con tal que sea vigilante y agradecida al don recibido.

DESIDERIA. Vuestra doctrina, Señor, a la par que es severa, también anima. Justo considero que el alma que no quiere aprovecharse de esa luz ande en tinieblas, y si tropieza, suya es la culpa y muy digna de reprensión, pues desprecia un don que con tanta deferencia le habéis dispensado.

MARÍA. Así es, en verdad. Pero entiende que si deseas de veras ser lo que debes, has de trabajar con todo empeño en purificarte de todos los defectos que, a manera de malas hierbas en tierra no cultivada, así asoman y nacen en el corazón, capaces, si se descuida su desarraigo, de cegar el entendimiento y malograr la vocación. Condescender en la Religión con alguno de los malos hábitos y querer conservar ciertas aficióncillas es seguro indicio que no del todo se ha separado del siglo.

JESÚS. Sí, Desideria. Conviene que con todas tus fuerzas te dediques a purificarte de todos tus defectos interiores y exteriores, no sea que por culpable negligencia pierdas el fervor y con ello te llegues a cansar, como a otros, la morada de mi casa donde te quiero. Evita asimismo, en lo posible, toda falta voluntaria, por pequeña que sea, porque éstas, a manera de asquerosa polilla, deslustran y quitan todo su brillo a las buenas obras y engendran poco a poco una engañosa libertad, que me disgusta y está siempre reñida con la verdadera devoción.

Para andar segura y evitar todo peligro, comunica todas tus cosas al superior con toda confianza, sin empacho ni temor. No le tengas cosas alguna encubierta, en la seguridad de que ninguno como él te advertirá lo que más te convenga, ni otro como él podrá ayudarte, pues es cierto que Yo le dispense a este fin luces particulares y comunico además gracia y fuerza a sus palabras.

Debes también estar apercebida para rechazar con prontitud y firmeza todas las repugnancias y embustes que el demonio, como padre que es de la mentira, puede sugerirte contra la vocación y confianza en los superiores. Sabe el malvado lo mucho que él gana y pierde el alma que no es franca y sencilla con el superior que ocupa mi lugar, y de ahí el que la combata mucho más por esta parte. Hace como el desalmado que pretende engañar a un inocente, que lo primero que le encarga es el silencio para con sus padres, a fin de que no le frustren sus planes; pero éste, así como el ladrón, luego que es descubierto, huye de prisa, del mismo modo el demonio se escapa y abandona al que con humildad y sencillez se descubre al superior. Reconocer³ la propia flaqueza y desconfiar de sí es gran cordura, pero el que presume confiado, con facilidad cae.

DESIDERIA. Gracias mil, Jesús mío, por la benignidad con que me tratáis, pues al par que me demostráis tantas verdades, me advertís de los peligros en que podría caer engañada de mis enemigos.

JESÚS. Conviene además, Desideria, que no te contentes con reconocer y agradecer el don de tu vocación, saber los muchos lazos y emboscadas que prepara el enemigo, y no desconfiar de mi gracia y protección; sino que es necesario que, sabiendo todo eso, no lo olvides y que procures ponerlo en práctica, trabajando por perfeccionarte cada día más, a fin de que el agradecimiento sea verdadero, ya que el perfecto amor se conoce por sus efectos, así como el buen árbol se conoce por sus excelentes frutos⁴. No basta tener cierta tranquilidad y estar contento dentro de mi casa; es menester que el que allí mora no sea siervo inútil, y deber suyo es ejercitarse con todas sus fuerzas y talentos en buenas y santas obras. Son muchos los que se engañan a sí mismos creyendo que han hecho una gran cosa Solo porque entraron en religión, vistieron el santo hábito y cuentan algunos años de permanencia. De poco les servirá todo eso si no atesoran otros méritos. No es el hábito precisamente, ni la morada en mi casa (aunque así lo piensen los seglares), lo que hace santo al religioso, ni los muchos años de llevarlo lo que le corona, sino el aumento de virtudes adquiridas por la abnegación de su propia voluntad, por las vigiliias, ayunos, maceraciones y demás santos ejercicios.

Si los religiosos tibios piensan seriamente la cuenta estrecha que han de rendir un día en mi tribunal de todo el tiempo que han vivido en mi casa sin aprovecharse y dar el fruto que Yo de ellos esperaba para gloria mía y provecho suyo, antes deberían ruborizarse y llorar, que no gloriarse y complacerse neciamente de su honorable profesión, toda vez que, a manera de árbol estéril, ocupan tan

santo lugar inútilmente⁵.

Lo contrario acontece al religioso fervoroso y diligente. A éste nunca le parece bastante lo que hasta allí ha hecho, ni cree que ha llegado el fin: nunca dice basta, porque entiende que en el camino de la perfección el no andar adelante es retroceder y perder lo andado; y sabe que el religioso que no se mortifica según el espíritu del propio instituto y se acomoda a todo lo que se ordena en sus constituciones y reglas, ni me complace, ni cumple su vocación.

DESIDERIA. No permitáis jamás, Jesús mío, la desgracia de que caiga en el error de darme por satisfecha y segura con Solo morar en vuestra casa. Quiero de veras aspirar a la perfección que Vos deseáis y con razón exigís de mi.

MARÍA. En efecto, hija. Dejarías de ser buena religiosa desde luego que creyeres haber hecho mucho y no aspiraras⁶ a ser mejor, trabajando con todas tus fuerzas para conseguirlo.

JOSÉ. Ya ves, Desideria, cuán saludable doctrina se te ha enseñado en esta visita. De su recuerdo y fiel observancia depende el que te manifiestes agradecida al beneficio que te ha dispensado Jesús al llamarte y conducirte a su santa casa, el que vivas contenta en ella y sepas librarte de caídas en las luchas que durante la vida es indispensable sostener. Alerta y vigila⁷, porque, en los comienzos principalmente, te perseguirá el demonio y procurará hacerte ver que también pudieras en el siglo practicar lo que en la religión, que tal vez allá aún le darías más gloria, sirviendo de buen ejemplo y aconsejando a los seglares. Engaño funesto y falacia verdaderamente diabólica, que a no pocos ha seducido para su ruina. Si es menester tanto cuidado y vigilancia para hacer como es debido la divina voluntad viviendo entre buenos, viendo de continuo buenos ejemplos, morando en lugar santo y siendo advertido y santamente aconsejado, ¿qué será puesto en el siglo entre malos, sin tantos auxilios de la gracia y con tantas ocasiones de pecar?

Para que mejor puedas recordar todo esto y te sirva como de resumen, graba en tu mente estos tres avisos: 1º Nunca fíes de tu solo parecer ni presumas de ti misma, puesto que nuestras mejores obras son delante de Dios, según la expresión de Job, como paños sucios⁸. 2º Sigue siempre el parecer de tus superiores y evita el roce de toda persona tibia y libre en su conducta o distraída en el cumplimiento de las santas reglas. 3º Recuerda seriamente y con frecuencia a qué fuiste llamada a la religión, y si te esfuerzas lo suficiente en cumplir aun las cosas más pequeñas que prescriben las reglas de tu instituto, ordenadas para el mejor perfeccionamiento.

DESIDERIA. ¡Cuán agradecida debo estaros, Padres míos, por lo que me estáis instruyendo! Mi corazón rebosa de alegría; ya procuraré, con vuestra gracia, no olvidar nada de todo cuanto me enseñáis. Si es vuestra voluntad y me dais la santa bendición, me retiraré hasta que vuelva para escucharos de nuevo.

VISITA QUINTA

Observancia de las santas Reglas

Cada uno debe cumplir bien lo que es propio de su Instituto para conseguir la perfección.- Una duda que ocurre a Desideria.- Respuesta de Jesús.- Contestación de Desideria.- Prosigue Jesús y señala las almas que ni llegan a ser observantes y perseveran en la religión.- Describe María el error de estas almas.- Advertencias de José.- Súplica de Desideria.

JESÚS. Bienvenida seas, Desideria. La doctrina que hoy quiero enseñarte se roza mucho con la anterior. Conocí que te impresionabas agradablemente y que en tu interior hacías propósitos de fidelidad y de no omitir cosa alguna de nuestras instrucciones. En vista de tu buena disposición, añado, a lo que ya sabes, lo siguiente: Supuesto que eres tan frágil, que la voluntad es tan variable, las pasiones tan rebeldes, los objetos tan engañosos, las ocasiones tan peligrosas, los hábitos viciosos tan perversos, el tentador tan astuto¹, es preciso te resuelvas, a pesar de todas las dudas que nazcan en tu corazón, o engaños que pueda sugerirte el tentador, a abrazar con cariño y cumplir lo mejor que entendieres y con mi gracia pudieres lo que es propio y peculiar de tu instituto sobre toda otra cosa, so pena de no ser fiel a tu vocación y por

consiguiente venir a ser engañada.

Para comprender esta verdad, te bastará reflexionar que, siendo Yo quien rige y gobierna la santa Iglesia desde el principio, también he de ser el que la inspire y dirija en lo que se refiere a darme honra y gloria según la variedad de los tiempos y conforme a las necesidades de los hombres hasta la consumación de los siglos. Esa es la razón por la que se admiran dentro de esa misma Iglesia tanta multitud de institutos religiosos, que si bien parece que se diferencian unos de otros, no obstante, todos tienden a un mismo fin, que es amarme y servirme con mayor afecto². Por tanto, Yo los inspiro y ordeno en el hermoso campo de mi Iglesia, a la manera que un inteligente jardinero coloca y distribuye con mucho arte y exquisito gusto las varias y preciosas flores para que aparezca mas bello su jardín; así también esa diversidad de Congregaciones la engalanan sobremanera; y a semejanza de fuertes y aguerridos escuadrones prestan excelente servicio a la obra de mi redención y salvación de las almas.

Pues si soy el guía y capitán de estos escuadrones, natural es que los dirija y quiera que todos y cada uno de los que estos diversos cuerpos componen, sirvan allí y cumplan con la mayor fidelidad no solamente lo ordenado a todos en general, sino lo que les tengo particularmente encomendado. El militar pundonoroso que estima y ama su bandera no Solo la alaba y honra en todo lugar y ocasión, sino que la defiende y expone por ella la vida. Esto se hace por conseguir un poco de gloria humana y por complacer a un rey de la tierra, que al fin es hombre mortal y flaco como los demás, y se tendría por deshonor y criminal cobardía hacer lo contrario: ¿pues cuánto más feo y represivo no será tratándose de mi honor y servicio?

DESIDERIA. Muy cierto es eso, Señor, y aparece claro como la luz del mediodía. No obstante, se me ocurre una duda y voy a exponerla, si no ha de ser atrevimiento. Si Vos, Dueño mio, sois el que inspira y dirige las familias religiosas y las ordena todas, a fin de que los allí congregados os amen y sirvan más fielmente, ¿por qué no os agrada que a su gusto y elección escojan el Instituto que más les acomode, con tal de que quieran cumplir lo allí ordenado?

JESÚS. Por una muy sencilla razón, hija. Ya he dicho que no puede serme indiferente el que cada uno me sirva y honre según su parecer, porque eso mejor es hacer la propia voluntad que la mía. De ser así, resultaría invertido el orden, y por consiguiente una monstruosidad que en cierto modo argüiría poco interés y hasta descuido en la providencia que, como Señor y ordenador de todas las cosas, he de tener de mis criaturas, singularmente de la más noble entre las visibles, dotada de razón y señorío, a trueque de que ella se sujete totalmente a mi querer.

Y aunque también es verdad que soy Yo el que llama³ a todas las almas al santo retiro de la religión, y el fin principal de este llamamiento es hacer de las llamadas esposas santas y perfectas; con todo, aunque todas vivan dentro del sagrado recinto, a cada una la destino al Instituto en que la quiero, y en él le señalo el ejercicio y ministerio en que deseo me sirva, resultando de ahí una admirable armonía y hermosura como resulta en el cuerpo humano entre todos y cada uno de sus miembros, dispuestos y ordenados de tal manera, que queda fea y monstruosa una obra tan bella tan luego como se malea o quita de su propio lugar cualquiera de las diversas partes que lo componen. Y si esto acontece en el orden natural, ¿no resultará mayor deformidad en lo que mira a lo espiritual?

Por eso verás que a unos llamo a la soledad y retiro, como por ejemplo al cartujo, para que, más apartados de los hombres, se dediquen allí con mayor quietud a la contemplación de las cosas celestiales y se ejerciten en rigurosas penitencias corporales; a otros los destino para la vida activa en utilidad y servicio de sus prójimos, a fin de que les ayuden en sus varias necesidades espirituales y corporales, y quiero que éstos se santifiquen y perfeccionen por medio de esos ejercicios y ministerios, ocupándose en ellos con toda caridad y diligencia, sin interés privado o propia comodidad y puramente por mi gloria, para que el bien que hacen a los prójimos por amor mío se les acepte y galardone en el cielo centuplicado⁴ y por toda la eternidad.

DESIDERIA. Ahora comprendo bien el error que cometen algunos que llamados a la religión escogen el Instituto por simples insinuaciones de otros o meras aficiones humanas, sin fijarse mucho en consultar sobre ello cuál sea vuestra voluntad; y no menos también el de otros que, aun acertada vuestra voluntad, descuidan con pueril ligereza los ejercicios y demás que es propio de su Instituto para ocuparse en otros a que no son por Vos llamados.

JESÚS. Muchos son por desgracia los que obran en esta parte sin la debida prudencia. Pero sabe, hija, que tales religiosos, por más que se crean observantes, no lo son en realidad, ya que carecen de aquellas particulares gracias que acostumbro a conceder a los prudentes y fervorosos; y como no atienden lo debido al cumplimiento de los ejercicios y demás ministerios que les son propios, tampoco advierten lo que es común a todos los institutos, como son el negar la propia voluntad, mortificar los sentidos y pasiones, desprenderse a si mismo y sujetarse con docilidad⁵, que son los medios para alcanzar la perfección.

Semejantes religiosos viven como dormidos en mi casa y así como el que duerme no se da razón de lo que pasa, ni aprovecha a otros, de la misma manera estos, satisfechos y tranquilos con el plan que a capricho se han formado, no advierten siquiera que ya no tienen el espíritu que debe darles vida para conservar mi amistad.

MARÍA. Aquí es donde se esconde muchas veces el enemigo, disfrazándose con capa de celo y de caridad para mejor engañar a los incautos. Propóneles pensamientos de obras grandes y otras cosas del servicio de Dios, y con eso los entretiene como niños para que de ahí les venga su ruina, porque descuidando con esos bellos ideales el exacto cumplimiento de aquello a que vienen obligados, ni hacen lo uno ni lo otro, y si algo hacen, como hay mucho de su propia voluntad, puede afirmarse que en ello más se han buscado a sí⁶ que no la gloria de Dios. Uno, por ejemplo, se imagina que ha de salir gran letrado; otro, gran maestro o predicador; quién pretende sobresalir en otras cosas, fantaseando que con Solo eso serán más útiles y darán mayor gloria a Dios y honor a su Instituto, y dominados de esa errónea idea, allí se fija toda su intención y eso procuran con todas sus fuerzas, y para conseguirlo se valen de todos los medios. ¡Vana ilusión! A mi Hijo Jesús mejor le placen los religiosos humildes y observantes, que los sabios y muy habilitados, si carecen de estas virtudes.

Por otra parte, ¿cuántos disgustos y desórdenes no se originan de semejantes ilusiones y aferramientos? Mal, si el superior ordena alguna cosa contraria o no conforme a su antojo y parecer, porque desde luego todo son dificultades, alborotos, quejas y amarguras; mal, si el superior, para conservar la paz de la Comunidad y por no contristarles o evitar otros inconvenientes, condesciende en esas cosas, porque tras ello viene luego la relajación y con ésta la pérdida de esa alma y no pocas veces la de toda una Comunidad.

El peor y más grave de los males que pueden caer sobre una casa religiosa es que los súbditos vayan a medida de su gusto y parecer. Sentencia es de Jesús que allí donde no hay subordinación y obediencia, de preciso ha de reinar confusión y discordia, y por tanto la ruina⁷.

DESIDERIA. Según esta doctrina, Madre mía, los que así obran, mejor quieren que la religión y los superiores se acomoden a sus gustos y miras particulares, que no ellos sujetarse a los superiores y servir a la religión adonde vuestro divino Hijo los ha llamado para honra suya y provecho de ellos.

JOSÉ. Tan clara verdad es ésa, Desideria, que no necesita comentarse. Por eso de nada les servirán a esos indolentes las ordinarias excusas con que pretenden encubrir aficiones y repugnancias con decir que el superior no les conoce a fondo porque es joven y no tiene aún toda la experiencia, que si penetrara su interior vería su buena voluntad y de seguro obraría con mas prudencia, con otras mil cosas, dirigidas todas a encubrir más repugnancia e inmortificación. Engaño también es esto como tantos otros. ¿Por ventura se ha de obedecer al superior por sus cualidades y demás dotes personales? Se presta respeto y obediencia al superior porque ocupa el lugar de Dios y por ser el ordinario intérprete de la divina voluntad⁸; de lo contrario, carecería de su gran mérito la obediencia religiosa, y así lo reconocen todos a su entrada en la religión, asegurando que no van allá para hacer su voluntad, sino a cumplir lo mejor posible la de Dios que se dignó llamarnos a tanta dicha, a imitación de Jesús, que vino al mundo no para hacer su voluntad, sino la de su Padre celestial⁹. Y si Jesús ha dicho que no puede ser verdadero discípulo suyo el que no se niega a sí mismo¹⁰ renunciando la propia voluntad, ¿cuánta más abnegación no exigirá a los religiosos a quienes ha colmado de favores, les ilustra con mayores luces y protege con singular providencia?

Como deseo, hija, que esta doctrina no la olvides, voy a darte tres advertencias, que espero guardarás con fidelidad. 1ª Respeta, ama y cumple con prontitud y fidelidad todo lo que ordenan las Reglas de tu Instituto. 2ª Desempeña los cargos y demás que la obediencia te señale o confíe lo más antes

que pudieras y lo más perfectamente que supieras. 3ª Bajo ningún pretexto ni razón intentes atraer a los superiores para que se haga lo que tú quieres, sino más bien haz lo que ellos de ti desean, huyendo ser en nada distinguida.

DESIDERIA. Muy aventajada doctrina es ésta, Padres míos; Solo temo por mi flaqueza, y por tanto os ruego no me dejéis ni permitáis se apodere de mi la pereza, a fin de que no sean infructuosos vuestros deseos.

VISITA SEXTA

Retrato del buen religioso

Impresión que han causado a Desideria las cosas dichas basta aquí.- Prosigue Jesús su doctrina y enseña en qué consiste ser buen religioso.- Admiración y propósitos de Desideria.- María afirma la opinión de Desideria.- José amplía más la doctrina de su Esposa.- Contenta y animada, Desideria reitera su fidelidad a lo prometido.

DESIDERIA. Os digo, Padres míos, que no han si do pocos mis temores al considerar mi flaqueza e inconstancia para el bien, aunque mucho me han consolado y animado las palabras de paternal cariño que siempre me demostráis. Dignaos, os ruego, continuar mi instrucción, pues ya sabéis cuanto me conviene.

JESÚS. Gustoso continuaré, hija, y más viendo tu buena disposición de aprovecharte de ella.

Has dicho que no has olvidado mis anteriores avisos, y esto me complace sobremanera por ser ello prueba de tu buena voluntad. Escucha atenta, porque hoy quiero hacerte una ligera y breve descripción de lo que es preciso que sea un verdadero y perfecto religioso, si quiere merecer mi protección y amor, para que, ajustando tu conducta a este ejemplar, seas lo que debes.

El que desea adelantar en la virtud y perfección, como es obligación muy estrecha en los que llamo al retiro de mi casa, es preciso que no olvide estas dos significativas palabras: *obrar y padecer, trabajar y sufrir*. Estas palabras son para los fríos mundanos como anuncios de martirio; mas al buen religioso le suenan tan gratamente, que procura no olvidarlas, y tan dulces se le hacen, que las repite a menudo. Ellas le sirven como de fiel despertador y poderoso estímulo, no Solo para no dormirse en el camino que ha comenzado, sino también para andar listo y llegar pronto a la cima del amor de Dios y del prójimo. En efecto: aquel místico sonido *obrar, trabajar*, excita en su corazón un ardiente deseo y firme resolución de cumplir lo que debe para con su Dios, guardando con toda diligencia, no tan solo sus divinos preceptos, sino también los ejemplos evangélicos¹ de alabarla y engrandecerle de todas veras, así en las cosas prósperas como en las adversas, recibéndolas todas como don venido de la mano divina; de morir mil veces antes que ofenderle en cosa alguna, por pequeña que sea, con deliberada intención, ni apartarse un punto de su santísima voluntad. Su anhelo es hacer todas las cosas únicamente para el mayor servicio y gloria de su Dios y Señor². De ahí proviene el que sea siempre sumiso, fiel y rendido a los superiores, obedeciendo alegre y prontamente, no Solo a mandato, sino a la más ligera indicación de su voluntad, porque lo recibe y cumple cual si oyera mi voz, sin mirar en ellos a la criatura, sino a mis lugartenientes, a los que ama como padres y custodios de su alma, echando a buena parte cuanto hacen y ordenan, excusándoles de sus defectos y defendiéndoles si alguno les murmura o se opone temerariamente a sus disposiciones.

Para con su madre la Religión se conduce a manera de fiel hijo, honrándola lo más posible y sirviéndola con todas las fuerzas y buena voluntad, ya en lo que se manda en las santas Reglas, ya en lo demás que entiende ser ella gustosa que le sirva. Se huelga del bien de su Instituto; toma como propias las alabanzas que del mismo hacen los seglares, y suplica con fervor a la divina bondad por el aumento de sus individuos, así como por la conservación, disciplina y regular observancia.

Con sus hermanos de religión se porta lo mejor que entiende y puede: los ama con verdadera caridad; toma como cosa propia sus pesares y alegrías; se compadece de sus aflicciones y adversidades; a todos los anima y sirve en lo que puede; siente y habla bien de todos; sufre con resignación sus flaquezas

y defectos; en fin, procura en todo edificarles³.

Como el amor de Dios es el móvil del buen religioso, éste no se contenta con Solo lo dicho, sino que su caridad se extiende también con los de fuera, deseándoles todo bien de alma y cuerpo, amándoles como a sí mismo⁴ y rogando al Señor por ellos. Y como sabe que el mal ejemplo daña mucho a los seglares, sobre todo si viene de personas religiosas, evita más que la peste el serles motivo del menor tropiezo, antes bien procura que cada una de sus palabras y acciones sirvan de edificación y estímulo⁵.

Con respecto a sí mismo, le recuerda que debe esforzarse lo más posible en refrenar sus apetitos desordenados; en domar las rebeldías de la carne; en despreciar el mundo y sus vanidades; en mortificarse en todo para triunfar en todo. Y como no ignora que así la honra como la deshonra y desprecio están del todo en mi mano, tiene en poco el juicio o la estima de las criaturas; y añadiendo a esto la discreta penitencia, no da más al cuerpo que lo necesario, y así con mayor facilidad vuela su alma hacia las cosas celestiales, y, como muerta ya a las de este mundo, Solo vive para Mí⁶.

No es menor, hija, el ardimiento y valor que produce en el ánimo del buen religioso el otro místico sonido, *padecer, sufrir*. Recuérdales éste aquello del Espíritu Santo que dice: Hijo, acercándote al servicio de Dios, prepara tu alma para la tentación⁷. Conforme a esta divina enseñanza y firmemente convencido de que de eso se agrada mucho el Señor, llega a prorrumper, a semejanza de algunas almas fervorosas: o *morir*, o *padecer*; o como otras: *no morir*, sino *padecer*. ¡Dichosas almas! A un religioso animado de este espíritu jamás se le nota el menor disgusto, ni se le oye la menor queja, ya no digo contra su Amado porque le envía dolor o enfermedad, o le permite tribulaciones y contradicciones sino que más bien recibe esas pruebas como distinciones y regalos venidos de su amorosa mano. Así persuadido, tampoco se queja de sus hermanos, atribuyendo a sus envidias, celos o mala voluntad lo que padece, antes bien a todos los tiene por mejores y, deseoso de padecer, aprovecha hábilmente la ocasión que se le presenta, la acepta y sufre resignado y alegre, sacando de este modo inmenso provecho de lo mismo de que otros imperfectos suelen sacar no poco daño; porque el bueno, a semejanza de la industriosa abeja, que saca miel de flor es amargas, sabe convertir en dulce y agradable lo que para la naturaleza flaca es ingrato y desabrido.

DESIDERIA. Hermoso es, por cierto, el retrato que acabáis de hacerme de un perfecto religioso, o sea de un alma verdadera esposa vuestra. Mas ¡cuán pocas deben ser, Jesús mío, esas almas! Me figuro que el olvido y frío recuerdo de esas palabras *obrar y padecer*, unido a la natural repugnancia que la parte inferior siente a todo lo bueno y virtuoso, debe ser la causa principal de que muchas almas se acobarden y abandonen en grave daño suyo los primeros buenos propósitos y hagan estériles los últimos fines que Vos, dueño mío, tuvisteis al inspirárselos.

MARÍA. No hay duda, Desideria; esas mismas causas que acabas de indicar son las que ocasionan ese general decaimiento. El temor de los trabajos y la aprensión a la violencia que es preciso hacer para abandonar sus gustos y mortificar las pasiones, las espanta; este temor las va enfriando poco a poco y casi sin sentirlo, hasta que, por fin, acaban por perder de vista el camino que mi divino Hijo les tenía señalado.

Por eso, si te fijas en ello, observarás que la mayor parte al entrar en la religión llegan alegres, animadas, y dicen venir muy resueltas a padecer por amor de Dios⁸; mas como se distraen y cansan y revive en ellas el hombre viejo⁹, y por eso en nada se parecen al retrato que Jesús te ha hecho del buen religioso.

JOSÉ. Y advierte además, Desideria, otro error funestísimo de esos negligentes, que es creerse buenos religiosos, y aun de ello se glorían Solo porque han entrado, llevan el santo hábito y acuden al coro y mesa, pero en lo demás siguen su antojo, y se forman la perfección a medida de su gusto. Así es que unos se imaginan que la perfección estriba en ir, por ejemplo, muchas misas y rezar tantas oraciones y rosarios; otros, en ayunar tantos días a la semana, llevar cilicios, disciplinarse, etc., y si un día no pueden satisfacer a gusto con todas estas sus devociones, se afligen y andan desconcertados, pero en pudiéndolas hacer, les parece que siguen fervorosos porque han cumplido con todos sus deberes, y por consiguiente que tienen la perfección en la mano. Engaño lamentable, dado que la perfección no consiste Solo en esos actos exteriores, sino en el conjunto de las sólidas virtudes.

Buenas son e indispensables esas cosas de oración y ejercicios de penitencia, puesto que

para unos, como los principiantes, les sirven de medio para alcanzar el espíritu de devoción, y para otros, los proficientes, contribuyen a solidar y dar hermosura a los frutos del espíritu¹⁰, ya que con las penitencias se tiene el cuerpo rendido y humillado, y con la oración, se acrecienta el amor de Dios; pero no es aún eso la perfección, antes bien pueden ser esas oraciones y penitencias exteriores ocasión de ruina, y es cuando uno de tal modo se aferra y aficiona a ellas, que por no dejarlas descuida de refrenar el interior, mortificando con vigor y constancia los apetitos y pasiones desordenadas.

De ordinario esas almas así aficionadas suelen ser duras con los demás, y apegadas a su parecer: se creen bastantes para dar lecciones como maestros, y critican lo que no se hace según su parecer, sin atender ni reparar que donde no hay verdadera caridad y humildad, no puede haber perfección. Lo peor es que tales almas con dificultad se enmiendan, por la razón de que cuesta mucho volver al buen camino al que está persuadido de que anda bien y obra rectamente. Por donde comprenderás, hija, que adelanta más en virtud y agrada más a Dios el alma que trabaja y se esfuerza en mortificar los malos deseos, que aquella que con conocimiento e intención deja en pie uno solo de los apetitos desordenados, por mas que sus ayunos sean continuos, lleve muchos cilicios y se discipline hasta derramar sangre.

Aunque la materia es muy interesante, sin embargo voy a concluir, pero te encargo tengas presentes estos avisos: 1º No dejar pasar semana alguna sin que compares tu vida y modo de obrar con el modelo del perfecto religioso que se acaba de describir. 2º Estar alerta y prevenida para no aflojar en los buenos propósitos tomados al entrar en la religión. 3º No te aficiones con indiscreción a devociones y penitencias exteriores., ya que en ellas no consiste únicamente la perfección, y practica Solo aquellas que te permita la obediencia de tu superior o padre espiritual.

DESIDERIA. Muy consolada y advertida me deja lo que acabáis de decirme, Padres míos. Segura estoy de que, recordándolo a menudo y no faltándome vuestra asistencia, perseveraré fiel a mayor honra de la Sagrada Familia.

VISITA SÉPTIMA

Defectos que impiden llegar a la perfección

Jesús descubre a Desideria cinco impedimentos interiores que dificultan la subida del alma al monte de la perfección.- Agradecimiento de Desideria para esta nueva luz.- Indícale Jesús otros cinco impedimentos exteriores para que se guarde de ellos.- María dice que estos impedimentos espantan a muchos, siendo causa de su perdición.- Continúa José sobre la misma materia.- Gracias y despedida

JESÚS. No puedes imaginar, Desideria, cuán contentos quedamos en la visita pasada al verte tan enamorada de nuestras instrucciones y tan animada para ponerlas en práctica y perseverar en ellas con fidelidad. Aquel retrato es en verdad lo que tú debes ser y yo quiero que seas. Pero como no ignoras que por efecto del pecado original ha quedado toda la humanidad flaca y muy inclinada a la imperfección¹, por tanto en esta visita quiero manifestarte los impedimentos que debes con todo empeño quitar para que no te estorben llegar a la imperfección de que venimos hablando. Son éstos de dos clases: internos y externos. Las mismas palabras indican ya bastante la parte a la que afectan principalmente y de dónde proceden.

Los interiores pueden reducirse a cinco, que son: 1º *pusilanimidad, cobardía, inconstancia, indiscreción y falsa compasión con respecto a la salud corporal.*

1º Este primer impedimento se vence acometiendo con valor contra el temor y natural cobardía que siente el alma para determinarse a emprender la al parecer áspera subida del monte de la perfección, donde tiene su descanso el alma verdaderamente religiosa, pues es muy cierto que no consigue esa perfección sino aquel que la ama y quiere de buena voluntad, a manera del enfermo que en realidad desea sanar y se resuelve a tomar la medicina por más que le sea ingrata al paladar. No es posible en lo humano calcular lo mucho que se engaña y pierde el religioso que anda difiriendo y como regateando, dejándolo para más tarde, el entrar de lleno en el camino de la perfección, ya que esta cobardía le entretiene e

inhabilita de suerte que no se da cuenta de su error hasta la muerte. Solo entonces conoce el infeliz su engaño y la sinrazón de haber despreciado sus deberes por pura pusilanimidad, despreciando mis frecuentes inspiraciones, dirigidas a ilustrarle y animarle.

2° Se triunfa del segundo con no arredrarse ni desmayar en ningún tiempo ni oca-on por ciertas dificultades que se experimentan, sobre todo en los principios, al tener que luchar contra aquello que causa repugnancia o dolor a la parte inferior; porque así como el temor abate las fuerzas, por el contrario una fuerte resolución añade valor y facilita la victoria. Así han obrado siempre mis santos, débiles y flacos como tú, y muchos de ellos más aún, los cuales emprendieron de veras y con tesón el vencerse a sí mismos para conseguir el premio porque sabían que no es coronado más que aquel que se hace violencia².

3° Se libra de este tercer impedimento el que, firme en su promesa de amarme sobre todas las cosas, no se deja aprisionar por ninguna afición a cosas de la tierra, porque, cualquiera que sea ésta, divide el corazón y le ata de tal manera a la criatura, que el alma no puede con ese peso y estorbo subir al monte de la perfección. ¿Cómo quieres tú que Yo acepte un corazón apegado a la tierra o dividido con otro? Entonces no sería Yo el único Señor y dueño, lo que no es posible, toda vez que mi gloria y dignidad no puede pasar a otro, ni Yo cederla³. El religioso, aparte de aquellos deberes que todos en general tienen de amarme y preferirme a toda otra cosa fuera de Mí⁴, es reo de infidelidad, pues no me cumple su formal promesa. ¿Por ventura no tomo como a verdadera esposa el alma del religioso? La esposa que divide con otro el amor que de justicia debe a su esposo, es altamente reprehensible y considerada como adúltera.

4° Se aleja el cuarto impedimento no cargándose indiscretamente de muchas ocupaciones exteriores, ni entrometiéndose de propia voluntad en asuntos ajenos a su vocación⁵, porque, siendo las fuerzas del espíritu débiles⁶ y el camino del monte de la perfección difícil y escabroso, tiene el alma bastante trabajo con vencer estas dificultades y llevar su propia carga. De consiguiente, el que por afición particular o Solo por complacer a otros (salva siempre la obediencia) se ocupa mucho en lo exterior, difícilmente llega a ser del todo espiritual, ni a cumplir bien con todo lo que ordena su Instituto.

5° Se cierra la puerta al quinto impedimento huyendo discretamente de la natural compasión y blandura en el trato consigo mismo⁷. El religioso delicado y temeroso de castigar su cuerpo es como el que va montado en un caballo perezoso y que por compasión no se atreve a picarle la espuela, que pierde tiempo y no hace la jornada; o como el médico indiscreto, que por una mal entendida piedad no quiere aplicar el fuego o la lanceta y deja que, tomando incremento el mal, se empeore la llaga y venga la gangrena.

DESIDERIA. ¡Oh, Jesús de mi vida! Cuanto más me vais ilustrando, tanto más voy comprendiendo mi flaqueza y la necesidad de que me asistáis con vuestra gracia. No obstante, a pesar de mi poquedad, quiero ser toda vuestra y proseguir el camino comenzado, cueste lo que cueste.

JESÚS. Así lo has de hacer, hija; y ya que te veo tan dispuesta, voy, según te he prometido, a indicarte los cinco impedimentos exteriores que también se oponen a la perfección y causan además un pequeño daño.

1° El primero de estos impedimentos es querer caminar por otra senda, para adquirir la verdadera virtud y llegar a la perfección, que la por Mí señalada y que han seguido todos mis fieles servidores⁸ El que quiere abrir nueva vereda suele fatigarse mucho y corre gran peligro de perderse. Engañado, pues, vive el religioso que, queriendo vivir y obrar según su parecer, no procura con todo empeño y buena voluntad conformarse, sin interpretaciones privadas, al espíritu y letra de cuanto ordena su Instituto. Aferrado a su parecer, efecto de su poca humildad, llega a creer que por allí anda mejor, sin fijarse que en ello me hace un pequeño agravio, pues no respeta a sus mayores que lo anduvieron antes que él con gran provecho suyo y honra mía, ni tampoco a Mí, que he ordenado el modo de ser de todas las religiones, inspirando a sus fundadores la constitución y reglas particulares.

2° El segundo es hacer poca estima y aprecio del maestro y guía que Yo doy a cada uno, que es el superior, para que ande listo y llegue con seguridad a la perfección a que viene obligado. Así como es mucha presunción y falta de cordura querer ser maestro antes que discípulo, también lo es intentar emprender un camino de peligros y escabrosidades sin conductor fiel y experimentado. Por tanto, el

religioso que fía más de sí que de su superior y padres espirituales⁹, anda descaminado, y de seguro caerá en precipicios de los que con dificultad saldrá en pena de su terquedad y falta de sumisión.

3° El tercero es el infundado temor de *qué dirán mis hermanos, y el deseo de agradar o ser estimado*. El religioso que obra por semejantes respetos no cumple su deber y me roba ese honor, pues le llamé a la religión para complacerme a Mí en primer lugar, y luego a los demás por amor mío, sin interés privado, ni preocuparse gran cosa de ajenos juicios¹⁰.

Al sacar Yo un alma del tráfigo y bullicio del mundo y colocarla en el seguro de mi casa es para que trabaje en agradarme y servirme como a único objeto de todo su amor y para que camine sin hacer paradillas a la perfección religiosa. Querer después aquello mismo que un día tuvo a gran dicha y fortuna haber despreciado, esto es, condescender de nuevo por simples respetos humanos en lo que no es justo y laudable con los no observantes, o con los que infringen reglas y hacen poco caso de superiores disposiciones, es cosa fea y digna de castigo.

4° El cuarto impedimento es la falta de orden y método en los mismos ejercicios espirituales. Esto quiere decir que se debe ir aprovechando en la virtud y perfección por grados y no como quien da saltos. No debe pretenderse levantar el edificio espiritual sin el cimiento de la humildad¹¹, ni querer unirse conmigo antes de pasar por la vía purgativa. Es necesario fundarse primero en el propio conocimiento y luego purificarse de todas las manchas de malos deseos y pésimas inclinaciones con los ejercicios de mortificación y penitencia al modo de aquel que cayó en hediondo lodazal, que no le basta Solo levantarse de allí, sino que le es menester lavarse bien de todas las inmundicias que se le pegaron, para que aparezca en público sin causar asco y repulsión.

5° El quinto de los impedimentos exteriores es la inconstancia en el bien comenzado. Muchas son las almas que, enamoradas de la virtud y perfección y atraídas del precioso y eterno galardón que de ahí se sigue, empiezan alegres y animosas la subida del monte, pero se fijan luego en la altura y escabrosidad del mismo, y aturdidas, sin contar con mi ayuda como debieran, empiezan a desfallecer, se abandonan cobardes y aun pierden el camino que tenían andado¹². ¡Oh, cuánta pena causará después a estas infelices su reprehensible inconstancia! No fomentan el amor que me prometieron, y de ahí toda su desgracia, ya que es sabido que no debe esperarse constancia y sacrificio donde no hay amor firme y verdadero. Así es que el religioso que en realidad me ama, lejos de acobardarse ni aflojar en cuanto está de su parte en los ejercicios de oración, ayunos, disciplinas, cilicios y otras prácticas ordenadas a su provecho espiritual, las lleva adelante con tesón y procura perfeccionarlas más cada día, y no hay trabajo ni empresa, por ardua que se presente, que no la acometa con resolución a mayor gloria mía, si la obediencia lo permite.

MARÍA. Esos diez impedimentos que Jesús acaba de indicarte, hija mía, son en verdad los que dificultan llegar a la perfección a que vienen obligados a aspirar los religiosos, amedrentados sin razón por representárselos mayores de lo que son en realidad, mayormente no debiendo contar con solas sus fuerzas, sino mucho más con la segura y eficaz protección de su Señor y Esposo, que quiere y puede defenderlos. Vigila y está prevenida tú, Desideria, para que no vengas a ser contada entre el número de necios¹³. Piensa, hija, que la perfección aparece en el exterior como ciertas frutas cuya corteza es dura y poco agradable a la vista de quien todavía no las conoce, pero que, una vez despojadas de aquella grosera envoltura, se las ve más hermosas y las encuentra agradables el paladar. Una cosa parecida acontece con las cosas de virtud y perfección: se presentan duras y espinosas a los que no las conocen aún, los tibios y cobardes, pero para los que una vez las han gustado, los fervorosos y amantes, son sumamente dulces y deleitosas¹⁴.

JOSÉ. Cierto que conviene vivir alerta para no dejarse dominar por ninguno de los indicados estorbos o defectos, que si por una parte afean el alma, por otra contristan a Jesús por ser siempre motivo de escándalo a los demás; siendo más de lamentar aún otra locura en que suele caerse, y es que para no ser notados de fríos y poco observantes, buscan otros que les sigan y apoyen en sus imperfecciones, desconceptuando tal vez a los más fervorosos y criticando disposiciones del superior.

Para tu gobierno y a fin de que en ningún tiempo llegues a ser presa de los mencionados defectos, no olvides los siguientes avisos: 1° Pon sumo cuidado en evitar todo aquello que entiendas ser estorbo para conseguir la perfección que tu estado requiere. 2° No te permitas en ningún caso palabra o acción alguna de donde otros pueden tomar ocasión de libertad o de aflojar en el aprecio y fiel observancia de las

reglas de tu Instituto. 3º Nunca quieras notar o sacar a plaza, ni siquiera por vía de chanza, las personas humildes, devotas y afectas a que no se pierdan ni alteren las buenas y laudables costumbres aprobadas por los mayores, antes bien, procura tú guardarlas y apoyarlas con los demás.

DESIDERIA. Gracias, Padres míos; cada vez me convenzo mas de lo mucho que me amáis. Con esta nueva luz celestial y con el favor de vuestra gracia, espero continuar fiel según vuestros deseos. Bendecid ahora a vuestra hija y quedará del todo consolada.

VISITA OCTAVA

Medios para alcanzar la perfección

Indica Desideria sus temores al considerar las dificultades que se ofrecen en el camino de la perfección.- Jesús la anima y le señala cinco medios seguros para salir victoriosa.- Desideria cobra nuevos alientos.- Palabras cariñosas de María.- Propósitos de Desideria.- Doctrina y avisos de José.- Confirma María lo dicho por su Esposo.- Despedida.

DESIDERIA. Otra vez me tenéis en vuestra dulce y amable presencia, queridísimos Padres míos. Por cierto que durante esta ausencia, con todo y haber salido tan animada y resuelta, no ha dejado de combatirme cierto temor, considerando mi fuerte inclinación al mal y débiles fuerzas, y por otra parte lo mucho que es menester hacer para vencer las dificultades que se oponen al logro de la perfección.

JESÚS. No hay para qué aturdirse, cara Desideria, pues ni son tan grandes ni tan costosas de dominar esas dificultades como el común enemigo las presenta y tu natural flaqueza las imagina. Todo es posible para el alma que tiene fe¹ y buena voluntad, ya que Yo jamás quiero ni ordeno cosa alguna al hombre racional que, si gusta, ayudado de mi gracia, no pueda buenamente cumplirla. Al alma que tiene fe y buena voluntad, nunca le falta mi consuelo y auxilio.

La virtud, si recuerdas las palabras que en la última visita te dijo mi bonísima Madre, tiene en verdad cierta aspereza exterior que atemoriza a los débiles y poco fervorosos, pero para el alma generosa, luego que la ha probado, encuentra en su ejercicio una dulzura y consuelo tan admirables, que nada de la tierra puede asemejarsele. Te persuadirás de esta verdad así que, dócil a lo que te vamos enseñando, lo vayas poniendo por obra, porque Solo entonces gozarás de sus efectos.

Ya que en la visita anterior te hice ver los impedimentos que debías procurar con todo empeño vencer, a fin de que no te estorben en tu principal y único negocio, hoy quiero indicarte cinco medios muy útiles y a propósito para que con más facilidad puedas lograr la perfección a que aspiras.

El primero de estos medios es formar gran concepto de la perfección, amarla de veras y tener vivo de seo de llegar a ella². Sabida cosa es que Solo el amor allana todas las dificultades y supera los mayores obstáculos. Un amor verdadero va siempre acompañado de una prudente y solícita diligencia y pone en práctica todos aquellos medios que le parecen más oportunos y conducentes al logro de aquello que desea. Esta misma solicitud engendra en el alma una firme e inquebrantable constancia, que es la virtud de la perseverancia, sin la cual no hay corona de gloria³.

El segundo medio es hacer todas las obras de virtud con santa alegría⁴ interior y exterior contentamiento, procurando orillar cualquier asalto de repugnancia y mal humor, por ser eso como la asquerosa polilla de la virtud y devoción. Sabe el demonio cuánto empañan esas cosas el mérito de las buenas obras, y por eso procura infiltrar en las almas esa ponzoña. Como este perverso enemigo no ignora la violencia que la parte superior debe hacer a la inferior para la práctica de las virtudes, y le consta ser la tristeza gran medio para producir desaliento y frialdad en el bien obrar⁵, ya que de ahí se sigue el abandono de los más generosos y laudables propósitos, por eso pone gran empeño para que la engañada alma, bajo cualquier aparente razón o motivo, se deje llevar de semejantes defectos.

Por el contrario, el infeliz Satanás, rabioso y desesperado, no puede sufrir las almas que ve santamente alegres y gozosas, porque sabe cuánto contradice esta quietud de ánimo sus malvadas intenciones. No debe extrañarte, carísima, que así sea. No puede haber verdadera alegría, sino la que nace de un amor justo y sincero que a Mí se dirige⁶; y si amor con amor se paga, siendo Yo la misma Bondad,

¿cómo quieres que deje de favorecer y comunicar alegría a los que por amor mio se resignan a todos los trabajos y contrariedades? Ellos me aman, ¿cómo no entenderlos? No es posible: aun aca en este valle de lágrimas galardono el amor con nuevas gracias y les suavizo sus trabajos y penas.

El tercer medio es la sumisión e íntima unión con los superiores, así en el modo de pensar como en el obrar. Si es cierto, hija, que de Mí vienen todos los auxilios y gracias que son menester para obrar la virtud y adelantar en perfección, también lo es que de ordinario no concedo estos auxilios y gracias, en particular a los religiosos, sino por medio de sus legítimos superiores. Por conducto de éstos los alumbró, corrijo y gobierno. Por consiguiente, el que no está unido estrechamente con los superiores, como los miembros del cuerpo a la cabeza, queda privado de estos socorros y dones, que es como decir separado de Mí, y por lo mismo nada extraño de que caiga con facilidad y por fin se le seque el espíritu, como sucede con la rama separada del tronco⁷.

El cuarto es no despreciar las pequeñas faltas e imperfecciones⁸. No debe juzgarse por cosa leve o de poca monta aquello que se sabe y entiende que me desagrade. Si soy Yo el que con infinita sabiduría ordena, prohíbe y aconseja cuanto conviene o no al bien temporal y eterno de los hombres, ¿puede serme indiferente que deje de cumplirse mi voluntad, por más que los de espíritu flaco tomen por cosa de poca monta su transgresión, estando por otra parte obligados a su estricta observancia? ¿No manifiesta eso tener esos tales un corazón frío y un ánimo poco generoso?

Por lo dicho se comprende fácilmente cuán equivocado anda aquel religioso que en el cumplimiento de sus reglas y otras obligaciones suele usar de éstas o parecidas palabras: *Esto no importa; ¡bah!, eso no es nada; ¡ca, aquello es poca cosa; Dios ya ve nuestra flaqueza.* ¡Pobre religioso que de esta manera se jacta de interpretar mi voluntad manifiesta! De seguro no tardará en ser víctima de su tibieza y atrevimiento, porque, acostumbrado a mirar con ligereza las cosas de mi servicio, queda a no tardar como aletargado; y dominado de una criminal indiferencia, considera las pequeñas observancias de su Instituto poco menos que puerilidades, o a lo más, propias de las almas tímidas y de jóvenes novicios. Si algunas cumple, no es tanto por devoción como para evitar el *qué dirán* los demás; y así, acallando poco a poco los toques interiores y remordimientos que se le envían para que se enmiende, viene al fin a caer en las mayores faltas⁹, a ser a este de la Comunidad, cuando no el escándalo de los seglares.

El quinto medio es hacer frecuente uso de las mortificaciones. El que desde los principios de su conversión no procura refrenar sus apetitos y pasiones, muy pronto las sentirá rebeldes y a no tardar se verá esclavo de las mismas¹⁰. Solo se libra de tan tiránica esclavitud el que, con firmeza y sin contemporizaciones, refrena sus sentidos y ahoga en su origen las rebeldías de la parte inferior, luego que quieren levantarse contra la razón, sin conceder al cuerpo más de lo que es justo y conforme al propio estado, negándole en consecuencia lo que no le conviene y le está prohibido. No de otra manera alcanza el alma victoria completa y se hace señora de los apetitos desordenados a fin de quedar más desembarazada para las cosas de virtud y perfección.

DESIDERIA. Algo más animada me dejan vuestras palabras, Jesús mío. Ahora entiendo mejor que no deben acobardarme tanto las varias dificultades que se suelen ofrecer en el camino de la perfección, mayormente desde que os habéis dignado señalarme los medios seguros de combatirlas y me prometéis de nuevo vuestra poderosa ayuda y particular protección.

MARÍA. Así es como dices, hija mía, que a ninguno deben espantar las dificultades que se ofrecen en la práctica de las virtudes. Al alma generosa, resuelta de veras a conseguir la perfección, de seguro se le concede tan gran dicha. Yo misma, tesorera de las riquezas celestiales de mi Hijo santísimo, me declaro tu madre cariñosa y protectora especial, sin que ninguno me aventaje en generosidad. Seas, pues, tú, hija, otra de esas almas fieles, y por más que te reconozcas débil y con escasos alientos, y por más que las repugnancias y estorbos sean muchos, ni te asustes ni te acobardes, porque no te dejaré¹¹, conduciéndote como de la mano en toda tentación y peligro. Debes saber, Desideria, que muchas almas que llegaron a un alto grado de perfección y al presente están disfrutando de inmensa gloria en la celestial morada eran flacas tanto o más que tú y tuvieron tantos o más impedimentos y dificultades, y no obstante, con su generoso esfuerzo, ayudadas a la vez de nuestra gracia, las vencieron y triunfaron del mismo enemigo que tú vencerás y del cual triunfarás si te empeñas en obrar con constancia, como ellos se resolvieron y trabajaron.

DESIDERIA. Sí, carísima Madre mía, con vuestra particular protección y con el poderoso auxilio de Jesús, confío no desmayar ni abandonar jamás mis promesas. Quiero ser fiel en seguir vuestros consejos, cueste lo que cueste.

JOSÉ. ¡Cuánto nos agrada tu valor, Desideria! Esta noble y generosa disposición de alma es ya un gran medio para atraer las divinas misericordias, lo contrario de lo que acontece al alma pusilánime y perezosa. Esta, esclava de su comodidad, no es capaz de violentarse ni de hacer sacrificios y por eso repara poco en lo que los imperfectos llaman faltas pequeñas. Se trata, por ejemplo, de dar gloria y prestar algún obsequio al divino Esposo por medio de una ligera violencia, como sería: privarse de un bocado apetitoso; de una mirada curiosa, aunque no ilícita; de hacer una pregunta innecesaria; de hablar en horas y lugares prohibidos; de obedecer con escrupulosa puntualidad a la simple indicación del superior o al primer toque de campana; de tolerar o disimular una injuria, falta de atención u otro cualquier defecto del prójimo; de sujetarse a pedir una o más veces al superior lo que se desea; de sufrir con paciencia una reprensión; de acomodarse con un genio antipático, etcétera; cualquiera de esas cosas parécete ya demasiado, intolerable, violento, y como no gusta contrariarse en nada, quedan vivas las pasiones, y adormecida el alma, comete faltas con deliberada voluntad, que por más que no lleguen a ser graves por su naturaleza, sin embargo disgustan a Dios, afligen el corazón de Jesús, contristan al Espíritu Santo¹², afean el esplendor de la gracia santificante y privan de muchos auxilios y dones espirituales.

Para no venir tú a tanta desdicha, procura: 1º Evitar con sumo cuidado y diligencia no solo el pecado venial voluntario, sino también las más pequeñas omisiones y transgresiones, porque aquel que no para atención en evitar lo poco, de seguro caerá en cosas mayores¹³. 2º Toma la costumbre de mortificarte varias veces y todos los días en algunas cosillas¹⁴, como es: privarte en todo o en parte del manjar que más te guste, si la salud lo permite; no quejarte porque la comida esté dulce o salada; sufrir con paciencia y por algún espacio de tiempo las picaduras de moscas u otros insectos; si está en tu mano, escoger lo más grosero y humilde; preferir un asiento duro a otro más blando y cómodo; tolerar con dulzura un genio descontentadizo, etc. Estas pequeñas mortificaciones, apenas notadas de otros, son de gran mérito y disponen grandemente al alma para emprender cosas mayores y sirven como de piedra imán que le atraen las miradas y copiosas bendiciones del celestial Esposo. 3º Vigilar constantemente que no se entibie en ti el amor, respeto, confianza y sumisión que se debe a los legítimos superiores, puesto que ocupan el lugar de Dios y de ellos se sirve para dirigir y alentar a los súbditos en las cosas de virtud y perfección.

MARÍA. En pocas palabras has recibido, hija, una gran dosis de doctrina santa y sublime. ¡Ojalá comprendieran todos, singularmente los religiosos, lo feas que son y cuánto disgustan a Dios esas faltas que los tibios llaman ligeras y de poca monta! Si así fuera, de seguro no las cometerían con tanta irreflexión y ligereza, antes bien se ejercitarían en las mortificaciones dichas, con lo cual adelantarían en virtud y no nos atarían en cierto modo las manos para favorecerlos.

DESIDERIA. Padres míos, por lo que a mi toca, propongo no disgustaros, y deseo morir mil veces antes que 4enderos voluntariamente. Y ya que me ilustráis e inspiráis esta resolución, dadme también gracia para ponerla en práctica, mientras que, postrada, pido os dignéis bendecirme.

VISITA NONA

Gozo y alegría del buen religioso, o sea del alma fiel

Jesús felicita a Desideria por su generosa resolución de entregarse del todo a la practica de la virtud.- Contestación de Desideria y sus presentimientos.- Jesús le asegura ser verdad lo que ha manifestado.- Una duda.- Doctrina de Jesús.- Tranquilidad y agradecimiento de Desideria.- María amplía la misma materia.- Avisos de José

JESÚS. Mucho me place, Desideria, verte hoy tan risueña. Tu tranquilidad y satisfactorio aspecto dan testimonio inequívoco de la paz que reina en tu corazón, efecto natural de tus santos deseos y firme resolución de darte a la virtud y de seguir con fidelidad mis doctrinas y demás celestiales inspiraciones, según aseguraste en la última visita que nos hiciste.

DESIDERIA. Efectivamente, Jesús mío; este gozo y alegría que en estos momentos experimento danme a comprender que cuando el alma se esfuerza en la práctica de las virtudes, aunque se la sujete, para su mayor mérito, a varias pruebas, no por eso deja de disfrutar una vida de paz y tranquilidad interior tan grande, que mejor se siente que se explica; pero entiendo también que si en lugar de hacerse violencia se deja decaer y no resiste a la natural pereza, y se duerme en la práctica de las virtudes, ha de ser su vida un continuo malestar e infructuoso martirio.

JESÚS. No hay duda, Desideria; muy cierto es cuanto acabas de decir. En verdad que es mucha la paz y alegría¹ interior que experimenta el alma mientras camina fervorosa por la senda de la perfección; mientras, por el contrario, son continuos los sobresaltos y amarguras de la que vive distraída y no atiende a su espiritual aprovechamiento, lo cual viene a ser como una anticipada prueba de lo que una y otra pueden esperar de premio o castigo el día que Yo les pida cuenta del buen o mal uso que han hecho de mis gracias y favores².

DESIDERIA. Bien veo, Jesús mío, que ha de ser como decís, puesto que sois infinitamente equitativo y justo, dando a cada uno según sean sus obras y conforme al caudal que le habéis confiado.

No obstante, una duda me ocurre, que con vuestra venia tengo deseos de manifestar. Me llama la atención y no comprendo, según la santa doctrina que con tanta bondad me enseñáis, cómo algunos religiosos al parecer muy poco solícitos de su aprovechamiento espiritual, que viven con cierta anchura, que casi en todo hacen su propia voluntad y que Solo se amoldan en lo que les viene en gusto, con todo, según ellos dicen y aparentan, viven contentos y satisfechos, y no pocos bastante esperanzados de que recibirán no pequeño premio.

JESÚS. Me place que hayas manifestado con tanta sencillez esa tu duda y extrañeza para podértela disipar y no te moleste más.

Esas apariencias exteriores que dices, Desideria, son falsas y Solo sirven para acabar de seducir y engañar a los flacos en la fe y dominados de la pereza. Te he dicho varias veces que la verdadera tranquilidad y contento tiene su asiento en el corazón³, puesto que este contentamiento nace del testimonio de la buena conciencia, que se basa en el exacto cumplimiento del propio deber. Siendo ésta la verdad, ¿cómo es posible puedan disfrutar de tranquilidad y alegría interior aquellos que por no molestarse dejan en paz a sus apetitos terrenos y vienen al fin a ser esclavos de sus pasiones, tanto más tiranas cuanto más con ellas se condesciende? Ten por cierto que estos ilusos, por más que finjan tranquilidad, viven en su interior agitados y revueltos, a manera de las aguas del mar combatidas de fuertes tempestades⁴.

No, hija; no es aquello que al exterior presentan contento verdadero, sino tristeza y pesadumbre, porque, aparte de la zozobra y remordimiento que les causa su propia infidelidad y cobardía, como no siempre consiguen lo que apetecen, ni ven cumplidos sus deseos, les origina eso un continuo malestar y no pequeño tormento. Desgraciados, pues, los que llevan una vida descuidada y remisa en la casa de Dios, y muy dignos de compasión son quienes aparentan tranquilidad no cumpliendo como buenos.

También es muy digno de compasión el religioso que pretende marchar por el camino de la perfección según su propio parecer, y emprender mortificaciones y penitencias que no sean ordenadas o aprobadas y dirigidas por la santa obediencia. Tampoco éste disfruta de paz sólida⁵, y cae con frecuencia en lamentables indiscreciones, y por ellas se desacredita a veces la religión y son causa de que los flacos formen no muy buen concepto de ciertas prácticas piadosas, juzgando equivocadamente que la virtud engendra melancolía y acaba la salud y robustez.

Entiende una vez más que la verdadera tranquilidad y gozo interior es fruto que no puede gustar más que el diligente y fervoroso, porque Solo él tiene fundados motivos de que me son agradables sus obras. En efecto, si se mira a si mismo, halla razones que le infunden confianza, por lo que se esfuerza en cumplir sus deberes y conformarse lo más que puede a mi voluntad: de esta confianza nace en su corazón un gozo santo que a la par que le suaviza los trabajos de esta vida le reanima para continuar con nuevo y mayor fervor las obras de virtud y perfección, cuyo gozo llega a ser algunas veces tan activo y ardiente, que no Solo le dispone para tolerar con paciencia y resignación las tribulaciones y contrariedades, sino que llega a sentir verdadero gusto y extraordinaria alegría en medio de las más fieras luchas, calumnias y persecuciones, siempre dispuesto a sufrir por mi servicio y hasta morir por mi amor⁶.

Si examina las relaciones para con sus superiores, encuentra también motivos de tranquilidad, porque, fijo en el cumplimiento de cuanto le ordena la santa obediencia, hace las cosas que le son mandadas sin repugnancia y se deja llevar sin dificultad; de donde resulta que éstos le tengan mucho amor y confianza, y como él, aun en medio de su humildad, no puede menos de advertirlo, se alegra y consuela de ello, y le sirve como de estímulo para andar más listo y fervoroso.

Si se vuelve hacia sus hermanos con quienes vive, tampoco reconoce motivos de remordimiento, ya que, después de cumplir sus particulares deberes, les respeta, ayuda y favorece cuanto puede, a todos aprecia y a ninguno de ellos disgusta. Si piensa en la muerte, idea que tanto espanta y atemoriza a los tibios, es para el diligente y fiel religioso motivo de consoladora esperanza, no solo para salir de las miserias y peligros de esta vida, sino porque considera aquélla como puerta de entrada para ir a recibir de manos del Señor el premio de sus trabajos⁷.

Por fin, si se vuelve a Mí, confiado también queda. ¿Y cómo no? Sabe que soy todo bondad y fuente de largueza; no duda cuánto me agrada el religioso que con infantil generosidad emprende el camino de la virtud y perfección, y que amo con amor inmenso a los que me aman y sirven, pues ¿cómo dejar de producir en su corazón tales pensamientos alegría santa y días llenos de paz?⁸

Mas ¡cuán al contrario es lo que acontece al religioso cobarde y perezoso! Este pobre, a manera de aquel que no obra bien, anda siempre receloso, y en cualquier parte que quiera fijar la vista no sabe ver más que motivos de temor⁹. ¡Qué vida tan amarga la de este infeliz, aun en medio de sus libertades y aparente buen humor! Propone algunas veces enmendarse y salir de ese estado, mas sus resoluciones nunca acaban de ponerse en práctica, porque no empezando con firmeza a refrenar sus apetitos y pasiones, éstos van tomando mayor vuelo cada día, y al fin, dominado por la fuerza de la costumbre, apenas se da ya cuenta de sí mismo, ni piensa en la causa de sus amarguras.

Para el religioso indisciplinado todo son inquietudes y pesares. Siente pesar si mira a la vida pasada, pues no halla cosa bien hecha que le aliente a esperar mayores favores y gracias de su Dios, a quien tanto escasea su amor. Se ve confuso y corrido si considera su proceder para con los superiores, ya que, poco amante de la obediencia y disciplina regular, sufre no poco siempre que le es forzoso tener que tratar con ellos. Si observa a sus hermanos, nota que los buenos y espirituales, lejos de procurar su compañía, esquivan rozarse con él, quedándole tan solo el compañerismo de los tibios y libres. En fin, si acaso piensa volver a Mí, único medio de poner término a sus males, teme y desconfía, porque recordando los beneficios generales y particulares con que le he favorecido, la gracia de haberle separado de los peligros del mundo para que hiciese vida más perfecta, este pensamiento le confunde, cree con razón que me tiene enojado, y eso le atormenta de continuo, que es como el comienzo de la pena que al fin se da al insensato.

DESIDERIA. Disipado habéis mis dudas, Jesús mío. Guiadme siempre Vos y fortalecedme con vuestra gracia para que no caiga en ilusión tomando por bueno aquello que pueda dañarme, o sea buscar contento y bienestar fuera de lo que de mí queréis y deseáis, pues me persuado de que fuera de vuestro amor y servicio no se encuentra otra cosa que vanidad¹⁰ y aflicción de espíritu.

MARÍA. Razón tienes, Desideria. No son pocos entre los mismos religiosos los que se engañan a sí mismos, buscando la tranquilidad y contento donde es imposible que se encuentre. No está en la disipación y holganza, sino en el voluntario y fiel cumplimiento del divino querer, que es aplicarse con todo empeño en satisfacer las obligaciones de su estado y atender con perseverancia a las cosas de virtud y perfección, según consejo y aprobación del superior o padre espiritual.

JOSÉ. Verdaderamente, Desideria, no hay cosa en esta vida que consuele tanto, ni deje el corazón tan dulcemente reposado, como el tiempo que se emplea en amar a Dios y en trabajar para arraigar más y más en el alma las sólidas virtudes; así como tampoco se da cosa que le cause más inquietud y sobresaltos que el voluntario descuido y negligencia en los propios cargos y obligaciones.

El religioso que se esfuerza y hace violencia para llegar a la perfección de su estado empieza a gustar ya en esta vida de la alegría de los santos¹¹; mas el negligente y que busca su propia comodidad sufre un purgatorio anticipado, puesto que no deja de comprender el tesoro de bienes y gracias de que tontamente se priva, y los castigos que sobre sí acarrea por no contrariar sus caprichos y gustos.

Una vez llegado a este estado, ya no es extraño que con la mayor facilidad y por cosas livianas y

de poca monta se inquiete y enfade, le asalten mil pensamientos, dudas y tentaciones, y venga casi al extremo de abandonar su vocación. A pesar de todo, esta idea le aterra y no se atreve todavía a realizar su descabellado pensamiento. ¡Estado digno de compasión por cierto! Si reniega de su estado, mal; si se queda en la religión. Si persevera, es preciso cumplir con los deberes y ejercicios de la comunidad; pero los hace sin gusto y como forzado, acude a ellos indevoto y distraído, sin sacar fruto ni provecho alguno espiritual, continuando por lo tanto en sus faltas e imperfecciones de quejas, murmuraciones y no pocas desobediencias. Se fatiga mucho para no recoger cosa de utilidad; maneja la medicina y no sabe aplicarla a remediar su enfermedad.

Para tu gobierno, Desideria, sírvante estos consejos: 1º Cumple siempre y en todo lugar con toda puntualidad y ánimo tranquilo las reglas y laudables costumbres de tu instituto, sin quitar ni añadir cosa alguna de propia autoridad. 2º Evita, cuanto la prudencia te dicte y la caridad te aconseje, la compañía y roce de los libres y perezosos. 3º Recuerda cada día y con frecuencia la tranquilidad que disfrutaban los buenos observantes, y la inquietud y malestar de los tibios y perezosos.

VISITA DÉCIMA

Gran medio para no aflojar en la virtud

Desideria suplica a Jesús que le indique de qué debe hacer uso a fin de que no venga a decaer en sus propósitos de ser virtuosa.- Dícele Jesús que el buen deseo y firme confianza en El es un segurísimo medio.- Insensatez de aquel que no se acoge a este recurso.- Reflexiones de María.- Gratitud.- Consejos de José.- Resoluciones y despedida

DESIDERIA. Otra vez estoy en vuestra presencia, amados míos. Mucho he pensado en las cosas que me enseñasteis en la visita anterior, y por lo mismo, a fin de no dejarme arrastrar por el oropel de una falsa alegría ni me rinda la pereza por aquella natural repugnancia que siente la parte inferior en el ejercicio de las virtudes, quisiera, Dios mío, os dignaseis indicarme aquello de que debo principalmente valerme para solidar en mi corazón las resoluciones tomadas.

JESÚS. Gustoso voy a complacerte, Desideria. Sabida cosa es que en tanto uno se esfuerza para conseguir el objeto deseado cuanta es la estima y valor que de él tiene formados¹. El verdadero amante, grandes cosas hace por el amado. De consiguiente, el que me ama de veras y desea complacerme sin egoísmo, aprecia y practica con empeño las virtudes, por ser éste el camino que he trazado para todos los que desean llegarse a Mí, y por esa razón ninguna cosa le repugna ni se le hace dificultosa, por más que lo contradiga la enferma y viciada naturaleza.

Compréndese lo dicho más palpablemente fijando la atención en lo que hace una buena madre que ama con ternura al hijo de sus entrañas, la cual, llevada de su cariño, sufre con inalterable constancia las rarezas, molestias y fatigas que éste le ocasiona, soportando con paciencia los desvelos y otras privaciones que se le originan para aliviarle de la enfermedad que padece, mayormente cuando ésta es grave y repugnante.

Sí, Desideria; la firme voluntad, el buen deseo, el fino amor es lo que arrolla todas las dificultades y supera todo los impedimentos. El amor es el que engendra aquella diligente solicitud que hace poner en práctica los medios necesarios hasta conseguir lo que se desea.

Si quieres, pues, no debilitarte en tus buenos propósitos tenme amor, ya que Solo éste te dará firmeza y constancia para seguir solícita y cuidadosa por el camino de la perfección. Este mismo amor te enseñará a evitar, a fin de no disgustarme, hasta las más pequeñas faltas e imperfecciones, que sabes me ofenden tanto cuando son voluntarias o provienen de culpable descuido, por más que los sensuales y miopes espirituales tengan en poco semejantes faltas.

Religiosos hay que, cayendo con sobrada frecuencia en faltas voluntarias y pecados leves, no atienden en corregirse y pretenden excusarse diciendo ser aquello de menor importancia; que el Señor;, como padre bondadoso, ya se hace cargo de nuestra fragilidad. Esas son excusas de almas frías y perezosas, y con ello se causa grave daño, dado que con sus imperfecciones en cierto modo atan mis

manos para dispensar las nuevas gracias y con su ejemplo poco edificante impiden, en cuanto de ellas depende, que otras adelanten en virtud y perfección, ya que siembran en mi casa el espíritu de licencia y fomentan el desprecio de la observancia regular. Pobres de los que así hablan y de tal manera se conducen en la casa del Señor! ¡Ojalá no anduvieran tan derramados al exterior y entrasen en su interior a considerar sus deberes y prevenir sus novísimos! Si así lo hicieran, otra fuera su conducta. Entonces entenderían que nada se gana en despreciar con ligereza aquello que saben me disgusta, y que se pierde mucho en no tener sumo respeto a lo que mando o prohíbo, por más que no lo mande o prohíba bajo pena de eterna condenación. El que solo se mueve por temor del castigo, ¿qué prueba da su amor?² Escrito está que quien es descuidado en lo poco, caerá en lo mucho³. Desgraciadamente, la experiencia da testimonio de esta verdad.

DESIDERIA. Locura realmente parece la conducta de aquellos que después de haberos conocido, de saber lo que de ellos queréis y las riquezas celestiales que les ofrecéis si os sirven con fidelidad, se engañen a sí mismos, malgastando un tiempo precioso, pasado en frívolos e inútiles caprichos, sin atender a corregir sus defectos ni enmendar sus faltas a fin de no disgustaros, atraer vuestro cariño y alejar vuestro enojo.

MARÍA. Veo con gusto, Desideria, que nuestra enseñanza cae en tu corazón como la semilla en tierra bien preparada, que a su tiempo da fruto abundante⁴. Te felicito por ello y te añado que para conservarte fiel y no enfriarte en el verdadero amor de tu Dios y Señor conviene que, además de evitar los defectos y faltas al modo dicho, emprendas animosa el ejercicio de la mortificación también en cosas pequeñas, o sea en aquellas que sin gastar tiempo ni perjudicar la salud en lo mas mínimo se pueden hacer muchas veces, no Solo al día, sino a cada hora. La represión de la propia voluntad y el completo dominio de los sentidos da bastante ocasión para repetir estas mortificaciones. Y supuesto que la perfección consiste en el conjunto de todas las virtudes y que éstas no se alcanzan sino por medio del señorío de los sentidos, por eso conviene estar siempre vigilante para no concederles cosa alguna contra la recta razón y deberes de su estado. Por tanto, hija, jamás concedas a tus sentidos más de lo necesario y prudente, negándoles por completo lo que no dice bien con la santidad y pureza religiosa⁵.

DESIDERIA. Así lo haré, Madre mía; y os prometo poner en práctica las advertencias que acabáis de hacerme, con el auxilio de Jesús.

JOSÉ. Mira, hija, para que no entibies estas tus bellas resoluciones de caminar seguidamente a la perfección, conviene andes en todo muy unida a los superiores. La razón de esta unión necesaria se deja comprender al considerar que los superiores están en lugar de Dios, designados e ilustrados por El para dirigir y gobernar a los súbditos, a fin de que no se aparten del camino de la perfección a que siempre deben aspirar⁶. De donde resulta que el religioso poco afecto, unido y sumiso a los superiores, él mismo se priva voluntariamente de esos poderosos medios y se aparta con extremado orgullo y desprecio de la bien conocida voluntad del Señor. El religioso no unido ni sumiso de buena voluntad a sus superiores, por más que el amor propio finja mil razones al objeto de tranquilizar su conciencia, jamás llegará a la perfección, antes bien serán muchas y frecuentes sus faltas y caídas, porque, como miembro separado del cuerpo, queda sin vida, y le acontece como a la rama cortada del árbol, que luego se seca y muere.

Ea, pues, hija, resuélvete a poner en práctica lo que acaban de indicarte Jesús y María con ánimo tranquilo y esforzado, rechazando con toda la posible prontitud cualquier cosa que huelva a repugnancia (de donde se origina la tristeza), tan enemiga de las buenas obras. No olvides que la alegría es patrimonio de los santos⁷ y que es poderoso medio para dominar la repugnancia o contrariedad que naturalmente siente el cuerpo en las prácticas de mortificación y otras cosas que le sujetan y humillan. Una alegría santa infunde no poco terror a los enemigos de nuestra felicidad eterna; suaviza grandemente los trabajos; agrada a Dios y a sus ángeles; y por último hace agradable y placentera la compañía y trato del dichoso observante que de ella está adornado.

DESIDERIA. Consoladoras son vuestras palabras, Padres míos. Si, me esforzaré cuanto pueda en daros gusto. Dadme vuestra bendición, y espero no tardar en volver a vuestra presencia.

VISITA UNDÉCIMA

Causas que motivan la alegría interior

Gozo extraordinario de Desideria.-Doctrina de Jesús sobre las causas y motivos de la verdadera alegría.- Experimenta en sí Desideria la verdad de las palabras de Jesús.- María anima a su ahijada.- Estímulos de José a la fidelidad.- Ratifica Desideria sus promesas.

DESIDERIA. De nuevo estoy con vosotros, amados Padres. Debo manifestaros cómo desde que me ausenté de vuestra amorosa compañía - resuelta a recordar con frecuencia vuestros avisos y esforzarme lo más posible en evitar no sólo las pequeñas faltas e imperfecciones que no os gustan en los que habéis escogido para vuestro particular servicio, sino también en mortificarme por vuestro amor en cosas al parecer de poca monta, pero en el fondo de incalculable provecho espiritual - mi corazón rebosa de paz, de manera que me admiro y casi no sé darme razón de tal mudanza.

JESÚS. Esta razón, que dices no conocer, está en tu buena disposición. ¿No comprendes, hija, que el alma que se adorna de tales deseos y se propone trabajar con perseverante empeño, llevada del deseo de agradarme, en poner por obra mis preceptos y consejos, esa alma dichosa vive ya del espíritu de Dios, porque Dios reina en su corazón?¹ Y si el Señor es todo paz, tranquilidad y contento, muy natural es que el alma sienta y experimente los efectos de la divina presencia. Lo extraño sería que el fuego helara o que el frío diera natural calor.

Es verdad que algunas veces, a fin de probar más y ejercitar a mis amados servidores, les retiro en mayor o menor grado y por más o menos tiempo esos contentos y alegrías hasta el punto de parecer haberles olvidado y vuelto las espaldas; sin embargo, nunca les dejo del todo desprovistos, porque les concedo, aparte de una fe viva, una confianza tan firme y sólida en mi divina bondad y misericordia, que los sostiene y alienta; de modo que sin enfriarse en el amor ni aflojar en los ejercicios de devoción, resignados a mi voluntad, esperan humildes la vuelta de su Amado, seguros de que no tardará en mirarlos con ojos de compasión y risueño semblante². Ésta es la ordinaria manera de conducir a los que me aman y sirven, disponiéndolo así para su mayor provecho espiritual, pues con ellos los pruebo y ejercito, de cuya prueba nace un amor más acrisolado y firme³.

No es, pues, de extrañar, como te lo enseñará la experiencia, que el servidor fiel, aunque sienta mi aparente ausencia, no por eso se desanime ni entristezca en demasía. Compara si sus obras son conformes y corresponden a los deseos y propósitos que me tiene hechos y cómo la conciencia no le reprende cosas graves y ve que cumple lo mejor que sabe y puede con la obediencia y regular observancia; que ama y respeta a los superiores; que sirve y condesciende con sus hermanos; en fin, que no descuida sus deberes en todo lo que se le ordena, todo eso es para él fundamento de seguridad y causa de contentamiento.

DESIDERIA. ¡Cuánta verdad es la que acabo de oír! Así que ibais hablando, Jesús mío, iba yo recordando lo que pasa en mí, y veo verificarse de igual modo en mi corazón lo que decíais de otras almas de Vos queridas. Os aseguro que esto me da gran valor, y espero de vuestra bondad os dignaréis fortalecerme para que en ningún tiempo ni ocasión claudique en vuestro servicio.

MARÍA. No dudes, hija, que así como deseas se portará contigo mi dulce Jesús, pues significado tienes cuánto ama y quiere a las almas generosas⁴ y perseverantes en su servicio. ¡Oh carísima, si supieras el consuelo y fundada confianza que anima a los buenos y fervorosos a la hora de su muerte! ¡Entonces conocen cuanto vale haber servido al Señor con fidelidad! ¡Qué de contento y alabanzas por las bondades que con ellos ha usado! ¡Con qué alegría esperan el galardón de gloria!

JOSÉ. Como se deja comprender, carísima, el que por dicha suya pone toda su atención y emplea sus fuerzas en la práctica de las virtudes para llegar a la perfección, en esta vida empieza ya a gustar parte de los goces celestiales. Y se colige también cuánta sea la insensatez y desvarío de aquellos que por meras frivolidades, gustillos de momento y pasatiempos que a nada conducen, se privan de los verdaderos consuelos y merecimientos.

DESIDERIA. Con ser tantos y tan grandes los bienes temporales y eternos que lleva consigo el

caminar seguidamente y con fervor en vuestro santo servicio, parece increíble, Jesús mío, que muchos de los que habéis llamado a la perfección de vida, particularmente los religiosos, vivan tan olvidados de su vocación y cuiden tan poco de corresponderos con la fidelidad debida. En verdad, esto me admira; mas por lo que a mí toca, resuelta estoy a obrar conforme me enseñáis y es vuestro beneplácito. Con vuestra venia y paternal bendición me retiraré de tan agradable compañía: hasta la nueva visita.

VISITA DUODÉCIMA

Pésimos efectos de la tibieza y disipación

Vuelve Desideria a saludar a la Sagrada Familia.- Jesús descubre el pensamiento y deseos de Desideria.- Esta suplica ser preservada de la tibieza y disipación.- María habla sobre la misma materia y señala los medios oportunos para la emienda.- Palabras de José en confirmación de lo dicho.- Últimos propósitos y afectos de Desideria

DESIDERIA. Ansiosa siempre de saludaros y escucharos, veisme aquí de nuevo, Padres míos. Deseo adquirir nuevas luces para que sepa andar sin tropiezo por el camino de la perfección, y esto no tan sólo por los grandes bienes que de aquí reporta el alma, sino más bien por la gloria y contentamiento que de ello recibís; pero...

JESÚS. ¿Qué es ese *pero* lastimoso? ¿Qué quieres significar con esa suspensión? Ya te entiendo, hija: quieres decir que no comprendes y te causa penosa admiración entender que son muchos los llamados a la vida de perfección, y sin embargo una gran parte de ellos andan tibios en el amor y remisos en el cumplimiento de sus sagrados deberes; que viven al parecer contentos y sosegados; que ríen y se divierten cual si disfrutaran de verdadera paz y estuvieran satisfechos de su nada edificante modo de obrar; en fin, como si nada temieran y estuvieran ya confirmados en mi gracia¹. Es ése el pensamiento que te ha preocupado tanto. Voy, pues, a manifestarte la falsedad de esas apariencias.

Ya recordarás haberte dicho más de una vez que la paz y contento verdadero sólo pueden venir de Mí, que soy la misma felicidad; y que la alegría que ostentan esos distraídos y relajados no es paz ni alegría, sino más bien un consuelo falso, momentáneo, mundano, sensual. Porque ¿de dónde les vendrá el verdadero contento a esas almas disipadas? ¿Qué méritos tienen o en qué motivos pueden apoyar su tranquilidad interior? ¡Ay! No la pueden racional y confiadamente esperar de Mí, porque saben ellos que acostumbro retirar mis gracias particulares y extraordinarios auxilios en castigo de una culpable indiferencia y reprehensible cobardía. Y si con tanta abundancia de favores no saben, o mejor, no quieren moverse a trabajar en su santificación, ¿qué será no quedándoles más que los medios y gracias comunes, que a ninguno se niegan?

Nada extraño, pues, que la confesión, comunión, meditaciones, lecturas espirituales y demás ejercicios piadosos, que deberían ser su más apetitoso alimento a fin de recobrar la salud del alma y no acabar de desfallecer espiritualmente, sean para ellos medios casi no necesarios, ni tan indispensables para salvarse como quieren suponer, dicen los tímidos y pusilánimes; de cuya falsa teoría se les sigue que no gustando de tan excelentes manjares, ni les aprovechan, ni los nutren lo conveniente, y así vuelven a enseñorearse de ellos los sentidos y a quedar sujetos a las exigencias de la carne². Caídos otra vez en este lastimoso estado, a manera de un incipiente enfermo que sólo apetece y procura pasatiempos que le ayuden a suavizar y hacer más ligera su dolencia, del mismo modo estos infelices buscan distracciones y pretenden hallar contento, dando libertad a sus deseos y derramando su corazón en las criaturas. De momento parecen quedar contentos y satisfechos, mas como todo es hijo de su disipación, no tarda en reaparecer en su interior un temor y melancolía que les aflige y tortura de continuo, que viene a ser como anuncio anticipado del tremendo castigo que les está reservado.

Escrito está que no hay paz para los malos³; y como malos serán juzgadas las almas que llamadas al estado religioso, y por consiguiente obligadas a caminar a la perfección, abandonan por culpable pereza y cobardía sus deberes, ni cumplen fielmente con su vocación, dejándome así desairado, sólo por anteponer sus caprichos y veleidades a mi soberana voluntad.

DESIDERIA. Muy infeliz considero ha de ser el estado de un alma cobarde y disipada. Nunca pensara yo el tormento a que ella misma se condena aun en esta vida, ya de sí breve y accidentada, a la par que llena de espinas y abrojos. Suplícoos, Amado de mi alma, que me tengáis siempre de vuestra mano y no permitáis a esta pobre hija que venga a caer en esa desdichada frialdad espiritual.

MARÍA. Conviene ser muy cuerda, hija mía; y para tu bien y a fin de conservarte en fervor guarda con diligencia en tu corazón las verdades que acabas de oír y considera atentamente los males que atesora sobre su cabeza el necio religioso que vive como aletargado en conducta libre y disipada. ¡Ay del que en la religión anda indisciplinado! ¡Ay del que no entra en su interior⁴ para examinar seriamente la causa y origen de las muchas amarguras y temores que el Señor permite como correos de aviso! Mas ¡cuánta suele ser la ceguera de los que una vez se han dejado dominar de la tibieza! Por más que conozcan que no andan como demanda su estado y ordena su instituto, por más que sientan malestar interior y agudos remordimientos, con dificultad llegan a conocer su enfermedad, y si alcanzan a conocerla, temen resolverse con la presteza y constancia debidas a poner en ejecución el único verdadero remedio, que es volver arrepentidos y humillados a su Dueño y Señor, comenzando de nuevo la vida de penitencia y abnegación⁵.

JOSÉ. Tampoco olvides que, además de la inquietud y penas interiores de que no pueden librarse los tibios e indevotos como preludio, si no enmiendan, del castigo que se les seguirá al pedirles cuenta del tiempo mal empleado, de los toques interiores despreciados y de tantas luces, gracias y auxilios no aprovechados⁶; se hacen asimismo culpables de escándalo, de perturbadores de la comunidad y destructores del buen orden y disciplina⁷. Por lo común son la carga de los demás hermanos y la continua pesadilla de los superiores con quienes de ordinario andan esquivos, fingidos y no pocas veces altaneros y respondones⁸, sin que les entren ni aprovechen sus caritativas y paternales amonestaciones; de modo que apenas saben qué hacer de ellos, ni cómo contentarlos. Si prueban tratarlos con dulzura, abusan del amor y cariño, tomando aun de ahí ocasión para mayor libertad y licencia. Si quieren usar algo de severidad para que se corrijan y cumplan sus deberes, se resienten, murmuran y con facilidad alborotan y perturban la paz y sosiego de la casa⁹. ¡Triste condición y penoso vivir el de estas almas, ya que escogidas para ser queridas esposas de Jesús, a fin de darle acá honor y gloria con el buen olor de sus virtudes y recibir después una brillante e inmortal corona en el cielo, malogran tanta dicha por llevar una vida, que tan poco dura, tibia y disipada!

DESIDERIA. Ya veo y entiendo que toda mi tranquilidad en esta vida y la eterna felicidad en la otra están en ser fiel¹⁰ al Señor, que se dignó llamarme, y en vivir contenta y perseverante en el estado a que, por dicha mía, he sido destinada¹¹. Comprendo que faltar a cualquiera de esas dos obligaciones es perturbar el orden y alterar la economía de la sabiduría y voluntad de Dios. Por consiguiente, nada extraño que la vida de un alma derramada y desdeñosa de sus deberes sea triste, y poco halagüeña su esperanza. Por lo que a mi toca, digo lo que siento; conociendo mi flaqueza, tiemblo al pensar que puedo venir a parar en tan deplorable estado; pero os ruego, Padres amados, que, antes de permitir a vuestra hija tanta desdicha, dispongáis primero de su existencia, puesto que no la quiere sino para más amaros y serviros.

VISITA DECIMOTERCERA

Lucha contra los tres capitales enemigos

Pide Desideria a Jesús nuevas instrucciones para continuar firme en sus propósitos.- Enseñale Jesús a luchar con fruto contra el mundo, demonio y carne.- Palabras de Desideria.- Un consejo de María.- Otra advertencia de José.- Resolución

DESIDERIA. Se me hacía ya larga vuestra ausencia y ansiaba vuestra compañía, amados míos. La idea que llevo hoy es suplicaros os dignéis darme nuevas instrucciones para continuar perseverante y firme en mis propósitos de fidelidad y saber rechazar con presteza y resolución los estorbos que contra ello se presenten.

JESÚS. Gustoso lo haré, hija, por ser muy laudables esos tus deseos.

Bien sabes que son tres los capitales enemigos del alma, mundo, demonio y carne¹, y de consiguiente, que contra estos concertados enemigos es preciso luchar sin tregua ni descanso, si no se quiere ser víctima de sus engaños y furiosos golpes. Por esta razón es de todo punto necesario que las almas que desean salvarse y aspiran a una vida devota y de perfecta observancia religiosa estén muy prevenidas y sobre aviso; porque silos tres dichos solapados e irreconciliables adversarios embisten sin piedad a todos los mortales, lo hacen con mayor empeño y ferocidad con aquellas que, escogidas por Mí de entre la multitud, deseo que me amen y sirvan con particular esmero y singular cariño; y de ahí su mayor rabia e infernal odio. Contra estas almas escogidas, pues, ponen en juego todas sus artimañas y embustes al objeto de hacerlas desfallecer y salir con su malvado empeño.

A pesar de la malicia y astucia de estos enemigos, un alma buena y generosa nunca debe acobardarse; bástale que sea humilde², que haga de su parte lo que debe, con la viva fe y confianza de que la miro y estoy de su parte, y de seguro no le faltarán luces y fuerzas suficientes para burlar y vencer al enemigo en todo combate³.

Por tanto, hija, no te espanten esas luchas, ni sean pretexto para que dejes de proseguir animosa en el camino de la perfección a que por dicha tuya has sido llamada.

No debe impresionarte el *qué dirá el mundo*, ni seducirte sus vanidades, falsos atractivos y momentáneas delicias; es enemigo mio declarado, por el cual no he querido rogar a mi Padre celestial⁴, y eso sólo debe bastarte para no creerle en nada. Tú misma, por haberle experimentado falaz y contrario a mi santa doctrina, le volviste la espalda y resolviste refugiarte en el seguro asilo de la religión.

Tampoco deben apenarte ni atemorizarte los dicterios, burlas y desdenes que puedan hacer de ti ciertos indevotos o imperfectos, porque, aparte de que ese temor demostraría poca firmeza en tus buenas resoluciones, probaría también la poca estima que tendrían mis palabras e inspiraciones con respecto a tu salvación y particular amor que me has prometido.

No te es posible ahora comprender, Desideria, lo mucho que me disgustan aquellos que, para disimular y encubrir sus imperfecciones y falta de fervor, tildan y hacen chacota de los sencillos y observantes. ¡Cuán tremendo juicio les espera si no se enmiendan de veras! Si de una sola palabra ociosa se ha de dar cuenta en el día del juicio⁵, ¿qué cargos no se harán en estos insensatos que a manera de basiliscos echan por su boca palabras envenenadas puesto que no sirven más que para ridiculizar al hermano y tal vez causar la muerte espiritual de algunos flacos y todavía no bien arraigados en virtudes? A los que así obran, más les valiera no haber entrado en religión⁶.

¿Qué te diré sobre las astucias y asechanzas del demonio? Que tampoco deben espantar a un alma que no sea débil en la fe y confianza. El poder de este infernal enemigo es muy limitado, y por tanto impotente para impedir ni detener la carrera del alma en el camino de la virtud y perfección, si ella cobarde y voluntariamente no se le rinde. Desde que yo me vestí de vuestra naturaleza, le he cercenado tanto las fuerzas y le he atado tan corto⁷, que ha quedado como un perro sujeto a la cadena: puede ladrar mucho para espantar a los cobardes, mas no puede morder sino a los que de su propia voluntad se le acercan: de manera que a pesar de toda su malicia y natural inteligencia, que, para mayor ignominia suya, no se le quitó a pesar de su gravísima rebelión, nada puede ni consigue del alma humilde, fiel y de fe viva. Persuadida está de que siempre me hallo Yo presente en el combate y que no la abandonaré, ni permitiré que sucumba, si antes ella no me abandona cobardemente.

En estas luchas nada pierde, antes gana mucho, el alma fiel y confiada. En ellas se adiestra, se hace más firme y espantable al enemigo: allí la contemplo Yo con particular gozo, viendo cómo vindica mi honra y gloria, y abate el orgullo del que engendró la soberbia⁸. ¿Cómo no recompensar grandemente a la que así pelea y lucha para conservarse fidelísima en mi servicio y amor?

Resta que te hable de la carne; de ese rebelde enemigo doméstico⁹, del que no podéis desprenderos del todo y que venís obligados a sostener y conservar todos los hijos de Adán.

La carne, aunque sea el más pesado de los tres enemigos por la necesidad de no poder separarse de ella en ningún tiempo ni lugar hasta la muerte, no por eso debe espantar al alma generosa de continuar su carrera, a fin de llegar a la perfección. Hay que considerar la parte inferior, respecto al espíritu, como un niño mal condicionado y antojadizo, que cuanto más se quiere condescender con él, tanto más

caprichoso y exigente se presenta. Empero, así como los buenos padres, que aman de veras al hijo, al notar sus defectos, para que éstos no echen raíces y venga con el tiempo a hacerse insufrible, indómito y dissipador de la hacienda, empiezan a contrariar sus caprichos, sin condescender con sus indiscreciones y exigencias, antes bien le exhortan, reprenden y castigan, y no le conceden sino aquello que conocen serle útil y provechoso¹⁰; de la misma manera es preciso que se porte el alma respecto a las exigencias y veleidades de la carne. Debe darse al cuerpo lo necesario de comida, bebida y descanso, pero jamás se le debe permitir ni conceder más que lo justo, según la santa ley de Dios y conforme al propio estado y vocación. No importa que gima, alborote y recalitre, porque es tal su condición, que al ver severidad y firmeza, al fin calla, se aquieta y viene a conformarse.

Quiero advertirte aquí un error en que caen no pocos, engañados con el pretexto de que conviene no olvidar la caridad consigo mismo, que es como decir: condescender algo con el enemigo. Este lenguaje es propio de los tibios para excusar su indevoción y de aquellos que no gustan dar muerte místicamente a sus sentidos. Dicen estos imperfectos que no conviene darse mucho a penitencias y mortificaciones corporales y represión de sentidos, porque eso acaba luego la salud, no deja vivir alegre e inhabilita para mayores cosas e mi servicio, sin hacer la debida distinción entre penitencias discretas y autorizadas por quien corresponde, y las indiscretas y caprichosas. ¡Qué lenguaje tan disonante de mis máximas!

Las almas que así hablan, aunque sea por vía de chanza, blasfeman, y sin pensar se hacen instrumentos de Satanás¹¹, ya que, en cuanto está de su parte, fomentan la indevoción, apagan el fervor y con ello disminuyen mi honor.

Pero para que se vea mas manifiesta la ligereza y necesidad de esos imperfectos, quiero dar por supuesto que en algún caso un alma fervorosa, a consecuencia de las penitencias y otros ejercicios de mortificación hechos, como queda dicho, con consejo y aprobación de los padres espirituales legítimos, viniese a resentirse algo en su robustez y salud corporal, ¿qué habrá perdido con eso?, ¿qué daño espiritual habrá sufrido? Ninguno por cierto. ¿Por ventura saben los que usan tan indiscreto lenguaje si con permitir Yo ese quebranto de salud corporal, he tenido la mira de preservar a mi amada esposa de ciertas caídas, o si gusto más de que me sirva en la enfermedad que no en la salud? El alma fiel y fervorosa nada pierde en la enfermedad, antes bien gana y aprovecha mucho, puesto que procura tolerarla con sumisión y paciencia, y la acepta como una nueva prueba de mi amor¹². Lo que deberían lamentar esos tales no es la falta de salud de los fervorosos, aunque se achaque a sus penitencias, sino que sean tantos los que teniendo buena salud y fuerzas corporales, en vez de emplearlas para gloria mía y provecho suyo espiritual, se sirvan de ellas temerariamente para ofenderme y condenarse.

DESIDERIA. Por lo que acabáis de decirme, Jesús mío, me persuado una vez mas de cuán aperebida debo estar contra la astucia y mala voluntad de mis tres capitales enemigos, mundo, demonio y carne, para no caer en sus redes¹³, ya que de continuo me acechan a fin de apartarme de vuestro servicio y hacerme su vil esclava. No permitáis, Bien mío, tan horrenda desgracia en vuestra hija, antes bien sostenedme para que, como fuerte, sepa prevalecer en toda lucha y daros la debida gloria.

MARÍA. Toma este otro consejo, Desideria. En cuanto la caridad y prudencia permitan, procura evitar el roce y compañía de las personas frívolas y poco aficionadas a las cosas de virtud y piedad: sin que se altere tu tranquilidad, nunca secundes sus chistes y libertades, porque de lo contrario te seducirían, serías cómplice de sus males y disgustarías a Dios.

JOSÉ. No disgusta menos al Señor el error de algunas almas que no hacen el debido aprecio ni se entregan resueltamente y del todo a la práctica de la virtud y perfección, porque ven ser corto el número de los que le siguen, y cobardes se persuaden hasta hacer lo que la generalidad. Engaño manifiesto y grosero, que ni es razón, ni las podrá excusar delante del divino Juez el día de la cuenta. ¿De qué servirá entonces alegar el corto número de fieles servidores? Lo que importa, Desideria, es que cada uno cumpla por su parte lo que viene obligado por vocación, haciendo de buen grado la voluntad del Señor y agradeciendo sus particulares gracias. El que no sean muchos los que se dan de veras a la vida devota y perfecta, antes debe dar aliento que causar desmayo, ya que esta gracia es un don particular de Dios, que no se concede a todos indistintamente.

DESIDERIA. En resumen, de lo que acabo de oír entiendo que, para aspirar a la perfección, es preciso estar siempre aperebido y no aflojar en combatir con energía todo aquello que apetece la

sensualidad, negando al cuerpo lo que no es racional y justo, castigándole además y privándole aun de algunas cosas por otra parte lícitas, a fin de quitarle bríos y que no venga a rebelarse y tirar coces contra el espíritu. Así estoy firmemente resuelta a hacerlo, Padres míos, y a este efecto pido vuestra bendición.

VISITA DECIMOCUARTA

Que no basta para todos cualquier grado de perfección

Pregunta Desideria si el alma debe fijarse algún limite respecto al grado de perfección.- Doctrina de Jesús sobre esta materia.- Respuesta y súplica de Desideria.- María la anima y aconseja.- Promesas de Desideria.- Advierte José a Desideria un peligro.- Últimas palabras de Desideria

DESIDERIA. Ved aquí que de nuevo viene a visitaros vuestra pobre hija, amadísimos Padres míos. Según pudisteis conocer, salí de vuestra amable presencia muy resuelta y animada para combatir, asistida de vuestra ayuda, en todo lugar y ocasión contra los tres aliados enemigos del mundo, demonio y carne¹, con propósito firme de castigar al cuerpo con prudente moderación², dar muerte místicamente a todos los sentidos³ y aun de renunciar a todo consuelo que no me venga de Vos, ya que no a otro quiero amar de todo mi corazón. Pero como soy tan novicia y poco versada en las cosas espirituales, desearía saber, si no es atrevida la pregunta, qué regía se debe guardar en lo que mira a la perfección, o mejor, hasta qué grado se puede o se debe aspirar y trabajar para llegar a ella, a fin de entender y quedar yo segura de que cumplo vuestra santísima voluntad.

JESÚS. Algo graciosa es por cierto tu pregunta, Desideria, pero voy a complacer tus deseos por el gusto que siento en tu aprovechamiento y como recompensa también de tu buena voluntad y sencillez.

Ya te he dicho y tú misma repetías no ha mucho que la regla segura y cierta que debe seguir el alma en lo tocante al negocio de su perfección no es otra que el combatir con viva fe y animosamente contra las rebeldías de la carne, contra los asaltos del demonio y contra las falacias y vanidades del mundo⁴; escuchar⁵ y seguir con fidelidad los toques interiores del Espíritu Santo y estar siempre sujetos y sumisos a los superiores y padres espirituales, los cuales, como verdaderos representantes míos, conducen con seguridad por las sendas verdaderas y sin peligro de errar el camino⁶.

Por lo que toca a la segunda parte de la pregunta, o sea hasta qué punto o grado de perfección debe aspirar el alma para hacer mi voluntad y complacerme, no hay más que reflexionar que Yo, infinitamente amable y perfecto, no puedo contentarme con cualquier grado de virtud y perfección en aquellas almas que con particular providencia y cariño he escogido y colocado en mi Casa para que se empleen con mayor solicitud en servirme y obsequiarme. Por esta razón es muy conforme que Yo desee y exija que la virtud y perfección de estas almas sea la más grande y elevada a que, ayudadas de mi gracia que nunca falta, puedan llegar en esta vida.

Además, ignorando esas almas hasta qué punto quiero Yo favorecerlas y levantarlas, sería una temeridad y grandísima imprudencia, que de seguro les acarrearía graves daños espirituales, que se contentasen con haber llegado a cierto grado de virtud y observancia, ya que eso equivaldría a decir: *de aquí no paso*.

No debes hacerlo tú así, hija mía. Por el contrario, te exhorto encarecidamente a que te esfuerces en ser muy santa y no descuides perfeccionar cada día más tu interior y exterior, emulando en esta parte no sólo la santidad de los Patriarcas y Profetas de la antigua Ley y demás santos de la Ley de gracia, sino que tu blanco o puntería debe ser la del Padre celestial⁷. Conviene ir siempre adelante y no aflojar, ni hacer detenciones, porque en estas empresas el entretenerse y no andar seguido es perder lo ganado.

Otras veces te he indicado que miro gustoso y amo con singular cariño aquellas almas fervorosas, humildes y sencillas que viven casi avaras de adquirir virtudes. Así como al avaro siempre le parece poco el oro recaudado y discurre y se fatiga para aumentar su tesoro, de parecido modo se conducen las almas amantes de su perfección: no se detienen en mirar lo que han trabajado y tienen hecho, sino que se fijan con la debida reflexión en lo mucho que todavía les resta que hacer. ¡Oh, qué buena disposición es ésta para no dormirse en el camino! ¡Cuánto me complace esta generosidad y firmeza! Estas son las que se

atraen mis tiernas miradas; con ellas me consuelo⁸ y reparto mis riquísimos tesoros; las que en cierto modo dulcifican la pena y disgusto que me causan las almas tibias, amantes de su comodidad y condescendientes en demasía consigo mismas; ellas, por fin, las que, en cuanto esta de su parte, mitigan el acerbo dolor que hiere mi amante corazón por el número de ofensas que me hacen los hombres, particularmente aquellos que un día fueron alistados a mi bandera y juraron hacer perpetua guerra a Satanás y renunciar a todas sus pompas y vanidades.

Colítese de todo lo dicho cuán grande sea la necedad de algunas almas que, llamadas a la religión, ya sea por ligereza, indolencia o pereza, llevan una vida común y se contentan con una observancia fría o poco menos que indiferente, sin enfervorizarse ni aspirar a enmendarse y procurar mayor perfección. Es que no consideran con la debida seriedad lo que vale en el cielo un solo grado más de gloria.

¡El cielo! ¡Mayor gloria! He aquí el aliciente que en todo tiempo ha movido y prestado tanto valor y constancia a todos mis santos y les ha hecho crecer de virtud en virtud y con ello aumentar su premio y brillantar su corona eterna. Comprendían ellos que el precepto de amarme y servirme con toda su alma y con todas sus fuerzas⁹, a la par que venían obligados a ello por tantos títulos, no era únicamente interés particular mío, que de nada necesito, siendo infinitamente rico¹⁰, sino que todo redundaba en propia ganancia suya. Pues ¿qué vergüenza no causará en el día del juicio a esas almas cobardes su necia conducta, al ver que por insignificantes frivolidades, pasatiempos y gustillos que de nada servían, despreciaron hacer mi voluntad¹¹ y en nada tuvieron los auxilios que les ofrecía para su mayor santificación y espiritual crecimiento?

DESIDERIA. Bien se deja comprender cuán grande ha de ser la confusión y vergüenza que sentirán las almas flojas y cobardes en vuestro servicio, cuando forzosamente comparezcan a vuestra presencia a daros cuenta de la pérdida del tiempo, malversación de los talentos recibidos, gracias y auxilios particulares no aprovechados, y de los buenos avisos y ejemplos despreciados. Suplícocoos, Jesús mío, me sostengáis en los buenos propósitos que tengo formados de no aflojar en vuestro servicio, a fin de que en su día no me vea obligada a escuchar la dolorosa sentencia que tenéis amenazada contra el siervo infiel y perezoso¹².

MARÍA. Hija, para que tengas un motivo más de solidarte en tus buenos deseos y santas resoluciones, fija tu atención y recuerda con frecuencia lo que ha dicho mi divino Hijo, a saber, que los amadores de este siglo son más prudentes en sus cosas, por mas que sean viles y caducas, que los hijos de la luz para negociar las preciosas y eternas¹³. En efecto, ¿no ves con qué empeño y solicitud buscan aumentar las riquezas para darse comodidades, adquirir honores y renombre, en una palabra, para hacerse superiores a los demás, hasta llegar a tener autoridad y dominio sobre ellos? Pues si para cosas tan bajas y de tan corta duración se emplea tanto trabajo y fatiga, ¿no es más racional y justo que se empleen todas las fuerzas y se gaste el corto espacio de la vida en servir y agradar a Dios¹⁴, y asegurar nada menos que un reino eterno, lleno de dichas y felicidades, que ni el ojo vio, ni el oído escuchó¹⁵ durante su peregrinación en este valle de lágrimas?

Si menester fuera, para conseguir un bien y dicha tan grandes, acometer empresas difíciles, hacer inmensos sacrificios y hasta derramar la propia sangre, debiera hacerse con gusto; mas ahora, tanta es la bondad de Jesús, tan suave es su ley, tan ligera es la carga que impone¹⁶, que puede decirse da este su reino celestial casi de balde, atendiendo que no hay comparación entre un breve y ligero sufrir por su amor las pruebas que durante la vida permite, y la recompensa que sigue a la fidelidad¹⁷. De aquí es de donde principalmente se origina la funesta desgracia de los mundanos y de todas las almas tibias y delicadas; de no reflexionar con la seriedad debida la diferencia inmensa que hay entre los bienes terrenos y los celestiales, entre un goce efímero y momentáneo y una dicha y felicidad completa y eterna. Esta misma irreflexión es causa también de que muchas de las almas escogidas y favorecidas con gracias superiores y auxilios extraordinarios decaigan de su primitivo fervor y se contenten con una vida devota tan superficial, que no dista mucho de la rutinaria e indiferente. ¡Oh ceguera lamentable y por demás perniciososa!

DESIDERIA. Madre, en las luchas que me aguardan, procurare no olvidar los avisos que acabáis de darme; yo me esforzare en amar y servir cada día más fielmente a Dios, en quien están las verdaderas riquezas y felicidades temporales y eternas¹⁸.

JOSÉ. Muy animada y decidida te vemos, Desideria, y eso nos complace en extremo; pero conviene no obres precipitadamente en asunto de tanta importancia. La carrera, o sea, el llegar al estado de perfección, no es obra de una semana, de un mes ni siquiera de un solo año. La perfección consiste en la victoria y dominio de todos los vicios y adquisición de todas las virtudes; pero como eso no puede hacerse de un golpe y de corrida, de ahí la necesidad de tener que emplear mucho tiempo y paciencia. ¡Cuánta constancia se necesita a veces para desarraigar un solo vicio, vencer una mala inclinación, resistir una pasión vehemente!

Pero si es bueno no precipitarse, pretendiendo ser santo y perfecto en plazo breve, por el contrario es feo y reprehensible acobardarse y desfallecer al ver que no se adelanta a medida de los propios deseos. Pensar de otra manera es engaño del demonio para producir desaliento.

Persuádate, hija, de que no es poco el adelanto espiritual de un alma que logra desarraigar cada año el vicio o pasión que más la afea a los ojos de Jesús su Esposo, o si puede arraigar en su corazón una sola virtud.

DESIDERIA. Quedo convencida de que un religioso sobre todo no debe enfriarse ni hacer paradillas en los ejercicios de virtud, ni contentarse con una perfección cualquiera, sino que es forzoso, si no quiere incurrir en vuestra desgracia, aspirar a ser cada día mejor y más perfecto, haciendo en todo y lo mejor que pudiere vuestra santísima voluntad. Ésta deseo yo cumplir fiel y decididamente¹⁹, Padres míos, y al efecto suplico os dignéis bendecirme.

VISITA DECIMOQUINTA

Necesidad que tiene el alma del santo temor de Dios

Desideria delante de la Sagrada Familia representa una duda que le da pena.- Se la desvanece Jesús y le da aliento.-Reconocimiento de Desideria.- Un aviso provechoso de María.- Promesa de fidelidad.-José amplía la materia.- Resoluciones.

DESIDERIA. Tengo la dicha de venir nuevamente a visitaros, amados Padres míos. Salí últimamente de vuestra morada muy animada y resuelta, pero después turbó un tanto mi quietud el pensamiento y temor de que es posible venga un día a enfriarme y apagarse en mí el fervor que al presente me anima, y al fin hacer inútiles todas las bondades que usáis conmigo.

JESÚS. Bueno es ese temor santo, como don que es del Espín tu Santo, cuyo objeto es infundir mayor caridad en el alma¹ y enseñarla a desconfiar de si y a poner en Dios toda su esperanza. Solo degenera en vicioso cuando de tal manera acobarda que no deja trabajar en desarraigar los vicios y defectos, porque entonces se desconfía de mi poderosa ayuda y paternal protección.

El temor confiado es medio muy poderosos para que el alma se mantenga firme y pueda salir victoriosa en los combates contra sus enemigos visibles e invisibles². De consiguiente, lejos de entristecerte ese temor, debes considerarlo como un beneficio particular, pero siempre con las condiciones que acabas de oír.

Si es estricta obligación de todo religioso, como tantas veces hemos dicho, aspirar constantemente a la perfección de su estado, claro es que debe poner empeño en no perder lo que ya tiene adquirido. Mas ¿cómo será posible se conserve inalterable, rodeado de tantas luchas y peligros, aquel que está como satisfecho con lo andado y vive sin temor de sorpresa? ¿Cómo no caer y con ello perder mi favor y gracia? Precisamente la falta de ese santo temor es la causa por la que muchos, después de haber hecho algunos adelantos en la virtud, vuelven a precipitarse en sus anteriores defectos e imperfecciones.

El que quiera, pues, evitar la reincidencia en sus culpas y otros defectos, y apartarse de todo aquello que fomenta la disipación y amortigua el fervor, debe, a imitación del santo rey David, suplicar con instancia a Dios este temor santo a fin de que la carne no tome vuelo y se insolente³.

Sabida cosa es que la recaída suele ser en las enfermedades de mucha más difícil curación y peores consecuencias. Desgraciadamente se observa, ¡ojalá no fuera con tanta frecuencia!, que las almas que una vez se dieron a las prácticas de virtud y más tarde desfallecen y aflojan en los ejercicios de devoción,

vienen casi siempre a parar en ser libres, sensuales y enemigas del trabajo; y no es de admirar suceda así, porque natural es que, de cuanto más alto se cae, más fuerte sea el golpe que se reciba.

DESIDERIA. Veo, mi buen Jesús, que el decaer de ánimo y no proseguir en el bien comenzado es para el alma la mayor de las desgracias. Temerosa me pone esa verdad; y así, lejos de acobardarme tontamente, propongo trabajar con todas mis fuerzas para evitar en mí tan funesta caída, y procurar hacerme cada día con mi fidelidad más acreedora a vuestros beneficios.

MARÍA. Interesa sobremanera, carísima, no sólo conservarse en la virtud y perfección adquirida, sino el progresar, según acabas de indicar, todos los días más en ella⁴; y al efecto voy a decirte brevemente lo que mucho podrá ayudarte a que permanezcas fiel. Como ya has podido comprender, en dos palabras viene a compendiarse nuestra doctrina, que son: *humildad y amor*.

Es la humildad base y fundamento de toda virtud⁵; por eso el alma dichosa que la posee, a manera de experto y fiel centinela, está de continuo alerta para no ser sorprendida; ella sabe esconder discretamente sus virtudes para no exponerlas a la ambición de los adversarios y provocarles a nuevos asaltos; y, desconfiando de sí misma, pone toda su confianza en Dios, que es su sostén y su todo⁶; recibiendo de ahí gran auxilio; y lejos de caer, no tan sólo se conserva en su estado de perfección, sino que da un paso más en ella, porque añade nuevos actos de virtud.

Amor... El alma enamorada de Jesús, ¿qué es lo que deja hacer para agradarle?⁷ Ella vigila y está siempre apercebida contra las asechanzas y embestidas de los enemigos, para que no la sorprendan y roben su tesoro; y cuanto mayor es el amor, tanto más solícita es la vigilancia, con cuyo continuo cuidado se hace muy difícil la sorpresa y casi imposible la caída.

DESIDERIA. Gracias, Madre mía, por vuestra solicitud para conmigo. Siendo como decía, y quedo persuadida de ello, la humildad y el amor como las más firmes bases del edificio espiritual, os prometo hacer lo posible para adornarme de tan necesarias y hermosas virtudes a mayor gloria de mis queridísimos Padres y provecho de mi alma.

JOSÉ. Como se ha dicho algo respecto de lo mucho que enardece el alma para obrar cosas grandes en el camino espiritual el amor de Jesús, quiero advertirte que, para acrecentar más y más este amor, sirve poderosamente meditar con frecuencia la caridad sin límites que ha usado Dios con sus escogidos desde toda la eternidad⁸; las gracias y favores generales y particulares que a cada uno ha dispensado; el premio eterno que tiene reservado en el cielo al que persevera con fidelidad en su servicio y vocación; lo mucho que ha hecho y padecido Jesús durante su vida entre los hombres; la dignidad a que los ha levantado, haciéndose hermano suyo según la carne, endiosándolos en cierta manera⁹; y todo eso solo porque los ama, para sacarles de la esclavitud del pecado, para abrirles de nuevo las puertas del cielo, para coronarles de felicidad y gloria eterna.

Todas estas cosas bien ponderadas no pueden menos, carísima, de encender en todo corazón noble y generoso (si no está ya estragado por las pasiones) un amor firme y constante hacia el divino Jesús.

Respecto a la humildad, se te ha dicho lo suficiente, pero no será por demás añadirte que precisa procures ocultar a los ojos de los demás ciertos particulares actos de virtud, así como las gracias y favores especiales que tal vez el Señor te dispense, excepción hecha de los superiores y padres espirituales. Jamás digas una palabra que pueda redundar en alabanza propia; nunca te gloríes de los bienes naturales y espirituales recibidos; antes bien reconócete indigna de ellos, y confiesa, ya que es verdad, que aun haciendo de tu parte cuanto pudieras, eres pobre, débil e inútil esclava¹⁰.

No quieras imitar la conducta de ciertos necios y presumidos, que si bien no dicen claramente sus virtudes, mortificaciones y adelantos espirituales, sin embargo lo dan a comprender con rodeos y otros modos disimulados, con lo cual pretenden por una parte evitar la nota de poco humildes y por otra buscan alabanza y vana satisfacción. Al objeto suelen sacar a plaza las buenas obras que han realizado, los muchos trabajos y sacrificios hechos en la religión, y así de otras cosas parecidas¹¹. Todo eso, dicho fuera de tiempo y no justificándolo la caridad y prudencia, lejos de ser verdadera humildad, es refinada jactancia.

DESIDERIA. íntimamente convencida de las verdades que acabáis de enseñarme, sólo sabré decir, Padres míos, que os dignéis concederme el espíritu de verdadera humildad y que alejéis de mí toda presunción y vanagloria, ya que vuestro lema es derramar gracias y cariños a los humildes de corazón y

rechazar a los soberbios¹².

VISITA DECIMOSEXTA

Que es difícil salir del estado de tibieza

Después de saludar Desideria a la Sagrada Familia, ruega le digan las causas de la dificultad de salir del estado de tibieza.- Satisface Jesús plenamente a su discípula.- Sentimientos de Desideria.-Reflexiones de María.-Desideria a su Madre.- Doctrina de José.- Resolución.

DESIDERIA. De nuevo me tenéis aquí, carísimos Padres. Vengo hoy con un particular deseo y es poder conocer el porqué de la dificultad de salir del estado de tibieza. Como tantas veces me habéis hablado del estado peligroso en que vive un alma tibia, de lo difícil que es que conozca su ceguera, de la pena que os causa verla continuar tranquila en su engañoso sueño, y lo mucho que ella pierde con esta su fría correspondencia a vuestras gracias singulares y amorosos toques interiores; como por otra parte mi propósito, como sabéis, es no aflojar ni hacer paradas en el camino de la perfección, que con vuestro auxilio he comenzado, y habiendo oído de vuestros labios que otro de los medios principales para no desfallecer en la santa empresa es el constante temor de ofender a Dios y caer en su desgracia¹, por eso os ruego tengáis a bien darme mayores luces a fin de que me libre de tal desgracia, cuyo solo pensamiento me espanta.

JESÚS. Razón tienes, carísima, para que te infunda tan gran temor el lastimero estado de un alma tibia, porque en realidad es muy digna de compasión². La tibieza no tan sólo es lamentable por los daños espirituales que causa al alma y los bienes y gracias de que la priva, sino también porque es enfermedad de la que difícilmente se cura del todo. La razón de esta dificultad estriba en que el alma que ha contraído tan peligrosa enfermedad no se la conoce ni sabe persuadirse del peligro que de continuo la amenaza; y por eso, a semejanza de un tísico, que cuanto más grave está, como no siente tan vivos como antes los dolores del corazón, vive con ello más confiado y engañado, creyendo síntomas de salud lo que en realidad es falta de fuerzas vitales; así a ella, por más que arrastre una vida lánguida en el servicio y amor de Dios, no le causa ya remordimientos, y si algunos le envía el Señor para que se enmiende, por la larga costumbre de resistirlos, apenas la mueven, y confiada en esta falsa tranquilidad suele llegar la muerte sin haber enmendado.

No es muy difícil que un pecador, al mirarse caído en graves desórdenes y pecados, se espante y reconozca el peligro en que se halla metido, y procure salir de él cuanto antes; pero el tibio, que no ve en sí tan graves faltas, no llega a persuadirse de que él lo sea, y de ahí su ceguera y desgracia, porque si conociera su estado, dejaría de ser tibio.

Además, para descubrir y entender esta enfermedad se necesita tener verdadero fervor, del cual carece el tibio; por otra parte, el primer efecto de la tibieza es la ceguera espiritual: ¿cómo, pues, persuadirse de que se halla en este estado?

Se preguntará, tal vez, la causa de cómo un alma que habiendo recibido de Dios tantas luces, dones y gracias particulares, y después de haberse entregado al entero servicio de este gran Señor con tanta espontaneidad, satisfacción, alegría y fervor, rodeada además de tantos medios de edificación y separada de los peligros del mundo, pueda al fin venir a parar a este estado de indolencia y frialdad. Pero la cosa deja de sorprender si se considera la condición humana, inclinada siempre a la pereza y disipación, instigada por otra parte de los tres enemigos mundo, demonio y carne. Por eso, conociendo Yo esa flaqueza e inconstancia, encargo con tanta insistencia la continua vigilancia y la asidua oración: para no deja. se sorprender y caer en la tentación³. ¡Pobre del que en ello se descuida y anda flojo! No está prometida la corona de victoria a los que comienzan la campaña, sino a los que pelean leal y esforzadamente hasta el fin⁴. Muchos son los que se alistan en mi bandera, pero pocos los que la defienden con esfuerzo hasta el fin y acaban con gloria. De consiguiente, de poco aprovechará al tibio que haya comenzado bien y fervoroso, con gran contento mío y de toda la Corte celestial, si poco a poco ha venido a enfriarse, a perder la devoción y, casi insensiblemente, a familiarizarse con sus omisiones y defectos, y hasta llegar a gustar de ellos. Y como la costumbre tiende a debilitar toda seria reflexión y amortigua los remordimientos, apenas nada le da ya golpe saludable, nada le conmueve, ni le enfervoriza,

ni le escandaliza.

Si asiste o hace algunos ejercicios espirituales, es de un modo superficial y rutinario, que no sirve más que para ilusionarle y adormecerle. De donde resulta que las amonestaciones y advertencias saludables de los superiores y hermanos, los sermones, lecturas piadosas, accidentes adversos o castigos providenciales, capaces de hacer abrir los ojos a personas enredadas en vicios y olvidadas del importante negocio de la propia salvación, apenas todas esas cosas hacen impresión en el corazón del tibio, apoyado en la falsa idea de que no comete faltas graves, sin atender que todo aquel que no cumple con sus obligaciones, el día de la cuenta será tratado como los obradores de la iniquidad⁵.

DESIDERIA. De vuestras palabras deduzco, Jesús mío, seros tan desagradable un alma tibia, que ya en vida empezáis a separaros de ella.

MARÍA. Así es, hija mía, y nada tiene de extraño. Entre las muchas enfermedades del alma, no hay otra de tan difícil curación como la tibieza, como has oído. Aun los auxilios extraordinarios que Jesús con tanta bondad facilita, y los mismos Sacramentos, que son remedios excelentes y poderosos para curar los males del espíritu, apenas producen efecto en los tibios. Si se confiesan, es casi por costumbre o porque no se diga, pero sin cuidar mucho de formar verdadero dolor ni formal propósito de la enmienda y mudar de vida, y a veces llegan a tanto su irreflexión y ceguera, que escasamente encuentran en su conciencia materia de que acusarse. Se han dado a ciertas fórmulas, y de ahí no pasan: a manera de cotorra, repiten siempre lo mismo, pero que también sacan el mismo resultado, a saber, sueño y decaimiento de espíritu. Y no creas sean pocas las almas dominadas de tan pernicioso adormecimiento. ¡Ojalá no fueran tantas, aun entre las que hacen profesión de devotas o viven en los claustros!

Pero, cosa rara, se encuentra a veces entre estas almas tibias alguna tan celosa de la perfección de los otros, que sabe reprender muy bien sus menores defectos y agota, por decirlo así, las propias fuerzas en procurar la salvación ajena, pero ella sufre la enfermedad de que trata de librar a los demás por no aplicarse primero a sí el remedio que da a sus hermanos ni entrar seriamente a examinar sus propios defectos e imperfecciones para enmendarlos⁶.

DESIDERIA. Madre, según eso, el alma caída en tibieza está del todo perdida, si vuestro Hijo santísimo por un milagro de su misericordia no le abre los ojos para conocer su triste situación. Rogadle Vos por mí esta gracia, no se hagan inútiles vuestras enseñanzas... ¿Y Vos, Padre mío, qué me decís?

JOSÉ. Yo sólo añadiré a lo que has oído de boca de Jesús y de María que el alma debe andar siempre recelosa de caer, por más que su conducta en general le parezca arreglada⁷. Es la tibieza una enfermedad epidémica que se contrae con asombrosa facilidad y casi sin que se advierta. Por tanto, si deseas no ser una de otras tantas de sus víctimas, guarda inviolablemente estos mis consejos: 1º Cumplir con escrupulosa puntualidad todos y cada uno de los ejercicios de piedad y demás cosas que prescriben las Reglas de tu Instituto⁸, sin atender a si lo que se prescribe o aconseja es más o menos grave, astucia que suele servir de lazo al demonio para aprisionar a muchos incautos. 2º No contentarse sólo con no omitirlos jamás sin causa grave o por obediencia, sino cada vez hacerlos como si fuera aquél el último de la vida⁹. 3º Luego de finido el acto o desempeñado el cargo, examinar cómo se ha cumplido¹⁰; y si por fragilidad se observa en ello alguna falta, no dispensaría, sino corregirla y castigarla el mismo día con alguna penitencia. Si esto haces, confía en nuestra protección y ayuda.

DESIDERIA. Procuraré, Padres míos, valerme de vuestros consejos, y al efecto propongo estar alerta contra las distracciones voluntarias; orar y rezar con devoción, sin buscar, al hacer estas cosas, posiciones de comodidad o poco graves y modestas; velar mucho sobre mis sentidos, particularmente de vista y lengua; y por fin hacer cada día alguna mortificación al objeto de contrariar el amor propio y deseo de placer, que suelen ser el origen de la pereza, y ésta de la funesta tibieza.

SEGUNDA PARTE

VOTOS RELIGIOSOS Y SU PERFECTA OBSERVANCIA

VISITA DECIMOSÉPTIMA

Excelencia de los votos

Desahogo de Desideria.- Jesús da comienzo a la explicación de la excelencia de los votos religiosos.- Lo que deduce Desideria de la doctrina de Jesús.- María hace notar cuánto honran los seglares al religioso por sus votos.- Reconocimiento y alegría de Desideria.- Advertencias de José.- Despedida

DESIDERIA. Alegre vengo hoy a vuestra presencia, Padres míos, y mi corazón presente que me habéis de enseñar muchas y buenas cosas, como todo lo que sale de vuestros divinos labios, y dirigido únicamente a mi provecho espiritual.

JESÚS. Así pienso hacerlo, hija. Hasta aquí te hemos instruido en lo referente a la vocación religiosa para que vinieras a comprender lo que Dios pretende de un alma al llamarla a tan sublime estado y facilitarle los medios para entrar en su santa Casa. Hoy, pues, comenzaremos a manifestarte la excelencia de los tres votos que el religioso hace en la casa de Dios, para que los estimes en lo que valen y te aficiones a ellos, y sepas al propio tiempo lo que debe hacerse si quieres cumplirlos con fidelidad.

En efecto: el valor y excelencia de los votos religiosos es de más estima de lo que se cree comúnmente. Son pocos los que se fijan en ello cual conviene, y así es que no se conoce ni se hace el debido aprecio y estima, a la manera que un ignorante no es posible que juzgue con acierto una obra de verdadero arte. Este desconocimiento es la causa de que muchas almas religiosas, aun después de sus votos lleven una vida bastante distraída y disipada.

Para tu mayor consuelo, debes entender, hija, que el religioso por medio de sus votos ejecuta la acción más noble y grande que es posible haga la criatura racional, puesto que con ello se obliga a Dios su soberano Señor para una cosa muy excelente en sí¹, que en todos tiempos es mejor hacerla que dejar de hacerla; y como contraer esta obligación, por tratarse de cosa espiritual, es santa y divina, por la misma razón es la más noble y de mayor estima, y como tal debe ser considerada y respetada.

Además, por medio de los votos se ofrece a Dios lo que más aprecia el hombre, que es la voluntad propia², y como este pacto se hace para mayor servicio y gloria de Dios, no puede menos de ser noble y provechoso a la criatura, a la par que muy agradable a la divina Majestad. Entre las virtudes morales, la de más aprecio y dignidad es la virtud de la religión y culto divino: siendo, pues, los votos religiosos actos de esta virtud, claro está que son lo más sublime, ya que tienen su raíz en tan noble objeto³.

Por lo dicho comprenderás, Desideria, la dicha inmensa que se dispensa al alma cuando con dulces y suaves toques se la llama al retiro santo para que allí, separada del bullicio y tráfago del mundo, pueda unirse mas estrechamente con su Creador por medio de santos e indisolubles lazos: lazos en realidad de verdad los más honrosos y provechosos al alma que, dócil a las voces interiores del Espíritu Santo, con plena voluntad y alegría santa, se ata estrechamente con ellos para ser de allí en adelante verdadera esposa mía⁴ y como tal conseguir con más seguridad y mayor gloria entera victoria de sus tres capitales enemigos, que lo son también míos. Y en ello está acertadísima, porque con el voto de la pobreza queda armada contra la falsedad, ambición y demás vanidades mundanas; con el de castidad pone poderoso freno a las rebeldías de la carne; y con el de obediencia se pone a salvo contra los engaños y astucias del demonio. ¡Si supieras, hija, cuán feliz y dichosa viene a ser un alma cuando dócil y resuelta sigue la voz amorosa de su Dios y Señor y se une a El con tan suaves y nobles ataduras, con firme propósito de cumplir fielmente su solemne promesa!⁵ No es dable a la criatura comprender en toda su magnitud, mientras está peregrinando en este valle de lágrimas y de pruebas, la grandeza y dignidad de tan noble y magnífica unión.

Empero, si tanta es, como acabas de ver, la dicha y honra del alma que es dócil a los divinos llamamientos, ¿qué merecerá, dime, aquella distraída que no da oídos a este llamamiento, o silo advirtió

no quiso pararse, ni lo estimó en lo que vale? ¿Qué diremos también de aquella que, si bien escuchó y realizó el llamamiento, más tarde no lo cumple como corresponde? ¿Y qué de la que no sólo no cumple lo prometido, sino que, cobarde e ingrata, quebranta su promesa y hasta en cierto punto se ríe de ella, y llega al extremo de retirarla, ya que no es otra cosa abandonar la religión por satisfacer otros caprichos o mejor dicho sensualidades? ¡Ay de esas pobres almas! ¡Oh, qué rigurosa cuenta darán en su día, no sólo sus culpas y quebrantamiento de los votos que hicieron, no por violencia, sino voluntaria y libremente; no a hombres simplemente, sino directamente a su Dios y soberano Señor⁶, como también la darán rigurosa de los varios pecados que otros han cometido, seducidos y alentados por su infidelidad y mal ejemplo! ¿Con qué fundamento pueden esperar esas almas remisas, indevotas, libres y hasta apasionadas, que Yo las mire con rostro alegre y complaciente? Si ellas me desprecian, no escuchando mi voz o faltando a su promesa, ¿como puedo ser con ellas amable y dadivoso?

DESIDERIA. Señor, según se deduce de vuestra celestial doctrina que acabo de escuchar, son los votos religiosos como el más firme muro y salvaguardia de la vida espiritual, ya que el alma en virtud de los mismos está íntimamente unida con Vos. Por tanto, cualquier pecado, aunque leve, y falta voluntaria, por más que pequeña, cometida contra tan solemnes y sagradas obligaciones, comprendo que os ha de desagradar y ofender.

MARÍA. Así es, hija, porque el ser buen religioso consiste en la fiel y puntual observancia de las reglas y laudables costumbres de su instituto; vivir y querer portarse de otro modo por cualquier pretexto que sea, es tan sólo andar disfrazado con el hábito de la religión. Pero entiende que esta clase de religiosos no sólo se engañan a sí mismos, sino que engañan también a los demás, que los veneran y tienen en gran concepto de virtud y perfección, y de ahí que los honren y respeten más que a otros seglares, aunque sean de mucha virtud y doctrina. ¿Y de dónde crees, hija, que nace esta diferencia? No de otro, sino de que todos consideran al religioso como más familiar de Dios, unido íntimamente a El con vínculos sagrados, y creen que al honrar y respetar a un religioso obsequian y glorifican al Señor en la persona de sus escogidos. Esto por sí solo bastará a persuadirte de que a más de ser de gran provecho espiritual el unirse a Dios por medio de los santos votos, es asimismo altamente honroso a los ojos de los que no tienen semejante dicha, dado que este estado tanta veneración y respeto les inspira. Y si esto es verdad, como lo es, figúrate la confusión y vergüenza que sufrirá el religioso que, habiendo sido acá honrado y venerado como a fiel observante de su regla, al tener que manifestar su conciencia se vea que todo fue en él ficción e hipocresía.

DESIDERIA. Me parece, Madre mía, que aunque no fuera otro mas que este castigo el destinado al religioso que no hace el aprecio debido de sus promesas ni se cuida de su cumplimiento, sería por sí solo un tormento intolerable. ¡Ser presentado a la faz de todos como religioso hipócrita y fingido...! Por vuestro amor os ruego, Madre mía, no permitáis en mí tanta locura, antes bien encended cada día en mi pobre corazón mayor ardor y entusiasmo en cumplir lo prometido, a fin de que no me vea confundida como hipócrita y por lo mismo arrojada de vuestra amable compañía⁷.

JOSÉ. Conviene que te acredites de mujer fuerte⁸ y prudente⁹, Desideria; y lo conseguirás si por medio de una exacta observancia de las Reglas de tu Instituto procuras ser fiel a Dios en lo que solemnemente le has prometido¹⁰. Ten fijo en la memoria este contrato indisoluble para que te halles mas animada a combatir todo lo que se oponga al noble cumplimiento de tus promesas. Está segura de que si no echas en olvido lo que te digo¹¹, merecerás bien de Jesús, gozarás de mucha paz interior y, por fin, esperarás la muerte, no ya con temores, como los indolentes e indisciplinados, sino con fundada esperanza de no pequeña recompensa en la gloria celestial¹².

DESIDERIA. Entiendo que ha de ser una vida llena de consuelo y más esperanza en la hora de su muerte la de aquel religioso que, gozoso con la noble y suave atadura de los santos votos, trabaja lo posible en observarlos y cumplirlos. De éstos quiero ser yo, Padres míos, y ya sabéis que digo lo que siente mi corazón. Ayudadme con vuestra gracia, y ahora no me neguéis vuestra santa bendición.

VISITA DECIMOCTAVA

Cuán agradables son a Dios los sagrados votos

En su nueva visita dirige Desideria a sus Padres una pregunta con relación a los santos votos.-Jesús satisface el deseo de su discípula.- Contestación de Desideria.- Advertencias de María.-Doctrina practica de José.- Expansión de Desideria

DESIDERIA. No puede faltar mi acostumbrada visita, amados Padres, y me serviría de intolerable pena verme privada de veros con frecuencia. ¡Os amo tanto!

La benignidad con que siempre me acogéis me da valor, Jesús mio, para pedir os hoy una gracia, y es rogaros os dignéis decirme las causas por las que son tan agradables a vuestros divinos ojos los votos que en la religión os ofrecen, con verdadero espíritu y admirable resolución, las almas que Vos llamasteis.

JESÚS. Para mayor provecho tuyo y de otros te lo diré gustoso, carísima. Entre otros de los motivos por qué me son sumamente gratos los votos religiosos es porque por medio de ellos el alma se entrega y consagra del todo a Mí¹, sin reservarse cosa alguna para si, como se hacía en el antiguo holocausto, escogiéndome por su única porción y herencia. Al ver, toda vez que penetro y veo con divina claridad lo más recóndito del corazón humano, que esta espontánea oblación es verdadera y con firme intención de obligarse a obrar cosas buenas y santas por amor y obsequio mío, ¿cómo no darme alegría ese afectuoso desprendimiento de sí misma, ya que viene al mundo para dar vida a las almas y que ésta fuera muy abundante², esto es, adelantar cada día más en santidad y perfección hasta unirse finalmente conmigo en caridad perpetua?

Sí, hija, mucho me agradan y con singular complacencia acepto los votos religiosos³, pues, como deja comprenderse, redundan todo ello en mayor honor y gloria mía⁴ y es el medio más adecuado y seguro para llegar a la perfección a que debe aspirar el alma.

Además, con los santos votos el alma me entrega lo más rico y precioso que de su parte puede ofrecerme, que es la propia voluntad, a diferencia del seglar que, aun haciendo obras buenas, me ofrece, sí, los frutos, pero se reserva el árbol, que es el propio querer⁵. Al atarse el alma con los votos sagrados, en cierto modo se clava conmigo en la cruz por puro amor, porque no contenta con crucificar su cuerpo con el voto de la pobreza, y los sentidos por el voto de castidad, crucifica asimismo, y es esto lo más heroico y sublime, su entendimiento y propio juicio con el voto de obediencia, renunciando por lo tanto a su modo de sentir y de pensar. De aquí le nace aquel ardiente deseo de querer vivir mortificada, unida conmigo hasta la muerte⁶; de aquí aquel celo de hacerme conocer a los del mundo, no sólo de palabra, sino mucho más con el ejemplo de su ajustada vida⁷; de aquí finalmente aquel total desprendimiento que abraza, a la par que el abandono de todo lo que posee de presente, la facultad de ambicionar cosa alguna en adelante⁸. ¿Quién no ve lo meritorio de esos ofrecimientos y nobilísimas resoluciones y por lo mismo lo agradables que deben serme?

DESIDERIA. Asimismo lo reconozco, Jesús amantísimo, y ello me obliga a considerarme más deudora a tanta bondad como usáis conmigo, habiéndome escogido para tanta dicha. Os reitero las promesas de verdadera fidelidad⁹, para cuyo cumplimiento espero no me escasearéis las gracias y favores convenientes¹⁰.

MARÍA. De la profesión religiosa aún resulta otra honra para Jesús y sumamente meritoria al alma. Ya sabes que el mundo es uno de los capitales enemigos que se oponen a la santidad del hombre y que procura engañar y seducir a los incautos con sus embustes y promesas de fingidas felicidades. Pues bien, este engaño se descubre claramente por medio de la emisión de los votos santos y se comprende entonces que lo que el mundo ama felicidad y honra no es mas que oropel y aflicción de espíritu; y así con esta persuasión tiene valor el alma generosa para burlar y despreciar sus aparentes riquezas y placeres sensuales con todas sus vanidades. Importa, pues, no olvidar que el ligarse con los votos religiosos significa la completa adhesión a las máximas de Jesús, para conformarse con ellas en su modo de pensar y obrar, y la completa reprobación de la ciencia mundana para huir de ella¹¹.

JOSÉ. Puedes sacar de lo dicho otra enseñanza sumamente provechosa, y es que así como la vida del mundo es toda exterior, porque se funda en la comodidad y regalo, en la gran honra y fama, en el esplendor y vanidad, la vida del alma consagrada a Dios por los santos votos debe ser enteramente interior, escondida con Cristo en Dios¹² y vivir de su savia divina, como el árbol se nutre de su raíz, sin

separarse de El, así como las ramas no se separan de su tronco, so pena de quedar sin vida¹³. Por tanto, el religioso que se ha entregado a Dios por medio de los votos con potestad de que pueda servirse de él como quiera, en donde quiera y en cuanto quiera, no debe considerarse ya como cosa propia, sino como cosa dedicada exclusivamente al servicio del Señor, ni le es permitido usar de sus sentidos y potencias a su voluntad o como le plazca, sino a voluntad y beneplácito de Jesús como único y verdadero dueño¹⁴. Hacer lo contrario es sacrilegio, dado que de nuevo usurpa a Dios aquello que libremente le había consagrado.

DESIDERIA. ¡Infeliz quien, llamado a tanta dicha, olvida más tarde sus sagrados deberes! ¡Oh religiosos! Considerad seriamente no sólo lo que se pierde con la infidelidad a lo prometido, sino lo mucho que se gana complaciendo a Jesús según la palabra empeñada. ¡Que no sea perjurá, Padres míos! Y al efecto, bendecid y sostened a vuestra pobre hija.

VISITA DECIMONONA

Cuán provechosos son al alma los santos votos

Suplica Desideria nueva doctrina acerca de los votos religiosos.- Condescendencia de Jesús.-Contestación de Desideria.- Felicita María a Desideria por su heroica resolución.- Palabras de ésta a su Madre.- José amplía lo dicho por Desideria.-Fin de la visita

DESIDERIA. Después de saludaros, amados míos, vengo hoy con vivos deseos de ser más instruida en lo referente a los santos votos que hace el religiosos, ya que sabéis bien cuánto lo necesito y me conviene.

JESÚS. Ya que ése es tu deseo, lo haré con gusto y te manifestaré en pocas palabras cuán provechoso es para el alma estar escudada con los tres votos religiosos.

Es doctrina mía que ninguno de los que quieran militar para Dios debe enredarse con negocios seculares¹: también lo es que salvar el alma es el principal y único importante negocio, ya que, acertado éste, se ha conseguido el fin por que fue criado el hombre²; y lo es asimismo que el dedicarse a conseguir la propia perfección no hay tarea más noble y provechosa, ya que en su comparación debe considerarse todo lo demás de escasísima estima o como infantiles entretenimientos³. Pues bien, ¿qué hace un religioso al consagrarse enteramente a Mí por sus votos? No otro, por cierto, que manifestar su exquisita prudencia y laudable cordura, acreditando que ha sabido escoger la mejor parte⁴; pues ha cortado de un golpe todo lo que puede oponerse a su aprovechamiento espiritual y por consiguiente frustrarle el gran negocio.

En efecto, en fuerza de los santos votos, el religioso, siguiendo mi ejemplo, su maestro, guía y capitán, se escuda fuertemente con las tres grandes virtudes de pobreza, castidad y obediencia, que le sirven como de tres poderosas armas, con las cuales también vencí Yo y triunfé de mis enemigos⁵. La razón es evidente; porque con el voto de pobreza se desembara de la solicitud y cuidados de las cosas temporales que en tanta manera distraen y perjudican a sus amadores⁶; con el de castidad renuncia por completo a los deleites de la carne, enemigo doméstico, importuno y tiránico, que se muestra tanto más exigente y cruel cuanto menos valor y resistencia encuentra⁷; por fin, con el de obediencia se esfuerza en guardar y cumplir no sólo mis preceptos y las Reglas de su Instituto⁸, sino todo lo demás que le es ordenado e indicado por los superiores, a quienes respeta y ama como a representantes míos, destinados a procurar y fomentar su mayor bien espiritual y temporal⁹. ¡Cuán feliz y dichoso el que, atento al cumplimiento de su sagrada promesa, tiene sus ojos fijos de continuo en la victoria y no se olvida de que en el camino espiritual trabajar en apartar los impedimentos es progresar y aprovechar!¹⁰

DESIDERIA. ¡Cuán contenta estoy, Señor mio, al verme unida a Vos por medio de los santos votos, aligerada de tanta carga y libre de tantos impedimentos! Bendito seáis mil veces por haberme llamado a tanta dicha y dado el valor suficiente para abrazar lo que únicamente tiene realidad, y rechazar lo que es superfluo, vano y perecedero.

MARÍA. Muy cuerda te manifiestas, Desideria, y conviene lo seas en adelante. Regocíjate y da gracias al Todopoderoso¹¹ por haber abandonado el mundo con todos sus falaces atractivos y haberlo

realizado de la manera más digna y heroica que es dable hacerlo a la criatura racional, ya que con los santos votos no tan sólo se deja todo eso con el afecto, como pueden y deben hacerlo los seglares, sino que el desprendimiento es en efecto y hasta la muerte, que es el gran medio de librarse en caer en sus doradas redes, en las que quedan aprisionados varios incautos, deslumbrados y atraídos unos por la falsa brillantez del oro u otras vanidades y no pocos por el deseo de goces sensuales o vanagloria¹².

DESIDERIA. Ya veo, Madre, no ser extraño que el que vive en medio del mundo alguna vez quede prendido en alguno de sus muchos lazos, pero no acabo de comprender cómo un religioso puesto en el seguro de vuestra santa Casa, separado del mundo, ayudado de buenos avisos y ejemplos, y protegido además con mayores y más abundantes auxilios de gracia en virtud de los votos, se deja seducir y engañar por las locas insinuaciones de sus propios enemigos¹³. No obstante, esto enseña cuánta cautela es menester para no dejarse sorprender por esos encantos mundanos y que nunca será demasiado todo estudio y vigilancia para librarse de ellos.

JOSÉ. Sí, Desideria, mucha precaución y cordura es menester para no dejarse seducir, porque, escogido por Dios entre millares el religioso para destinarle a empresas arduas y obtener grandes victorias¹⁴, conviene que esté dotado de corazón fuerte y ánimo generoso y que demuestre su generosidad y fortaleza con la constante vigilancia¹⁵ de sus pensamientos, palabras y acciones, como requiere el elevado estado a que el Señor ha sido servido llamarle. Pensar de otro modo y obrar contra lo prometido es negra ingratitud y cosa vilísima. Si los religiosos considerasen con la debida seriedad lo que agrada a Dios una generosidad noble y resuelta, así como el inmenso provecho espiritual que reporta a las almas, de seguro no andarían tan derramados al exterior, ni serían tan escasos en el servicio y amor de su Señor, a la par que conocerían que cualquier obra, aunque pequeña, hecha en su obsequio, la estima en mucho y la recompensa con inconcebible largueza, con la singularidad de que no atiende tanto a la magnitud del don u obsequio que se le hace, sino más bien a la liberalidad y afecto del que lo hace. De donde se colige claramente que el servir a Dios en su santa casa es de gran precio y superior estima, ya que eso denota ser íntimo amigo y familiar suyo¹⁶; y cosa sabida es también que el servir a tan soberano Señor equivale a reinar.

DESIDERIA. Por lo visto, se acredita de muy boba y sin juicio el alma que, llamada a la religión, no sirve allí al Señor con generosidad, habiéndole elegido por su única porción y rica herencia¹⁷. Además, de El ha recibido todo lo que tiene y del mismo espera la futura felicidad, ¡¡¡y no obstante, distraída, indolente y sin fervor!!!¹⁸ Y eso que vuestra bondad es tanta, dulce Jesús mío, que no sólo os contentáis con el retorno de lo mismo que con suma liberalidad la enriquecéis, sino que tomáis este retorno a especial obsequio, y aun se lo galardonáis con creces, a manera de cariñoso y buen padre¹⁹, que se satisface y regocija al ver que el hijo le regala y obsequia con aquello mismo que antes ha recibido de él²⁰. Por el amor que me tenéis, libradme, Padres míos, de la fea nota de ingrata y descortés.

VISITA VIGÉSIMA

Observancia de los santos votos

Nueva visita y suplica de Desideria.- Jesús accede a sus deseos y le dice en qué consiste la perfección religiosa.- Palabras de Desideria.- María amplía lo dicho por Jesús.- Afectos.-Reflexiones de José.- Despedida.

DESIDERIA. Después del afectuoso saludo que toda buena hija debe a sus queridos Padres, vengo hoy, Jesús mío, con vivas ansias de que me deis más documentos sobre los santos votos que se hacen en la religión.

JESÚS. Ya sabes, hija, que siempre te complazco gustoso, porque cuanto más instruida estés en estas materias¹, tanto mayor y mas sólido será el afecto que sentirás hacia ellas en tu corazón, y por consiguiente más decisión y empeño en cumplir tus deberes y rechazar los obstáculos. Recordarás haberte dicho varias veces que la perfección consiste en la verdadera caridad² e íntima unión conmigo, que soy sumo y soberano Bien, Señor de todo³. Pero has de saber, hija, que para llegar a esta

caridad y unión es necesario que la criatura rechace y aparte de sí todo aquello que pueda detenerla o impedir acercarse y unirse al que debe ser el único objeto de su amor, porque es cierto que no se consigue el fin sin que se empleen los medios convenientes para obtenerlo. Esto es cabalmente lo que hace el religioso por medio de sus votos. Pone en práctica, en cuanto está de su parte, y se aparta lo más posible de todo aquello que le pueda estorbar esta unión; y así acertadamente se refugia para siempre al sagrado de mi casa, a fin de ejercitarse allí con asiduidad, diligencia y amoroso afecto en la práctica de todas las virtudes⁴; que es, como digo, el medio seguro para llegarse de cerca a Mi, en lo cual consiste la caridad y estrecha unión.

No habrás olvidado ser tres los lazos que principalmente aprisionan el alma⁵ y la impiden llegarse y unirse del todo conmigo; pero, por si acaso, voy a repetirlo. El primero es la afición y codicia de los bienes visibles⁶, que seduciéndola suavemente su falso brillo, le roban, casi sin aperebirse, cuando menos una parte del afecto que me debe y la aprisionan para que no pueda moverse ni volar con toda soltura y desembarazo; pero este lazo lo corta perfectamente el voto de pobreza.

El segundo es la afición y natural inclinación a los placeres sensuales⁷, que a manera de espesas tinieblas salen al encuentro del alma incauta y la ciegan y atemorizan de tal modo que la acobardan e imposibilitan acercarse con la fe y confianza de buena hija y fiel esposa; pero queda roto este lazo por medio del laudable heroísmo y ventajosa victoria que se alcanza de sí mismo por el voto de castidad.

Por fin, el tercer lazo que más impide al alma la unión conmigo y que por desgracia comúnmente llama menos su atención es el continuado desorden de la propia voluntad, que, siempre inquieta e inclinada a señorear y mandar, le pesa y se le hace muy difícil el sujetarse y rendirse a los demás, siendo por tanto esa dificultad el mayor de los impedimentos que enfrían y apartan de la perfección cristiana, cuyas máximas son que si alguno quiere venir en pos de mí es necesario que sujete su propia voluntad y se niegue a sí mismo⁸. De consiguiente, en vano pretende mi amistad y unión íntima el que no se conforma plenamente con este mi manifiesto querer; pero lo verifica y por lo mismo rompe el tercer lazo, el firme voto de obediencia.

Por este voto el alma se rinde suave y gustosamente a otros por amor de Dios, según es su divina voluntad, y renuncia a gobernarse por sí misma, sacrificando con ello todas sus concupiscencias y caprichos.

Con lo dicho queda demostrado que los votos religiosos tienen gran virtud para quitar y destruir los impedimentos que dificultan al alma llegar a la caridad y unión de que hablamos, y por tanto que en la guarda y fiel cumplimiento de los mismo estriba la perfección religiosa⁹.

DESIDERIA. Convencida quedo de que sin la buena y exacta observancia de los santos votos vanamente espera el religioso unirse a Vos con perfecta caridad¹⁰, ya que de su parte no hace lo que debe para apartar los impedimentos que se oponen a esta unión. ¡Lástima, Jesús mío, que tantas almas por insignificantes gustillos y pasatiempos quieran privarse de tanta dicha!

MARÍA. Y ésa es la verdad, hija, por más que sea sensible decirlo. Son muchas las almas que piensan y se determinan entregarse del todo a Dios y dan principio a ello, al parecer, con firme decisión y bastante fervor, y llegan hasta pronunciar los sagrados votos con gran gozo y alegría de su corazón; mas, ¡pobrecitas!, pasados aquellos momentos de entusiasmo, se enfrían, dormitan perezosas, poco a poco descuidan los deberes que les impone su estado y profesión, les cansa la observancia de las reglas del instituto, dan entrada a ciertas aficiones y gustos, no atienden a la enmienda de los propios defectos, se inquietan o tal vez murmuran de los que las advierten o corrigen, y de ahí que se queden como árboles infructuosos y no den un paso para llegar a la unión que es debido con su divino Esposo y Señor. Semejantes defectos y culpables ligerezas contristan grandemente el Corazón amante de Jesús, que desea posesionarse por entero de sus corazones al objeto de derramar en abundancia los tesoros inagotables de las gracias y favores celestiales¹¹.

Con la ligereza y fatuidad de estas tibias y cobardes contrasta la actividad y solicitud de las almas animadas de noble y esforzado corazón¹². Persuadidas de que la perfección religiosa consiste en la puntual observancia y cumplimiento de los votos, y que este cumplimiento perfecciona el holocausto hecho a Dios de sí mismas, procuran observarlos con todo cuidado y diligencia, no por un tiempo breve, como duraba el antiguo holocausto, sino por toda la vida¹³; dando con ello a entender que, así como el antiguo,

figurativo del que se hace en la ley de gracia, debía consumir toda la víctima¹⁴, de la misma manera debe el alma que aspira unirse íntimamente con Jesús consumir en el fuego de la verdadera caridad todas sus potencias y sentidos exteriores¹⁵, mientras la rodeen estas débiles paredes de barro y pueda ser asaltada de los fieros e irreconciliables enemigos.

En sustancia, a esto viene a reducirse y esto significa la profesión religiosa, o sea la emisión de los votos de pobreza, castidad y obediencia perpetua, que es lo mismo que ofrecer al Señor todos los bienes exteriores, todos los del cuerpo y todos los del alma, puesto que al ofrecer la propia voluntad sacrifica ya todas las potencias sujetas a su dominio, sin quedarle más para entregar¹⁶. Sírvote esto, carísima, para persuadirte una vez más de que el estado religioso es sumamente honroso, santo y perfecto, de los más aceptos a Dios¹⁷, el más a propósito para unirse con mi Hijo Jesús y muy agradable a Mí, a los Angeles y Santos¹⁸.

DESIDERIA. Bien claro se desprende de lo dicho, Madre mía, la inmensa recompensa con que será enriquecida en el cielo el alma que, fiel a sus solemnes promesas, persevera fervorosa y constante hasta el fin de su carrera¹⁹, ya que, siendo el Señor tan bueno y dadivoso, no se dejará vencer en liberalidad con aquellos que de buen grado le ofrecieron cuanto tenían y le entregaron cuanto podían darle.

JOSÉ. Efectivamente, Desideria: muchísimo cariño y mérito adquiere a los ojos de Jesús un alma religiosa que, fiel a su vocación, guarda con tesón sus sagrados compromisos. Los santos votos son el firmísimo fundamento de la religión, los que dan y conservan la paz y quietud del alma, el medio adecuado y eficaz para llegar pronto y con seguridad al estado de perfección y por fin el modo más propio de ofrecerse de una manera digna a su Dios y Creador, el mayor de los obsequios que puede prestarle en este mundo la criatura racional²⁰. ¡Ojalá comprendieran los mortales lo mucho que brillarán en la gloria los votos religiosos, que a manera de piedras preciosas adornarán la corona del religioso observante! Si acá en el mundo, cuando aún no se conoce bastante su valor, son de tanta estima y veneración hasta para los grandes señores y monarcas, ¿qué será allá arriba contemplarlos en todo su brillo y esplendor?

DESIDERIA. De día en día quedo más instruida, animada y firme en mi resolución de ser constante y fidelísima en mis promesas. Quédese para las almas necias la pena y confusión, que yo prefiero ser fiel esclava y constante esposa de Jesús. Padres, toda vuestra; y hasta la vuelta.

VISITA VIGÉSIMA PRIMERA

De la frialdad e indiferencia

Repite Desideria su acostumbrada visita y pide más luz a Jesús para el mejor cumplimiento de los santos votos.- Doctrina de Jesús.- Afectos de Desideria.- Corroboración de María lo dicho por Jesús.-Contestación de Desideria.- Reflexiones de José.- Despedida

DESIDERIA. Animada salí ayer, amadísimos Padres, de vuestra presencia y altamente convencida de la ventaja, honra y provecho que reporta al alma la fiel observancia de los votos religiosos. Mas como éste es asunto de tanta trascendencia, desearía y os ruego, Padres míos, continuéis instruyéndome más en la materia.

JESÚS. Ya sabes, Desideria, con cuánto gusto comunico mi divina ciencia a los que de veras la buscan¹ y me la piden. Tú por dicha eres uno de esos, y así voy a complacerte, según sabes acostumbro.

Recuerda haberte dicho que en el cielo no recibirá la corona de gloria el que sólo haya comenzado a obrar el bien, sino el que fuere perseverante en el mismo hasta la muerte², porque no es apto para el reino de los cielos el que, habiendo puesto una vez mano al arado, vuelve atrás³. Síguese de aquí que cuanto mas honroso, perfecto y meritorio es el voto religioso que se hace a Dios guardado fielmente, tanto más humilla, perjudica y desagrade a este Señor un tibio y poco agradecido cumplimiento. Mucho mejor les fuera a estas almas ligeras e inconstantes no haber hecho los santos votos, que no dejarse llevar de la pereza después de haberlos hecho, pues cierto es que vale más no prometer que dejar de cumplir lo prometido⁴. Estas pobrecillas almas pierden muchos bienes y atraen sobre sus cabezas infinidad de males.

Ellas son causa de que algunas veces pierda la religión su reputación y buen crédito por tener esos miembros poco regulares y edificantes, y no es raro verlas convertidas en piedra de escándalo para los seglares, viendo que los mismos religiosos descuidan con palmaria indiferencia sus sagrados deberes a pesar de haberse entregado solemnemente al particular servicio de Dios.

Además, de esta su conducta, poco observante y fervorosa, resulta un cierto deshonor para Mí, ya que, habiendo aceptado gustoso su formal promesa, quedo burlado y engañado de los mismos que tanto he amado y favorecido. No es, pues, extraño que a tales almas ingratas se les siga tanto daño. Andan por un camino enteramente equivocado y lleno de peligro, cuyo fin es la apostasía de la religión; ¡triste, pero natural fruto de su pereza e infidelidad!...⁵

El demonio, capital enemigo del alma y por lo mismo acérrimo adversario de la perfección, sabe muy bien cuánto aprovecha al religioso la grata y fiel observancia de los santos votos; por larga experiencia conoce ser ése el medio más adecuado y seguro para llegar a la más estrecha unión con Dios, dado que el cumplimiento de las santas reglas equivale a una continuada mortificación y no interrumpida guerra contra sí mismo y de ahí le nace ese su infernal empeño de no dejar en reposo y aprovechar toda ocasión a fin de fascinar e inducir en el ánimo del religioso, so pretexto de no caer en pusilanimidad y de evitar escrúpulos, la falsa doctrina o modo de hablar de los tibios, que consiste en prescindir y quebrantar sin gran mira ciertas reglas y laudables costumbres del instituto por parecer cosas pequeñas⁶; mas el taimado no sólo pretende con su diabólica astucia impedir llegara la perfección, sino también llevar poco a poco al estado de frialdad e indiferencia, y que una vez adormecido el espíritu no le será ya difícil hacerle cometer faltas graves hasta perderle del todo⁷.

De lo dicho puedes colegir, carísima, con cuánta ternura miraré y con qué entrañable afecto abrazaré y con qué liberalidad favoreceré a las almas religiosas que con varios ejercicios de piedad y devoción, de penitencias discretas y santas industrias, o sea por el buen cumplimiento de sus sagradas promesas, aspiran ansiosas a llegar a la mayor perfección de su estado⁸.

Sumamente me complace ver algunas de esas almas que, llevadas de su generoso fervor y deseo de aprovechar, al objeto de hacerse cada día más fuertes contra los embustes y continuos asaltos del demonio, me piden con toda humildad nuevas luces para conocerse y mayores gracias y fuerzas para con fidelidad cumplir lo que me tienen prometido⁹, cuyo ejercicio y afectuosa solicitud me agrada por ser claro indicio de santa perseverancia.

También me agradan y me complazco en atender con solicitud verdaderamente maternal a las dichosas almas que en cualquiera duda o tentación contra los santos votos la rechazan con prontitud y energía, sin admitir disputa ni titubear en si aquello importaría falta más o menos grave, sino que desde luego se esfuerzan en apartarla de sí con aquella presteza que se cm p lea cuando una chispa de fuego ha saltado en el pecho¹⁰. Muy enferma está y desgraciadamente vive el alma consagrada a mi servicio que no hace escrúpulo ni se para en cometer las faltas pequeñas, ni se esfuerza para enmendar sus imperfecciones.

DESIDERIA. Provechosísima doctrina me enseñáis, Amado mio, aunque yo, como ignorante y flaca, siempre temo por mi inconstancia. Sin embargo, ya que Vos mismo me indicáis los verdaderos medios de solidarme en los buenos propósitos, procuraré estar alerta sobre los pensamientos, palabras y acciones, y suplicaré humilde vuestra asistencia, segura de que no me faltará, si por mí no se pierde¹¹.

MARÍA. Eso conviene no descuides, hija; y para mejor asegurarte en la buena observancia, piensa con frecuencia y seriamente que por amor de Jesús y mayor servicio suyo estás atada a El íntimamente con el lazo sagrado de los votos, que es preciso cumplir con toda fidelidad, como es justo, según las leyes del amor reciproco. Este recuerdo te servirá de incentivo poderoso para aborrecer y huir de faltas y pecados leves¹², los cuales, si bien no matan directamente al alma, no obstante, cuando son cometidos con advertencia o culpable descuido, disgustan mucho a Dios, obscurecen al alma y la privan de no pocas gracias.

DESIDERIA. El religioso que no toma con empeño el cumplimiento mejor posible de sus formales promesas a su Dios y Señor, cierto que se acredita de muy ruin y desleal, y se hace digno por su culpado descuido de toda reprensión y castigo¹³. Os ruego, querida Madre, por el interés y cariño que me tenéis, no permitáis en esta vuestra hija tamaña ingratitud y descortesía.

JOSÉ. No quiero que te ausentes, Desideria, sin escuchar mi consejo. Para venir al cumplimiento

exacto de tus sagradas promesas, te servirá poderosamente el ejercitarte con frecuencia en actos de pobreza y obediencia, porque éstos te dispondrán para adquirir los hábitos de estas dos excelente virtudes y por medio de ellas llegarás a obrar y cumplir todas las obligaciones con presteza y tranquilidad inalterable, como lo pide la perfecta observancia¹⁴. Además, ten presente lo que Jesús te ha dicho, a saber, lo muy perjudicial que es para el alma una vida cómoda y por otra parte remisa en el cumplimiento de las leyes de su instituto. De ahí le viene todo el mal, y en cuanto de ella depende, entristece al Esposo¹⁵, desacredita la religión y escandaliza al prójimo¹⁶.

DESIDERIA. En verdad que es indicio de poca cordura y extraviado juicio que un religioso no atienda a lo que más le va y le importa. Si en lo que ha jurado y de donde depende su verdadera dicha no anda aplicado y diligente, difícil es calificar tanto descuido¹⁷. No permitáis en mí, Padres míos, desdicha tanta¹⁸. Bendecidme, y se retirará por hoy vuestra humilde hija.

VISITA VIGÉSIMA SEGUNDA

Excelencias del voto de santa pobreza

Visita Desideria a la Sagrada Familia y pide a Jesús la instruya más en particular sobre cada uno de los votos religiosos.- Condesciende el Señor y empieza por el voto de pobreza.- Admiración de Desideria.- Palabras que le dirige María.- Respuesta de Desideria.- Más elogios de José sobre la pobreza religiosa.- Despedida

DESIDERIA. De nuevo me tenéis aquí, amados Padres. Hoy llego con deseos de que me habléis de cada uno de los votos religiosos en particular, ya que tan buenas cosas me habéis dicho de ellos en general.

JESÚS. Gustoso, como siempre, carísima, llenaré tus buenos deseos. Doy, pues, principio a ello poniendo a tus ojos las excelencias de la santa pobreza como virtud religiosa.

En primer lugar conviene que te persuadas de que no sin gran sabiduría y elevadísimas miras he puesto la pobreza por primera entre las bienaventuranzas, diciendo que de los pobres de espíritu es el reino de los cielos¹. No es posible llegar a la posesión de la bienaventuranza sino por medio de la perfección evangélica, y como el fundamento de esta perfección es la pobreza, consecuente es que debe ser mirada y honrada como la primera de las virtudes religiosas. He aquí la razón por que digo a los que llamo y desean seguirme: *el que de buena voluntad no renuncia a los bienes que posee, no puede ser mi discípulo*²; porque la perfección no quiere almas atadas ni aficionadas a cosas de la tierra, sino libres y desprendidas enteramente de ellas.

Síguese de lo dicho que no todos los que carecen de bienes temporales son los verdaderos pobres a quienes prometo el reino de los cielos, sino que lo son aquellos que espontánea y afectuosamente aman y abrazan la pobreza. Son muchos los pobres por necesidad, pero pocos por virtud y propia elección: son pobres en el exterior, mas en su interior no sólo ambicionan tener y ser ricos, sino que se fatigan y desvelan por atesorar bienes materiales³; y de no conseguir sus locos deseos, los hay que llegan al extremo de criticar y quejarse de mi equidad y justicia, sin atender como debieran a las sapientísimas disposiciones de la divina Providencia.

Como es fácil comprender, esta forzada pobreza ni puede agradarme ni es meritoria, por la sencilla razón de que ni es virtud ni cosa digna de alabanza, antes bien es para muchos causa de mayor ruina y eterna condenación, puesto que les distrae tanto el desordenado amor a las riquezas y comodidades terrenas, que se olvidan por completo de las eternas⁴.

No faltan, sin embargo, almas previsoras que con acertado juicio y laudable desinterés, por más que ricas en efecto y abundantes en bienes materiales, siguiendo mis inspiraciones y procurando imitar mi ejemplo y el de tantos otros de mis grandes siervos, no tienen el corazón pegado a esas cosas terrenas⁵, sino que están separadas de ellas con el afecto y siempre dispuestas a dejarlas totalmente si esa fuere mi voluntad, haciendo buen uso mientras tanto de lo que tienen encomendado.

Pero los que merecen todo loor y alabanza, los verdaderos amadores y seguidores prácticos de

esta estimable virtud, son aquellos que, a fin de estar enteramente libres y desembarazados para las cosas de mi servicio, abandonan todas las riquezas y bienes temporales, no sólo con el afecto⁶, sino que lo realizan en efecto, desprendiéndose de todo y sin la más pequeña reserva⁷. Esta es, Desideria, la verdadera pobreza como virtud, la pobreza santa, que en realidad me enamora y la que me ata, por decirlo así, a las almas dichosas que la profesan. Esta es aquella pobreza que tiene prometida tan singular recompensa en el cielo⁸, en donde sus poseedores serán gloriosamente coronados y resplandecerán como estrellas brillantes en perpetuas eternidades⁹.

Aunque lo dicho podría ser suficiente para comprender las incomparables ventajas de la verdadera pobreza religiosa, no obstante voy a indicarte otras de no escaso valor. En primer lugar, hace que el corazón se desprenda de las cosas fútiles y transitorias y da al alma alas como de paloma y vuelo de águila para remontarse con más facilidad a las cosas celestiales¹⁰. En segundo lugar, proporciona una paz casi inalterable y una tranquilidad indecible; porque, libre de lo que tanto distrae y fatiga a los del mundo, adquiere mayores fuerzas para resistir y dominar la naturaleza¹¹, tan ambiciosa e inclinada a poseer riquezas, al objeto de proporcionarse comodidades corporales y pasatiempos inútiles. Por último, la pobreza religiosa dispone admirablemente al alma para que Yo la regale y le dispense particulares gustos, puesto que, privándose ella de buena voluntad, por mi amor, de los regalos y satisfacciones que lícitamente pudiera tener, manifiesta en eso su verdadero afecto, al cual es justo que Yo corresponda¹².

DESIDERIA. ¿Por qué, Jesús mío, siendo tantas y tan grandes las ventajas y excelencias de la verdadera pobreza, son tan pocas las almas que gustosamente la abrazan?

MARÍA. Hija, por una razón fácil de adivinar, y consiste en que no se piensa y medita con la debida ansiedad. Observa y verás que por lo común se conducen los mortales como si fueran niños que aun carecen de reflexión, inclinados siempre a lo que de momento les halaga y divierte los sentidos, aunque la cosa no tenga valor ni estima alguna. ¿No ves como la mayor parte de los hombres, seducidos por la falsa brillantez del oro, profundizan las montañas y atraviesan los mares, exponiendo sus vidas; cómo se desvelan, se fatigan y de tal manera ponen en esas cosas efímeras su corazón¹³, que no piensan en más, olvidándose de los bienes celestiales y eternos, que son los verdaderos bienes y para los que únicamente fueron criados?¹⁴ No es, pues, de admirar si estos ilusos, llevados de su vertiginoso delirio, viven una vida llena de inquietud, preludio muchas veces del tormento que más tarde les espera.

Los placeres y bienes terrenos no pueden jamás llenar el corazón del hombre, criado únicamente para amar y servir a Dios, y por último gozarle para siempre: de donde resulta que cuanto mas se trabaja para llenarle de éstos, más vacío y hambriento se queda, porque le falta quien únicamente puede llenarle y satisfacerle.

DESIDERIA. Se ve, Madre, la mucha tristeza que debe causar al amantísimo Corazón de Jesús contemplar tantas almas que, distraídas y afanosas por las cosas de la tierra, viven tan olvidadas de las del cielo; y si esto es cierto respecto a todos en general, ¿cuál no será su pena al fijar su mirada en aquellas almas que, después de habérsele desposado solemnemente con ligaduras sagradas, le olvidan por aficionarse y encariñarse a bagatelas en menosprecio del Esposo y grave perjuicio propio?¹⁵ Justo es, en verdad, que tales ingratas, como esposas infieles, empiecen a sufrir en esta vida los enojos divinos.

JOSÉ. Todavía quiero, Desideria, que veas otra ventaja que acompaña a la santa pobreza religiosa. Observa la estima y aprecio que de ella hacen los mismos seglares, quienes, a pesar de tener el corazón apegado a las cosas de la tierra, ni se impresionan ni se maravillan de que alguno desde la condición de pobre llegue a ser rico, pero se admiran y hasta les merece encumbrados elogios el que de rico se haga voluntariamente pobre y se prive no solo de lo que en la actualidad tiene y posee, sino también de la voluntad de tener y poseer en adelante. El mundo en esta parte, a pesar de ser con frecuencia injusto en lo que toca a las cosas de Dios, hace justicia a los héroes de la pobreza evangélica, permitiéndolo así el Señor para dar claro testimonio de la virtud y santidad y al propio tiempo también para que no tengan excusa los que no hicieron buen uso de las riquezas y otros talentos de que fueron sólo depositarios.

¡Dichosa pobreza, cuán rica eres y digna de ser estimada! De ti se enamoro el mismo Dios al tomar carne mortal para redimir al hombre del ominoso cautiverio del demonio y abrirle de nuevo las puertas del cielo, cerradas por el pecado¹⁶. Sí, Desideria; ya ves que Jesús la profesa y guarda admirablemente y

que nosotros nos honramos con ella. Por medio de la pobreza quiere Jesús renovar la faz de la tierra, convirtiéndola de idólatra en morada de verdaderos hijos del Padre celestial, y para transformación tan grande quiere servirse, no de ricos y potentados, sabios y distinguidos filósofos, sino de humildes y pobres¹⁷. Por amor a esta virtud se han fundado, se mantienen y conservan en buen espíritu tantas Órdenes religiosas, se pueblan los desiertos y se hacen prodigios de caridad; por ella alcanzan del Señor, los que la practican, tantas gracias y bendiciones, aun a favor de los prójimos. ¿Te parece poca la dignidad de la pobreza religiosa y escaso el mérito que la acompaña?

DESIDERIA. No me parece poca, sino mucha su excelencia; pero si bien no me causa tanta sorpresa que los del mundo se entusiasmen con las riquezas, honras y otras vanidades, ni se avengan con la santa pobreza, dado que sin particular gracia no se conocen ni se aprecian lo suficiente las cosas de perfección, no obstante causa honda pena el observar a ciertos religiosos tan olvidados de su valor, que a pesar de haberla abrazado y jurado solemnemente se olvidan de ella y en la práctica la desprecian y vituperan, queriendo vivir y vestir con estudiada comodidad, por más que los tales discurran medios y pretextos para cohonestar sus fingidas necesidades, ya que nunca faltan efugios para defender la propia voluntad. Gracias, Padres míos, por vuestras admirables instrucciones: bendecidme y hacedme verdadera pobre de espíritu.

VISITA VIGÉSIMA TERCERA

Estima que debe hacerse de la santa pobreza

Llegada otra vez Desideria a la compañía de la Sagrada Familia, Jesús continúa instruyéndola y le dice cuánto conviene amar a la santa pobreza.- Pensamientos de Desideria.- Bellas palabras de María.-Afectos de Desideria.- Otras reflexiones de José.- Dificultades.- Respuesta de José.-Últimas palabras.

DESIDERIA. A medida que vais instruyéndome, amados míos, me siento más animada a la práctica de la virtud. Bien cierto es el refrán que dice: «Acércate al fuego y sentirás calor»: así me pasa siempre que vengo a mis Padres.

Como en la visita pasada comprendí la excelencia de la pobreza religiosa, me consolaría si hoy me dijerais algo que alentase todavía más mi espíritu a amarla y practicarla con fidelidad.

JESÚS. Importa tanto, hija, al religioso ser amigo y familiar de la santa pobreza que he profesado, cuanto le conviene tenerme propicio y de ningún modo enojado. ¿Cómo es posible que mire con rostro agradable al religioso que no sólo no estima, sino que en la práctica desprecia aquello que tan de veras escogí y tan gustosamente practiqué para que aprendiese de Mí y entendiese ser eso lo mejor, como él ya lo confesó al escogerme como su único tesoro y rica herencia el día de su profesión?¹ ¿No sería ridículo y digno de reprensión y castigo el que un hijo o un criado dejara de mirar con interés aquellas cosas de las que el padre o señor hacen la mayor estima; o que fuese tanto su atrevimiento e inmortificación que quisieran disfrutar de mejor trato y mayor regalo que el que toma su padre o señor? Pues cosa parecida hace el religioso poco amante de la pobreza.

El religioso no ignora que la pobreza fue siempre mi joya más preciada; sabe que he abrazado tan de veras, que, al nacer, mi casa fue un establo²; que escogí madre pobre y pobremente he sido criado³; sabe que mi trato ordinario es con los pobres⁴, pobre toda mi vida y pobrísimo en la ignominiosa muerte de cruz⁵. Éste es el modelo que les he dado y ellos han escogido: ¿pues que razón podrán alegar esos infelices, tan lastimosamente engañados, el día en que los llame a mi tribunal y les pida cuenta a tenor de las solemnes promesas que me hicieron? Ninguna, por cierto: y si posible fuera alegar alguna, contra ella testificarían mis amados discípulos, verdaderos pobres, los cuales, así que los llamé, dejaron al instante todo cuanto tenían y podían esperar tener en este mundo, e imitando mi ejemplo no se contentaron con solo el desprendimiento, sino que honraron y practicaron la santa pobreza viviendo de limosna, haciendo sus viajes a pie, sin provisiones ni dineros, confiados siempre en mi Providencia, y nada les faltó de lo necesario⁶.

Testigos serían también contra ellos esa multitud de fundadores que, llamados y destinados a echar los cimientos de familias religiosas, fueron, para honra mía, tan amantes de la santa pobreza, que no

toleraban en sus casas las palabras *tuyo* o *mío*, creyendo, con mucha razón, que tales palabras entre religiosos son como envenenado cuchillo que hiere mortalmente tan preciosa virtud; y por esa razón, si alguna vez llegó a saberse de algún hermano haberse hecho propietario de alguna cosa, aunque pequeña, se le separó de los demás, como oveja sarnosa e inficionada es segregada del resto del rebaño.

Por fin, estarían contra cualquier excusa que se intentara tantos y tantos buenos religiosos que, imitando mi ejemplo y siguiendo la doctrina y conducta de sus padres en religión, fueron y son tan amantes de la pobreza que la quieren como madre, han hecho de ella su principal ornamento y por ella han llegado a gran perfección. ¡Oh pobreza santa! ¡Oh virtud sublime, desconocida de la mayor parte de los mortales! Tú la que arrancas de raíz del pobre corazón humano las malas hierbas de vanidad y de ambición que quieren esclavizarlo; tú la que pones al alma en el verdadero y seguro sendero que conduce con derechura al monte de las virtudes; tu eres aquella misteriosa escala de Jacob que hace subir grados hasta lo más alto de la celestial Jerusalén⁷. ¡Bienaventurada pobreza, que así purificas los corazones y los conviertes en agradables moradas de Dios! Tú eres el verdadero consuelo de aquellos que una parte de los del mundo desdeña; tú la esperanza de las almas puras, y el poderoso alivio y el más eficaz refrigerio en los ardores de las pasiones. ¿Quieres que te diga más, Desideria, en alabanza de esta excelente y provechosísima virtud para que de corazón la ames y con verdadera resolución la practiques?

DESIDERIA. Ya basta; os entiendo, Dueño mío. Es que vuestra religión es de amor y sacrificio, y sin ello no quedáis complacido⁸. Por eso se echa de ver que cualquier aficionado a las cosas de la tierra anda distraído de las cosas espirituales, se materializa, se vuelve casi indiferente y aunque sea llamado a la religión no escucha, o si escuchó y llegó a obligarse, prometiéndoseos eterna fidelidad, olvida luego su deber y deja de cumplir lo prometido, ya que, si algo hace, quiere acomodar las reglas de la santa pobreza a su capricho, que es como decir destruir el heroísmo cristiano.

MARÍA. Muy bien piensas y hablas, Desideria. Realmente sólo ama la verdadera pobreza el que se agrada y honra con ella; el que la alaba y gusta que otros la alaben y se aficionen a tan preciosa virtud; el que pone todo su cuidado y empeño en no mancillarla; no sólo con las obras, deseando, usando y reteniendo alguna cosa fuera de lo que permiten las reglas del propio instituto, sino que procura evitar la más pequeña acción o palabra que pueda tomarse como asentimiento de su quebranto; en fin, el que mira la pobreza como joya que hermosea grandemente al alma delante de Dios en la gloria.

DESIDERIA. Yo espero, Madre, que me alcanzaréis la gracia de que, fiel a vuestras enseñanzas y siguiendo vuestros pasos, ame y practique la santa pobreza todos los días de mi vida, considerándome en ella más dichosa y rica que los engañados mundanos con sus tesoros terrenos y momentáneos placeres.

JOSÉ. Contra otro engaño debes estar prevenida, cara Desideria, y es el craso error de algunos que miran y juzgan la práctica de la santa pobreza como poco compasiva y en extremo severa. Este falso juicio nace de su poca fe e inmortificación, y con ello dan a entender que ya no gustan de lo que Jesús ha ordenado y recomendado como cosa mejor, renegando así de sus formales y sagradas promesas.

Decir que la santa pobreza es despiadada y demasiado rígida, es calumniarla; más bien se diría que ella con su método y sobriedad es provechosísima al cuerpo y al alma, pues es cosa cierta, y la experiencia lo confirma, que la sobriedad ayuda y favorece mejor al hombre que no los gustos y placeres, ya que éstos matan y aquélla da vida⁹. ¿Quién no ve cómo de ordinario el hombre rico es soberbio, arrogante, vanidoso y pendenciero, y que el dado a placeres y regalos luego se empequeñece, se afemina, enferma y abrevia sus días? De todos estos males preserva la pobreza religiosa; luego no es ella, según aseguran los tibios e inmortificados, severa ni ocasionadora de enfermedades, sino madre cariñosa que las previene y aleja, quitando la abundancia y variedad de manjares sabrosos y delicados, que son los que principalmente las ocasionan.

Por otra parte, ¿de cuántos cuidados, disgustos y sinsabores no se libra el que es santamente pobre? Vive sin sospechas ni celos; contento con su sobria comida, conformado con su humilde hábito y rústico lecho, descansa lo necesario, nada teme y nada le contrista.

Todo lo contrario acontece al rico y hacendado; éste vive siempre receloso y con temor, sin poder descansar tranquilo ni disfrutar de lo que tiene¹⁰.

Si es un religioso poco amigo de la santa pobreza, tampoco descansa ni vive en paz consigo, ni apenas con los demás; porque, llevado de sus particulares deseos, quiere algo más que los otros, y si no se

le atiende como gusta, se queja, murmura, se vuelve insufrible por conseguir lo que apetece; en fin, lleva, sin querer reconocer la causa, una vida de continuado martirio que amarga sus días y de nada le sirve para la felicidad eterna.

DESIDERIA. Padre, una idea se me ocurre, que voy a exponer para que os dignéis aclarármela. Jesús ha dicho que en el día del Juicio no concederá su reino sino a los que por su amor habrán dado de comer y de beber a los menesterosos y visitado y socorrido a los pobres en sus varias necesidades¹¹: si esto es así, ¿qué le toca al religioso que nada tiene ni de nada puede disponer? ¿No convendría retener algo para con ello hacer limosna y ejercitar obras de misericordia?

JOSÉ. Cierto es lo de las obras de misericordia; pero para el religioso eso de retener alguna cosa de que poder disponer libremente, aun so pretexto de poder hacer limosnas y otras buenas obras, a la par que se opone al verdadero desapego de lo terreno y de sí propio, conforme lo declara al hacer sus votos, sería no pequeño estorbo para su perfección y un anzuelo del que fácilmente podría servirse el demonio para pescarle. A más de que ¿por ventura el buen religioso, por carecer de bienes temporales, deja de emplearse en muchas y grandes obras de caridad espirituales y corporales? No por cierto. Apenas encontrarás personas que las hagan tan numerosas y de tanto sacrificio. Por consiguiente, no dudes, hija, que quien deja la hacienda y con ella el siglo para darse a Dios con mayor desembarazo, obra santamente y ejecuta el acto más heroico (excepto el martirio) que es posible a la criatura racional, porque no sólo le da todo lo que tiene y podía esperar tener, sino que se entrega a sí mismo, que es lo más perfecto, y así, lejos de perder, gana mucho en mérito y recompensa¹².

DESIDERIA. Ceguera lamentable es que los del mundo busquen con tanto afán las caducas riquezas y huyan de la pobreza, pero es inconcebible locura ver que no la amen y estimen como se merece algunos religiosos. Libradme, Padres míos, de error tan pernicioso.

VISITA VIGÉSIMA CUARTA

Frutos y gracias de la santa pobreza

Ruega Desideria a Jesús se digne indicarle alguno de los favores que se alcanzan aun en esta vida en méritos del voto de pobreza.- Respuesta de Jesús a esta pregunta.- Afectos de Desideria.- Insiste María sobre el mismo asunto.- Contestación de Desideria.- Otras reflexiones de José.- Despedida

DESIDERIA. Vuelvo a vosotros, amadísimos Padres. Salí últimamente de vuestra amable compañía instruida sobre lo muy amada que debe ser la santa pobreza, singularmente del religioso, ya que a ella se consagra en virtud de sus votos. Con todo, me consolaría saber de vuestra boca las gracias que de ordinario acostumbraís dispensar ya en este lugar de destierro a los que de corazón la abrazan y practican.

JESÚS. Con gusto voy a cumplir tus buenos deseos, hija querida. Recuerda que tengo dicho a todos los hombres estas palabras: *Buscad primero el reino de Dios, y lo demás se os dará por añadidura*¹, tanta es mi bondad y munificencia. Es verdad que Yo he criado al hombre únicamente para Mí, o sea para que me conozca, alabe y sirva por medio de las cosas visibles, que he sujetado a su voluntad, no para que abuse de ellas, sino para que use de las mismas bien y sin que se le apegue allí su corazón, según las reglas de la recta razón. Por eso proveo al mundo de todo lo necesario y hago que salga el sol cada día para buenos y malos, justos y réprobos; que venga a sus tiempos la lluvia para fertilizar la tierra a fin de que produzca toda clase de plantas y frutos, y que se multipliquen los animales y peces para que se provea cada uno de lo que ha menester².

Pues si tal es mi providencia para con todos, ¿no comprendes, Desideria, que no es conforme que el hombre me gane en generosidad, si renunciando él a todas las cosas por mi amor y hasta prescindiendo de sí mismo para atender mejor y más desembarazado a mi servicio, dejase Yo de atender solícito en lo que le es necesario y conveniente, siendo como soy tan dadivoso con los que apenas se acuerdan de su divino Bienhechor y abusan ingratos de sus mismos dones? Yo que visto de preciosísimos colores las aves que pueblan los aires y las sustento con abundancia, sin que les sea preciso sembrar, ni construir casas para guarecerse, o preparar telas para vestirse con gala y hermosura³, ¿había de cuidar con menor interés a los

que me han depositado toda su confianza, a semejanza de la que tiene el tierno infante en su solícita y cariñosa madre?⁴ He aquí reseñada ya una de las grandes recompensas de la pobreza religiosa, aun mirada la cosa bajo el punto de vista material.

Mas no está todo aquí. Como los buenos religiosos se entregan a Mí y lo renuncian todo por el santo voto, Yo también me entrego a ellos y salgo fiador en todo por ellos. Me hacen su parte y herencia⁵, y me constituyo su procurador y proveedor, no sólo como lo hace un amo y señor con sus criados, sino como lo verifica un buen padre⁶ y cariñoso esposo con sus hijos y amada esposa⁷. Sí, hija, mi particular gusto es atender y proveer con toda solicitud, según las necesidades de cada uno y conforme a los fines de su instituto, a esos mis hijos predilectos, moviendo al efecto, cuando así conviene, los corazones de muchos para que gustosos socorran a los moradores de mi casa.

Otrosí. Al religioso que se ha entregado a Mí, en premio de su renuncia a los bienes terrenos, le exonero del pesado y peligroso cuidado de la propia familia. Pobre seglar, ¡cuántas noches se pasa en entera vigilia, imaginando de qué modo o por qué medios proporcionará el pan que necesita la familia! ¡Qué de lágrimas, amarguras y fatigas ver sus necesidades y no poder remediarlas! ¿No es subidísimo privilegio y muy apreciable gracia tener quien cuide con seguridad de lo que uno ha menester y le provea de todo lo conveniente, así para las necesidades espirituales como para las corporales? Observa y verás: va un buen religioso de camino y en todas partes se le honra y respeta; se le recibe en las casas con agrado y cortesía; se le trata con caridad y todos desean servirle por mas que nunca le hayan visto ni tratado, bastándoles saber que es verdadero y no fingido religioso. ¿No ves en todo esto mi paternal providencia? ¿No te dice claramente que por una casa que dejó allá en el mundo, a veces de bien poco valor material, por mi amor, le proporciono otras muchas y sin duda mejores?⁸ ¿Qué príncipe ni magnate del mundo puede gloriarse de otro tan to? A éste, si viaja, se le trata bien, es verdad, pero es sólo por interés y codicia, no por amor a su persona; no así al religioso, que es sólo por caridad y sin esperar recompensa material. El buen religioso, cuando come, por más que sea sencilla la refección, la toma con seguridad y confianza porque sabe se la dan con caridad y se la preparan y sirven mis particulares y queridos amigos, y así todo lo que come y bebe lo recibe sin sospecha y le hace provecho⁹: mas no acontece otro tanto al magnate, aunque sea rey o emperador, que a pesar del lujo y esplendidez del servicio y manjares come siempre con recelo, temeroso de ser víctima del veneno o de la fingida amistad y cortesía de aquellos mismos que le sirven o con tanto aparato le obsequian.

Otra gracia y galardón concede en esta vida a los que profesan la pobreza religiosa, y es que si llegan a la vejez, cuando son mayores las necesidades, menores las fuerzas para el trabajo y pocos los atractivos que proporcionan los años, entonces cuido Yo de que sea mayor la honra y reverencia, inspirando a los otros solicitud y amor hacia esos venerables ancianos, atendiendo no a lo que pueden de presente, sino a los servicios pasados, mirándoles como amigos particulares y consagrados a Mí con voto solemne¹⁰; porque has de saber, hija, que Yo no miro tanto a la salud y fuerzas corporales cuanto a la buena voluntad y rectitud de intención, cuyas virtudes no envejecen con los años, y así no es la falta de salud o la vejez lo que me desagrada, sino la poca voluntad y culpable negligencia.

No pasa otro tanto con los pobres seglares. En el mundo muy de ordinario acontece que así que llega uno a la vejez y no puede ya servir de provecho material, se le arrincona, y si no se le echa de casa (como sucede con demasiada frecuencia), apenas se le hace caso, ni se tienen en cuenta sus servicios pasados.

Todavía quiero indicarte otro de los muchos favores que dispenseo a mis caros pobres religiosos, y consiste en que, a pesar de haberlo renunciado todo, en sus enfermedades y penas son ayudados y servidos con mayor diligencia, fidelidad y amor que no los mayores señores y ricos del siglo. Con el religioso se guardan y cumplen estrictamente las prescripciones del médico, se le asiste con esmero de día y de noche, y sin descuidar la salud del cuerpo, se le procura la del alma, que es la que más importa.

Además, al llegar sus últimos momentos, tiene el incomparable consuelo de verse rodeado de muchos hermanos que con gran caridad y devoción dirigen por él oraciones y súplicas al Señor y le exhortan a la santa confianza del premio eterno prometido a los amantes servidores. ¿Qué seglar puede asegurarse otro tanto? Ah, cuántos de éstos, considerados como grandes y felices en el mundo, han deseado tener a su lado un amigo y fiel consejero para aparejarse en sus últimos momentos y no les ha sido dado, teniendo que morir entre acerbos temores y terribles luchas!

DESIDERIA. Si tan benéfico y bondadoso os mostráis, Jesús mío, con vuestros pobres religiosos en esta vida, ¿qué corona no les daréis allá en el cielo?

MARÍA. Magnífica y brillantísima será en efecto, Desideria; mas no olvides que para merecer las mencionadas mercedes y gracias temporales y eternas no basta sólo haber hecho el santo voto de pobreza, sino que es necesario sea observado con amor y fidelidad asta e fin de la vida; mayormente que ya recordarás haberte dicho que, entre las virtudes morales y religiosas, la pobreza es la principal; y por eso esta obligación o voto se hace con toda solemnidad y en el acatamiento de Dios. Si después de estas tan formales promesas, por pereza, molicie u otras causas alguno no cumple su obligación, es desdeñar y rebelarse contra esa virtud, escogida antes por él mismo como madre y señora; es en cierto modo burlarse de Dios y por consiguiente es hacerse voluntariamente merecedor de que este Señor le abandone y castigue.

De aquí proviene que los religiosos fervorosos hagan en todo tiempo y ocasión tanta estima y aprecio de la santa pobreza considerándola como el muro más fuerte de la religión; y así es, y piensan con mucha cordura y sensatez; porque a la manera que una ciudad sin muros está expuesta a que con facilidad y a todas horas entren en ella los enemigos, pero si los tiene, con pocos que vigilen y los guarden es difícil una sorpresa¹¹, del mismo o parecido modo el religioso que está escudado tras la fuerte muralla de la santa pobreza difícilmente es sorprendido ni menos aprisionado de sus contrarios, que son las riquezas, las comodidades y deleites de la carne. Por eso la honran como madre, porque en verdad los engendra ella en la religión, los conserva y robustece; y si bien en algunas cosas no es tan blanda como suelen las madres carnales, no por eso ama menos a sus hijos, antes bien, como mas sabia y prudente, les quita con laudable oportunidad y santísimos fines aquellas cosas que pueden serles nocivas para su salud espiritual o impedirles los progresos en la perfección.

DESIDERIA. Persuádeme lo dicho que la santa pobreza, cuando es verdaderamente apreciada, causa plena satisfacción y gozo, pero que se convierte en carga pesada e insoportable para los religiosos que de ella no gustan, que es como sufrir un prolongado martirio sin mérito ni provecho alguno.

JOSÉ. Verdaderamente es locura extremada ver que un religioso, sobre todo después de sus votos, se avergüence de parecer pobre o quiera vivir como si no lo fuera en realidad. Estos tales confunden lastimosamente las cosas en daño propio. No gustan recordar que la santa pobreza no los escogió a ellos por hijos, sino que ellos escogieron con júbilo y solemnidad a la santa pobreza como madre, obligándose a vivir con ella hasta la muerte. De consiguiente, ya no está en su mano abandonarla, sino que es obligación sagrada amarla y practicarla, so pena de declararse desleal y perjuro. Aprecia, pues, muy mucho, Desideria, la santa pobreza, abrázate cariñosamente con ella y jamás la contristes ni empañes, que todo el daño resultaría contra ti misma. Ella no tiene necesidad de ti, pero tú tienes necesidad de ella, si quieres el mérito y galardón de buena religiosa. Como sabes, el reino de los cielos es patrimonio de los pobres de espíritu¹², y así el que no abraza la pobreza con afecto de hijo se cierra a sí mismo la puerta; y es claro que no quiere ser pobre ni se puede considerar como tal aquel que desea que nada le falte y que las cosas se hagan a su gusto y voluntad.

DESIDERIA. Como el hacer voto de pobreza es prometer solemnemente a la Divina Majestad no querer tener ni poseer cosa alguna como propia y vivir conforme a las leyes de la pobreza evangélica, claro es que no debe ser el súbdito consejero y juez de lo que a él le toca y conviene, ya que fácilmente pueden engañarle y seducirle su afición y apetitos sensuales, sino el Superior que está en lugar de Dios y por lo mismo recibe mayores luces para que acierte en dar y conceder a cada uno según sus necesidades, sin separarse del espíritu de pobreza. Así lo deduzco de vuestras enseñanzas, Padres míos, y así os prometo cumplirlo, dándome fuerzas, como espero.

VISITA VIGÉSIMA QUINTA

Defectos contra la santa pobreza

Jesús indica a Desideria las cosas que debe evitar con empeño para no faltar a la pobreza.- Deseos y temores de Desideria.- Anímalas María y amplía la misma materia.- Contestación.- Otras reflexiones de

José.- Resoluciones

DESIDERIA. Aquí me tenéis de nuevo, amados Padres. Confiada en vuestro cariño, me contentaría mucho sí hoy os dignaseis enseñarme lo que debe principalmente evitar un religioso para que se libre de faltar al voto de pobreza.

JESÚS. Muy bien, hija, y alabo tus santos deseos. Voy, pues, a satisfacer tu petición para que no sea fácil que te sorprendan los enemigos.

En primer lugar, recuerda con frecuencia que por mi amor has dejado todo cuanto tenías y podías esperar tener en el mundo¹. Si esto piensas, de seguro reconocerás ser gran injusticia y atrevida temeridad que más tarde, a pesar de la solemne promesa, se pretenda recobrar el dominio pasado y querer disponer otra vez de las cosas de que se desprendió, a su voluntad y capricho. ¿No te atemoriza el pecado de robo sacrílego? Seguramente que sí. Pues mira, Desideria, de ese pecado te harías rea si después del voto de santa pobreza pretendieras tener algo en particular o disponer de cosas, aunque pequeñas y de poco valor, según tu propio querer, o sea sin espontáneo consentimiento y aprobación del Superior. No conviene olvidar que las cosas de la religión son mías y dedicadas de un modo especial a mi servicio y que aquello que se entrega al súbdito para su uso, éste no es enteramente dueño de ello, sino usufructuario por cierto tiempo, cuyo usufructo le cedo por mano del Superior, pero que a veces se lo retiro por medio del mismo Superior si así entiendo convenir para mi mayor gloria y provecho espiritual del súbdito.

Es preciso, en segundo lugar, que vigiles y estés apercebida para que no te aficiones a cosa alguna, ni aun a las que se te den o permitan para el uso particular. Míralas siempre como prestadas y que te las pueden reclamar a la hora que menos pienses. Si te parece que te causaría alguna pena privarte de aquel objeto, es señal evidente de que allí hay afición que es preciso sacrificar, so pena de disgustarme².

En tercer lugar, debes aborrecer el defecto de que son víctimas algunos religiosos que, habiendo hecho voto de pobreza, no obstante no toleran que nada les falte y quieren gastar y ser servidos como ricos del mundo. Este proceder, que aun entre los menos fervorosos del siglo es calificado de vano y ridículo, es altamente reprehensible y me disgusta sobremedida en el religioso.

También es defecto contra la santa pobreza y no pequeña ilusión gloriarse de haberlo dejado todo por Dios y no poder sufrir por otra parte que falte nada de lo que se quiere y desea. Se comprende a primera vista que esto es engañarse a sí mismo, puesto que se pretende unir dos cosas enteramente opuestas entre sí. ¿No es por ventura ridículo decir que se ama y se profesa la pobreza y no querer experimentar ninguno de sus efectos? ¡Escogerla como mejor entre lo bueno y abandonarla en la práctica! ¿Qué clase de pobreza es esa que busca comodidades y procura escapar de toda incomodidad? Yo, Dios verdadero, y como tal dueño de todo lo creado, escogí, para vuestro ejemplo, ser pobre en efecto, y en su consecuencia experimenté los efectos de la pobreza, padeciendo hambre³, sed⁴, calor⁵, frío⁶, cansancio⁷, desnudez⁸ y otras muchas incomodidades y privaciones. Pues éste y no otro debe ser el modelo de los que profesan la pobreza religiosa. No deben entristecerse, ni quejarse, ni murmurar cuando no se les da lo que desean, o carecen de alguna cosa aunque necesaria; antes bien, volviendo a Mí sus miradas, conviene consolarse y mejor alegrarse de que se les ofrezca esa ocasión de poder dar un pequeño testimonio de amor y adhesión a su divino Maestro.

Asimismo comete gran falta y me ofende grandemente el religioso que, despreciando o con cierta grave injuria de la santa pobreza, se manifiesta disgustado y poco conforme con aquello que a todos pasa el Superior, o sea con lo que se sirve a la Comunidad, sino que, sin justa~causa, apetece más y mejor y no se contenta con lo necesario. Estos, semejantes a los enfermos delicados que tienen estragado el gusto, nada encuentran bueno ni apetitoso de lo que se sirve a sus hermanos, ni les aprovecha como les aprovechaba antes, porque, dando entrada a la gula y gusto sensual, les falta mi particular gracia y bendición, que es la que todo lo suaviza y dulcifica, y dicho está que el hombre no vive de solo pan material, sino de toda palabra que viene de Dios⁹.

También quebranta y profana la santa pobreza el religioso que recibe o acepta, para sí o para otros, regalos o presentes sin licencia del Superior que puede darla; y peca igualmente si los da a otras personas, cualesquiera que sean, sin dicha licencia, por más que la cosa en ambos casos sea de poco valor. La razón de esto estriba en que, una vez entregada la persona del religioso al Instituto y aceptada por éste, ya no se

pertenece a sí, sino que es todo de la religión: por consiguiente, todo, todo lo que el religioso da o recibe corresponde a la religión; y así al dar o recibir alguna cosa, aunque pequeña, sin la debida autorización, se hace verdadero propietario. Por desgracia son pocos los religiosos que se fijan lo conveniente sobre esta tan interesante y provechosa doctrina.

DESIDERIA. Ya veo, Jesús mío, que si practico lo que en elogio de la santa pobreza me habéis dicho y procuro evitar los defectos que pueden mancillarla, podré creer que tengo algún afecto a la virtud de Vos tan amada y honrada. Mas confieso, Amado mío, que temo mucho de mi flaqueza. ¡Son tantos los atractivos, tantos los escollos y la carne tan flaca...!

MARÍA. No hay para qué acobardarse ni decaer de ánimo, Desideria. Bien sabes que todo lo debes esperar y que todo lo puedes en Jesús, que te ayuda y fortalece¹⁰. La pobreza no es tan fea ni rigurosa como algunos la imaginan y quieren pintarla los inmortificados. La santa pobreza, que no debe confundirse con la miseria, según hacen algunos, sea por ignorancia, sea por atender a la propia comodidad, se contenta con poco, porque no son muchas las necesidades del hombre respecto al comer, beber y vestir, si se exceptúan las que él mismo voluntaria y caprichosamente se impone. De donde resulta que no pocas veces tenga más de imaginación y de apetito sensual que de real y verdadera la privación o carencia de ciertas cosas, que se dan en llamar rigor o extremos de pobreza. Y si no, véaslo, Desideria, ¿qué pierde el cuerpo en que el manjar, por ejemplo, se presente en plato de tierra común o de fina porcelana, que sepa a canela o a limón, que el mantel sea firmísimo o de grosera tela, el zapato apretado con botón de plata o de correa, el libro mas o menos bien encuadernado, el vestido más o menos fino y ajustado y así de otras muchas cosas que solo sirven para fomentar la vanidad y dar bríos a la sensualidad?

Por lo dicho desde luego se comprende que el objeto de la santa pobreza no es estropear y matar el cuerpo y sí solo quitarle y apartarle todo aquello que puede ser causa u ocasión de que se rebele contra el espíritu¹¹, incentivo de pasiones o motivos de distracción, a fin de que, quedando el hombre más libre y desembarazado, el cuerpo no sea estorbo para que el alma se desprenda mejor de las cosas de la tierra, se fije y ame más las del cielo y se una mas estrechamente a Dios, que es su último fin.

DESIDERIA. Con esto que acabáis de decirme, Madre mía, conozco una vez más el incomparable valor de la pobreza religiosa y que su observancia no es tan ardua y pesada como pintan los poco mortificados. ¡Lástima que algunos religiosos, obligados a su observancia en fuerza de los santos votos, ni la estimen en lo que vale, ni la honren como vosotros nos enseñáis de palabra y ejemplo! ¡Qué aberración privarse de mérito inmenso y eterna recompensa por un gustillo pasajero o por guardar una bagatela!

JOSÉ. Sé fiel en tus propósitos, Desideria; sigue nuestro ejemplo y nunca te avergüences de vestir y vivir como pobre religiosa. No se comprende que llegue uno a despreciar o avergonzarse de lo que debería constituir su mayor gloria y honra, ya que profesar pobreza no es otra cosa que seguir más de cerca a Jesús Nuestro Señor y eterno Remunerador¹². No da señales de amar como debe su profesión el que de ella se avergüenza.

DESIDERIA. Con vuestro auxilio, Padres míos, a todo trance y cueste lo que cueste, quiero trabajar para llegar a ser pobre de corazón. De hoy más me abrazo con la santa pobreza y procuraré guardarla como mi joya predilecta. A imitación vuestra, daré de mano a todo lo superfluo; me contentaré con lo que me diere o permitiere la obediencia y escogeré, en cuanto de mi elección dependa, lo más pobre y humilde de la casa. Aceptad y confirmad estos mis buenos propósitos a mayor honra vuestra y provecho de mi alma. Padres amados, vuestra soy, bendecidme: hasta otra visita.

VISITA VIGÉSIMA SEXTA

Castidad religiosa y su excelencia

Pregunta Desideria qué se entiende por castidad religiosa y cuál es su mérito.- Doctrina de Jesús sobre esta materia.- Contestación.- Palabras de María.- Entusiasmo de Desideria.- Avisos de José.-Súplica

DESIDERIA. De nuevo me tenéis a vuestra presencia, buenísimos Padres míos. Instruida algún tanto en lo tocante al voto de santa pobreza, me consolaría que me adoctrinaseis en lo relativo al voto de castidad y me explicarais sus excelencias.

JESÚS. Escucha atenta, hija mía, porque vas a oír cosas sublimes de esta preciosa virtud: para apreciar su valor, bastaría solo saber que Yo en el cielo voy siempre rodeado de un numeroso coro de vírgenes¹.

Como sabes, la virtud de la castidad consiste en la espontánea, pronta y formal renuncia que me hace el alma de todos sus apetitos sensuales y de toda exigencia ilícita de la carne. Mas para que tengas clara inteligencia de esta virtud, debo advertirte que la castidad tiene varios grados. El primero y de menos mérito es el de los casados, a quienes solo les prohíbe la castidad los deleites ilícitos²; el segundo es el de las viudas que se conservan en este su estado con toda fidelidad³; el tercero, el de los continentes, que no solo se abstienen de los deleites ilícitos de la carne, sino que se privan también de los lícitos que pudieran tener si abrazaran el estado de matrimonio⁴; el cuarto, más perfecto que los anteriores, es la continencia virginal, y consiste en el firme propósito no solo de abstenerse de toda clase de deleites carnales, sino de conservar también perpetuamente la pureza virginal⁵; por fin, el quinto grado, que es el más heroico y excelente de todos, pertenece a la continencia religiosa, que si bien en algunos no es virginal, no obstante es más perfecta que en los otros en virtud del voto que la acompaña, puesto que siendo éste un acto de subida caridad y suprema virtud moral, cual es la religión, por lo mismo da mayor perfección y superioridad a la continencia religiosa⁶.

Entendido esto, conviene también advertirte que los oficios de la castidad religiosa son tres. El primero consiste en guardar intacta la pureza del cuerpo. Para obtener ésta es menester mucha fortaleza y constancia, porque siendo la carne inclinada en extremo al torpe deleite, conviene, para tenerla enteramente sujeta, no compadecerse de ella, ni ceder en la mas mínima de sus exigencias, porque, por poco que se le suelte la rienda, como caballo sin freno, al instante se insubordina, da al traste con la virtud y se entra furiosa en el lodazal de los deleites sensuales⁷.

A esta fortaleza y constancia debe ir agregado el segundo oficio, que consiste en la perfecta guarda y represión de los sentidos, singularmente de la vista, ya que siendo éstos tan livianos y ofreciéndose ocasiones a cada paso, si no se anda diligente en mortificarlos, con facilidad se escapan adonde no conviene y le dan noticias que perjudican⁸.

Viene el tercero, que es la pureza del alma. Para conservar ésta limpia y agradable a mis ojos es menester guardar mucho recato y recogimiento interior. Conviene que el alma esté apercibida para conocer las cosas que quieren introducirse en ella, a fin de no permitir la entrada a nada de aquello que pueda afearla, ya que es mas fácil impedir que se introduzca el enemigo, que el echarlo una vez está dentro⁹.

Visto lo que es la castidad y lo que debe hacerse para conservarla, voy a decirte alguna de sus muchas prerrogativas y excelencias.

Has de saber que la castidad reinó en el mundo como señora mientras no se conoció el pecado. Efecto fue del pecado esa rebelión continua de la parte inferior contra la superior, que es un justo castigo por haberse ésta insubordinado contra su Creador y Señor¹⁰. De aquí parte esa lucha de los sentidos contra la razón; de aquí que, turbada la quietud del hombre, fuera preciso llamar a la virtud en su ayuda, a fin de sujetar la sensualidad a la razón, su natural señora, y guardar así las leyes que el Señor quiso imponer. Conservar este orden y reconocer este supremo señorío es el principal objeto de la castidad, la que entrando en la parte superior del alma, como director prudente, ordena a la inferior aquietarse sin permitirle traspasar los límites.

He aquí una de las grandes ventajas de la castidad, restituir en cierto modo al hombre a su primer estado de pureza y dominio de si mismo, hacerle vivir casi como ángel en la tierra y apartarle de la condición de bestia, que no otra cosa es entregarse contra la santa ley de Dios a los deleites sensuales, toda vez que apagan el gusto de las cosas de virtud, apartan de Dios, atan fuertemente a la tierra y convierten a tan noble criatura en vil esclavo de tiránicas pasiones¹¹, robándole además la herencia celestial.

No menor privilegio y excelencia de la castidad es honrar al alma que la posee y levantarla para que obre cosas grandes y acometa maravillosas empresas¹²; al contrario del vicio de la carne, que la ciega,

rebaja y envilece hasta lo increíble, como lo atestigua la cotidiana experiencia, pues se ve que el lujurioso y entregado a placeres sensuales no gusta ya de las cosas de virtud y le apesadumbran las obras generosas; se apoca, se endurece, olvida lo que de bueno sabía, pierde el entendimiento, y como embriagado solo piensa y busca complacerse en aquello que es más propio de bestias¹³ que de hombres racionales e hijos de Dios.

Ya ves, Desideria, si es preciosa la virtud de la castidad. Ella hermosa y embellece tanto a la criatura, que hace su alma agradabilísima a mis ojos; y aunque es verdad que todas las virtudes adornan el alma, dándole cada una un brillo particular, con todo la castidad, preservándola de toda mancha de carne, la hace más pura y bella¹⁴, adquiriendo más quilates en el religioso por razón del santo voto.

DESIDERIA. ¡Cuán bonísimo sois, dulce Jesús mio, y cuánto os agradezco lo mucho que acabáis de decirme sobre la preciosa virtud de la castidad! Comprendo que todos los grados de esta virtud os agradan y son excelentes, pero ninguno como el del estado religioso, brillando la castidad entre las otras virtudes, como el sol entre las estrellas. Gracias os doy porque os habéis dignado llamarme a este estado y distinguido con tanto honor.

MARÍA. Ya que por especial favor de Jesús has entendido ser la castidad virtud tan excelente y de El tan amada, procura con todo empeño guardarla como joya la más preciada, a fin de que puedas presentarte siempre en su presencia limpia de todo hálito carnal¹⁵. Mi Hijo es el verdadero amante de los corazones puros y castos, en los que se reclina¹⁶ y sesteá con gozo, y, aparte de las caricias y favores que espontáneamente les dispensa, nada sabe negarles de cuanto le piden¹⁷.

DESIDERIA. La luz que vuestras breves palabras, Madre mía, han derramado en mi interior, me hace ver muy claro y evidente que cuanto más un alma cultiva la pureza y santidad del corazón, es tanto más querida y regalada de Jesús y que así como la castidad resplandece acá en la tierra entre las otras virtudes, también tiene en el cielo particular brillo en la corona de los bienaventurados.

JOSÉ. Todo eso es mucha verdad, hija; y ya que acabas de escuchar de los mismos labios de Jesús y de María tantas bellezas de la virtud de la castidad, en particular de la religiosa, procura que ella sea tu principal adorno y para ello vive siempre muy avisada y evita con toda diligencia no solamente lo que expone a mancharía, sino también aquello que pudiera ligeramente empañaría. Es la castidad virtud tan sumamente delicada, que la desluce y afea cualquier pensamiento .0 deseo carnal entretenido o consentido, cualquier palabra o acción menos pura y santa. ¡Desgraciadas las almas que no viven castas, según lo exige su estado, pero más infeliz y desdichado el religioso que no guarda, ama y honra esta virtud cual ella se merece y él viene obligado!

No olvides, Desideria, que la impureza es vicio insaciable¹⁸, apagada una vez, luego vuelve a encenderse, cobra nuevos bríos y afemina el ánimo mas varonil¹⁹: ofusca e impide el recto uso de la razón, haciendo obrar como verdadero dementado²⁰. Perturba los buenos consejos; inutiliza los más levantados y generosos espíritus; arrastra tras sí los mejores pensamientos y convierte a sus infelices esclavos en iracundos y temerarios, sujetos a todo género de tentaciones²¹. Este vicio es el lazo más sutil del alma; muerte suave²²; miel venenosa; mal espontáneo y universal calamidad, porque él afea la niñez, pierde a la juventud y no perdona a la vejez²³.

Pudiera decirte aún mucho más, hija, sobre este feo, asqueroso y destructor vicio de la impureza, enemigo natural de la verdadera y sincera amistad, perturbador doméstico²⁴ y despreciador de la oración y santo retiro; en fin, enemigo irreconciliable de toda virtud sólida; pero creo ser bastante lo que has oído para que detestes de corazón tan humillante y tirano vicio y te enamores cada día con mayor fervor de la virtud de la pureza, teniéndote por muy dichosa de haberla profesado con el santo voto de religión.

DESIDERIA. Sí, Padre mio, estoy tan prendada de esta angelical virtud y tan contenta de haberla abrazado con voto, que no lo trocara por cuanto el mundo pudiera ofrecerme, y estoy resuelta a dar gustosa mi propia vida por conservarme limpia y casta hasta la muerte. Estos son mis deseos y firmes propósitos; y así os suplico, Padre mío protector especial de la santa pureza, me preservéis de un vicio que tanto afea el alma y que de tal manera os desagrade. Libradme en toda ocasión de los peligros y lazos que con astucia y satánica malicia nos prepara de continuo el infernal enemigo: dadme fortaleza para resistirla y alcanzadme el perdón de todos mis pecados. Iluminad mi entendimiento y moved mi corazón a que os ame y quiera, os sirva y en todo complazca. Amén. Adiós, Padres míos; bendecidme.

VISITA VIGÉSIMA SÉPTIMA

El religioso debe ser y parecer casto

Manifiesta Desideria vivos deseos de ser más instruida en lo relativo a la virtud de la castidad.-Dícele Jesús cuánto importa al religioso ser puro y casto.- Temores de Desideria.- Consoladoras palabras de María.- Reanimación.- Exhortación de José.- Agradecimiento

DESIDERIA. De nuevo aquí, amados míos. No he olvidado, antes bien he reflexionado bastante sobre las bellezas de la castidad que ayer os dignasteis comunicarme, y quedé de ella tan enamorada, que me atrevo a suplicaros me deis más noticias y detalles de esta hermosísima virtud.

JESÚS. Como sabes acostumbro hacerlo, voy a cumplimentar tu santa curiosidad y laudable deseo. Lo que vas a oír te hará entender cuánto importa que el religioso se conserve siempre puro y casto. Supongo recuerdas haberte dicho ser la castidad el más precioso ornamento del alma y por consiguiente que Yo la honro y galardono de una manera singular¹. Para persuadirte de lo mucho que la estimo, fija tu atención en Mí y verás que, si bien he permitido a mis enemigos que me insultasen y calumniasen en muchísimas cosas, con todo no les he consentido la osadía de tildarme de la más pequeña falta contra la castidad. Basta esto para que se conozca cuánto gusto y me agrado de ella, y por tanto es muy conforme que mis amados siervos los religiosos sean en extremo amantes y guardadores de esta virtud y anden siempre acompañados de la honestidad y pureza, ya que eso pide su estado y a ello les obliga el santo voto que me han hecho. ¿No sería, pues, extraño, hija, que habiendo Yo enseñado y abrazado con tanta predilección esta virtud, preciosísima perla de la vida espiritual², no la abrazaran también y profesaran mis amados religiosos que han hecho formal promesa de seguirme e imitarme?

Además, el religioso vuelve la espalda y abandona el mundo por amor de Mi y es como decir: me separo de ti para vivir como los siervos de Cristo, no como los esclavos del siglo³. El mundo hace poco o ningún caso de las cosas espirituales⁴; por el contrario, su anhelo es buscar y entregarse a distracciones, pasatiempos y deleites sensuales: pues por esa misma razón el que es de veras religioso y de ello se precia como es debido es necesario que su vida y modo de obrar sean enteramente opuestos a los de los mundanos; y así debe mortificar de continuo la concupiscencia⁵, dar de mano a todos los gustos sensuales y despreciar con inquebrantable firmeza aquello que los mundanos con imperdonable ceguera e inexcusable desorden aman y buscan con afán. De donde resulta que las palabras del religioso deben ser siempre castas⁶, sus acciones modestas⁷ y su conversación de cosas santas⁸.

El religioso debe estar firmemente persuadido de que así como no hay virtud que ayude tanto a vivir a manera de ángel en la tierra como la virtud de la castidad⁹, tampoco hay cosa que más impida las obras buenas y apague el gusto para los ejercicios espirituales como la incontinencia. Esta hace al religioso de peor condición y le rebaja mucho más que a los seglares; porque como la profesión le ennoblece y levanta sobre los demás, su esclavitud por la incontinencia le humilla y envilece también entre todos. Cierto es que cualquier clase de vicio afea grandemente al religioso y es causa de mayor escándalo, ¡¡¡pero la incontinencia le afea tanto!!! ¡Desdichado el religioso que es presa de tan asqueroso vicio! Este le ciega en tanta manera, que ya no lo deja ver su dignidad, ni la santidad de su profesión, ni la violación criminal de sus promesas, llegando al extremo de perder el pudor y la fe o de vivir como si no la tuviera¹⁰, ya que no se concibe que, creyéndome presente en todas partes y juez rectísimo de todas las acciones, se atrevan a ofenderme tan suciamente, cuando entre los mismos incrédulos y salvajes, faltos de esta fe, ningún incontinente es tan grosero y descarado que se permita cometer sus lascivias delante de otros, sino que el mismo rubor natural les hace buscar lugares secretos y escondidos. Mas el cristiano, y particularmente el religioso, ¿qué pruebas dan cada uno por su parte de la fe y fidelidad que me han jurado?

De lo dicho debes entender, hija mía, cuánto importa que el religioso refrene y tenga muy sujeta la sensualidad para que no venga a ser su esclavo y a parar a una suma degradación y miseria que, comenzando en esta vida, acaba por una condenación eterna¹¹.

DESIDERIA. Admirada y persuadida, Jesús mío, me dejan vuestras palabras de candor y pureza

eterna, mas ¿cómo podré yo, pobre y flaca criatura, defender y conservar intacta virtud tan rica y delicada, siento tantos, tan astutos, poderosos y atrevidos los enemigos que dentro y fuera me acechan y combaten sin cesar? Vos sabéis, Señor, cuán insolente es la carne, cuántos asaltos da a la pureza noche y día... A la verdad me causa esto mucho temor, aunque no ignoráis, Bien mío, que mis deseos son de morir mil veces antes que dejar de seros fiel y agradecida.

MARÍA. Adelante y no temas, hija mía, por más que sean muy fundadas tus previsiones, atendida la humana flaqueza. No debes olvidar que cuanto es mayor la osadía y poder de los enemigos que combaten, tanto más gloriosa es la victoria y mayor el premio del que vence¹².

Bien sabes, hija, que mi Jesús ha vencido a Satanás y con él el imperio de las pasiones¹³: su bondad y su misericordia es tanta, que jamás permite que la tentación sea mayor de lo que el alma puede resistir¹⁴; siendo además muy cierto que no escasea sus gracias y auxilios al que de veras se los pide, y esto aunque sean pecadores¹⁵. Pues si esto hace con estos infelices, ¿qué te parece no hará con aquellas almas por Él escogidas, y que éstas a su vez se le han consagrado del todo y con voto perpetuo? No, hija, esos temores, si bien deben hacerte precavida, no deben en manera alguna desanimarte: sé fiel, haz tu camino y no dormites en el bien que iniciaste, segura de que no te faltará nuestra ayuda y particular protección. Si por tu parte haces lo que sabes y puedes por conservar la castidad, no dudes que siempre tendrás a tus Padres de parte tuya, ya para refrenar las rebeldías de la carne, ya para burlar las insolencias del enemigo, empeñado en tu perdición.

DESIDERIA. Segurísima estoy, Madre mía, de lo que acabáis de decirme y no desconfío de que Vosotros, tan amantes de la santa pureza, no me abandonaréis en mis combates, ni permitiréis que triunfen de mí los enemigos.

JOSÉ. Persuadida ya de la estima y aprecio que se merece la virtud de la castidad, solo te añadiré, querida Desideria, que la tomes por tu amiga e inseparable compañera. Encomiéndale la custodia de tu corazón¹⁶, y veras con satisfacción que te lo guarda limpio, puesto que lo tendrá prevenido contra los ardides y asaltos de la concupiscencia.

DESIDERIA. Agradezco infinito, Padre mío, vuestras consoladoras palabras. Prometo esforzarme cuanto pueda a fin de poner en práctica todo lo que acabáis de indicarme; y con vuestra ayuda, que no ha de faltarme, confío salir victoriosa de los insultos del demonio y de las rebeliones de la carne. Es toda vuestra...

VISITA VIGÉSIMA OCTAVA

Utilidades y ventajas de la castidad

Insiste Desideria y suplica se le comuniquen mayores luces sobre la virtud de la castidad.- Dícele Jesús lo mucho que aprovecha esta angélica virtud.- Agradecimiento de Desideria.- Algunas palabras de María.- Respuesta de Desideria.- Una reflexión de José.- Admiración y súplica de Desideria.

DESIDERIA. Con particular contentamiento me acerco hoy a vuestra presencia, amados Padres míos. Persuadida de lo mucho que importa al religioso el tener refrenada y sujeta la sensualidad, desearía me dispensaseis la gracia de hacerme conocer algunas de las ventajas y beneficios que aun en esta vida reporta esta virtud de la castidad al que de veras la cultiva.

JESÚS. Sí, hija, quiero decirte algunas, para que en su vista te aficiones más y más a tan santa y provechosa virtud. No quiero repetirte hoy las muchas cosas buenas que de ella te llevo dichas en otras visitas.

Es por demás recordarte que no a todos se concede la gracia de conocer el singular mérito y toda la excelencia de la castidad religiosa¹, así como los singulares beneficios que reporta al alma y al cuerpo, por cuya razón no se ha hecho de ella un formal precepto, sino un consejo, para que así fuese más grande la recompensa y mayor la honra de los que la profesan.

La castidad religiosa, o sea el voto que de guardarla perpetuamente se hace a Dios, viene a ser como una espada bien templada y afilada que corta de un solo golpe las ocasiones de la concupiscencia y

los actos de los deleites carnales².

He dicho que no todos entienden el valor y precio de esta hermosísima virtud³, y por eso los más no la estiman en lo que vale. ¡Lamentable ceguera de los hijos de Adán! A pesar de la cotidiana experiencia, son poquísimos los que se paran en considerar el casi continuo malestar que les acompaña a causa de las muchas molestias e insultos de la carne, y que de ellas se libra el religioso casto⁴.

La carne, a manera de un atrevido y desvergonzado, por poco que se la acaricie o permita la menor indulgencia, se toma tanta libertad y adquiere tanto brío, que no respeta estados ni condiciones, sabios ni santos, y como enemigo doméstico se insolenta, atisbando todas las ocasiones para herir más traidoramente y matar sin la menor compasión⁵. Pues mira, hija, de estas molestias e inquietudes queda muchísimo más aligerado y libre el religioso por razón y virtud del santo voto; porque fijando su mirada con gran paz y contentamiento interior en las cosas del cielo, sujeta la parte inferior a la superior y ésta a su Dios, a quien únicamente teme y desea agradar⁶. ¡Cuan bien lo sabe todo esto por experiencia el buen religioso, quien dando de mano a todo aquello que es ajeno a su estado se concreta a cumplir lo mejor que sabe y puede las reglas que espontáneamente abrazó!

También está libre el religioso por el voto de castidad de otros muchos cuidados y miserias a que quedan sujetos voluntariamente los pobres seglares, no pocas veces con harto dolor y daño de sí mismos. Ese afán de cómo podrá la esposa complacer al esposo o viceversa; el cuidado de la familia; esa inquietud de cómo adquirir y conservar las buenas relaciones con los parientes, amigos y otras personas que se creen provechosas o necesarias para ciertos fines; ese a veces loco empeño en conservar su posición y bien parecer ante el público, con otro sinnúmero de pesadumbres, atenciones y sufrimientos que se asemejan a un prolongado martirio, nada de eso apena al alma casta, bastándole para disfrutar de gran paz y tranquilidad una sola cosa, procurar agradar a Dios⁷.

Añádase a lo dicho otra no pequeña miseria a que forzosamente queda sujeto el seglar casado⁸ y que le reduce a una continua servidumbre, puesto que tal es y nada agradable el no ser dueño de su cuerpo, cuya servidumbre, si bien es tolerable entre esposos virtuosos, pacíficos y razonables, ¿qué tormento no es si el hombre se encuentra con una esposa indolente, vanidosa, altanera o derrochadora; o por el contrario si esta cae en manos de un marido de mala índole, iracundo, jugador o dominado por otros vicios? Pues a todas esas y otras muchas servidumbres y dolorosas contingencias se expone un casado y queda libre el buen religioso. En vista de ello, ¿te parecerán pocas y de baja estima las ventajas y privilegios de la castidad?

DESIDERIA. No, Jesús mío, no tengo en poco aprecio tantas y tan señaladas ventajas, porque, a decir verdad, cuanto más las voy conociendo y fijo en ellas mi atención, tanto mayor es el entusiasmo y cariño que me inspira esa virtud angelical que, aun en esta vida de lágrimas y de continuas luchas, preserva al cuerpo de muchos males y molestias.

MARÍA. Aunque es más que suficiente lo que has oído hasta aquí para aficionarte y estimar como se merecen las muchísimas ventajas de la castidad religiosa, quiero, no obstante, llamar tu atención sobre otro beneficio no pequeño que el santo voto reporta al buen religioso. Sabido tienes, hija, que la carne es la que continua y principalmente conspira contra el alma⁹ y revoluciona las pasiones y apetitos sensuales contra la razón, y de ahí la necesidad de sujetarla fuertemente para no ser víctima de su furor y rebeldía. Nada más a propósito para conseguir esta sujeción y rendimiento que el voto de castidad perpetua, porque guardando ésta, el corazón, que es el castillo y fortaleza del religioso, así que percibe los alborotos y rebeliones de aquélla, sin permitirle alterar la paz interior, los sofoca desde luego, y de ese modo el alma queda mas expedita para rechazar y vencer los enemigos que de fuera intentan combatirla¹⁰.

DESIDERIA. Comprendo bien, Madre mía, que una vez rendido y aprisionado el principal y más fiero enemigo doméstico, fácil es dispersar y aniquilar a los de fuera, por aquello de que, capturado el general, ejército descompuesto.

JOSÉ. Por las muchas bellezas y privilegios que has oído de la castidad religiosa, habrás comprendido, Desideria, que no es suficiente al religioso hacer simplemente voto de ella; que para conservarla en todo su brillo y esplendor es preciso además vigilar¹¹, hacerse violencia¹² y soportar algún trabajo. Pero, bien mirado, ¿qué comparación hay entre las privaciones y violencias que debe hacerse el religioso (con gran mérito de gloria eterna) para conservarse puro y casto, con los sinsabores y sufrimientos (casi siempre sin

mérito espiritual) que proporcionan al pobre casado unas veces las rarezas, sospechas, etc., de la mujer, o a la mujer las del marido; la crianza de los hijos y más tarde su acomodamiento; la contrariedad en los negocios, con otra multitud de inquietudes y disgustos que le amargan y le hacen pesada la misma vida?

DESIDERIA. Ciertamente son muchas e inapreciables las ventajas que recompensan aun en esta vida la castidad religiosa, y sin embargo ¡cuán pocos la abrazan ...! ¡Parece increíble que sea tan reducido el número de aquellos que con amor e inquebrantable firmeza quieran profesarla! Por mi parte, no olvidaré lo que me ha dicho mi amado Jesús, de que no a todos es concedido conocer el mérito y apreciar debidamente su valor. ¡Feliz el alma que, invitada a tan privilegiado estado por el particular movimiento de la gracia, no resiste, antes bien escucha con docilidad la amorosa voz de su Dios y Señor!¹³ De mí ya lo sabéis, Padres míos, quiero ser feliz; y aunque pobre y nada fervorosa, me atrevo a suplicaros os dignéis llamar a muchas almas para que vivan en castidad y os sirvan en este privilegiado estado de pureza, concediendo a todos fuerzas abundantes para combatir gloriosamente las rebeldías de la carne y las emboscadas del enemigo.

VISITA VIGÉSIMA NONA

Lo que debe evitar el religioso para ser casto

Vuelta Desideria a la casa de la Sagrada Familia, ruega a Jesús prosiga diciéndole más cosas sobre la castidad.- Habla Jesús de la necesidad que de ella tiene el religioso y de las ocasiones en que la pone en peli-gro.- Una duda de Desideria.- María aclara esta duda.- Agradecimiento de Desideria.-Consejos de José.- Fruto obtenido

DESIDERIA. Largo rato me parece siempre el tiempo que estoy ausente de vuestra presencia, pues nunca soy, Padres míos, más alegre y feliz que cuando estoy a vuestro lado. Ya que en nuestra visita pasada se trató de las muchas e inapreciables ventajas que acompañan al religioso que se conserva casto, me consolaría si os dignaseis hablarme hoy de su necesidad y lo que se debe principalmente evitar para no mancillar tan preciosa joya.

JESÚS. Sí, Desideria, gustoso voy a llenar tus deseos porque nunca será excesivo cuanto se diga en loor de una virtud tan sublime, que tanto me complace y que tanto hermosea al que de veras la posee.

Con respecto a la necesidad que tiene el religioso de esta virtud, basta indicarte, hija, que los mismos seglares, que de ordinario entienden poco en las cosas de perfección y elevado espíritu, miran esta virtud como primera y principal que debe adornarle, como la más característica de su estado. Se tolera comúnmente y no se echa a tan mala parte ver un religioso un tanto agreste en sus maneras, que le ha escapado una impaciencia u otros defectos parecidos, y aunque todas esas cosas no les alaban ni les edifican, sin embargo no les hace perder el buen concepto que tienen de su estado e instituto; pero un defecto contra la modestia y honestidad, tan pronto lo ven o simplemente lo sospechan, desde luego les causa el peor efecto, les sirve de grave escándalo y no pocas veces es origen de su ruina. Los defectos en otras virtudes suelen muchos excusarlos atribuyéndolos a viveza de genio, una impaciencia, por ejemplo, una aspereza en el trato, y así de otras imperfecciones; mas en lo que se roza con la honestidad, nadie le perdona, y todos unánimes le censuran y condenan.

Colige, pues, de lo dicho que silos seglares a quienes no se han concedido tantas luces espirituales para conocer el mérito de la castidad y el inapreciable valor del voto religioso miran la honestidad como el principal distintivo de los que viven en el claustro de aquellos que se quedan en el siglo y les sirve como piedra de toque para conocer si su espíritu es o no conforme a lo que su hábito representa; colige, repito, cuán estrecha es la obligación de que el religioso se manifieste siempre y en todas partes sumamente honesto y recatado en las miradas, en las palabras, en fin, en todas y cada una de sus acciones¹.

Tocante a las ocasiones que se deben cortar para que no sufra menoscabo la honestidad, es preciso recordar con frecuencia que son muchos los ladrones y enemigos que de continuo están en acecho

con indecible rabia e insistencia para mancillaría, particularmente en el religioso. Pues ¿qué vigilancia, qué diligencia será sobrada para defenderla y conservarla en su integridad? El religioso, por más que se haya ligado con el santo voto y en su virtud este favorecido de mayores gracias, jamás debe fiarse de la carne, su enemigo doméstico², porque es tan insolente y atrevida, que no respeta santo ni sagrado, forceja de continuo para romper el freno, procurando además arrastrar las otras pasiones al objeto de que la secunden en sus insaciabiles concupiscencias³. Si alguna vez aparenta estar dormida o como muerta, es con el perverso fin de dar el golpe a los incautos con mayores probabilidades de triunfo.

También es necesario no perder de vista a los enemigos de fuera, mancomunados siempre con los de dentro, para que, siendo aquéllos menos, sea más débil la sedición. ¿Y qué otra cosa es sino llamar a los enemigos externos, fraternizar con ellos y prestarles armas y municiones ese empeño en contentar la carne, esa falta de sobriedad en el comer y en el beber, el no contentarse con la ración o pitanza que pasa la Comunidad, esquivar lo posible la mortificación⁴ y el trabajo⁵, concederse más descanso de lo que pide la necesidad⁶, y así de otras cosas que seria largo enumerar? La carne, como enemigo salvaje, no atiende a razones, ni es posible reducirla a la obediencia sino con la severidad y el castigo. De ahí la necesidad de ponerla a prudente pienso y advertirla además de cuando en cuando con algunos ayunos, vigiliias y otras penitencias.

Asimismo conviene considerar como enemigos del espíritu y fautores de las rebeldías de la carne los sentidos exteriores, a fin de no permitirles jamás imprudentes libertades. Los sentidos son como porteros del corazón; puestos a la manera que los traidores, aprovechan la primera ocasión de descuido para dejar entrar allí lo que no conviene, siempre con la pérfida intención de dar muerte al alma⁷.

DESIDERIA. Aunque no fuera tanto el valor y mérito de la castidad religiosa, bastaría para hacer ver la necesidad que de ella tiene el que la ha profesado, el deber de aparecer tal a la vista de los demás y de evitar con toda diligencia las ocasiones y peligros de mancillarla, el solo alto concepto y estima en que la colocan y veneran los seglares. De todo eso estoy persuadida, Jesús mío, pero como es tanta mi rudeza, permitidme os diga que no he llegado a comprender eso de ser indispensable mortificar y castigar la carne hasta reducirla a servidumbre⁸, al objeto de que no se rebele ni tire coces contra el espíritu, cuando por otra parte es de precepto natural sustentaría, cuidaría y conservarla.

MARÍA. Me place, hija, que expongas con candorosa sencillez esas tus dudas, ya que eso mismo es prueba de que te fijas en nuestras enseñanzas. Pero aquí de la discreción. ¿Te has fijado en que cuando Jesús ha dicho que debía mortificarse la carne para que nunca venga a cobrar demasiadas fuerzas e insolentarse contra el espíritu ha indicado también que era preciso guardar en eso una santa moderación y delicada prudencia? En estas últimas palabras, pues, tienes la entera solución de tu duda. No es que se prohíba el comer, beber, dormir, ni aun el honesto recreo, no; lo que es digno de reprehensión, lo que ensorberce la carne, lo que le da bríos para la rebelión, es la demasía, el desordenado apetito, la espléndidez, la delicadeza de manjares, en una palabra, no saber o no querer refrenar la insaciable gula; y si es religioso, el no contentarse por su parte en todo lo que se sirve a la Comunidad, el darse a comodidades y pasatiempos, aquel mirar con punible indiferencia a sus hermanos sudar y trabajar para ganar el sustento y no tener caridad para acudir en su ayuda, dejándose dominar de la pereza, etcétera.

El cuerpo para ser suficientemente sustentado necesita de pocas y muy sencillas cosas, según puedes observarlo en Nosotros, no obstante y ser dueños y señores de todo lo creado. Los apetitos hacen como los niños mal criados, que cuanto más se les complace, más exigen y menos se contentan, imaginando siempre nuevos caprichos. Por otra parte, hay que recordar lo que ha dicho el Señor de que el hombre no vive de solo pan material, sino también de la palabra de Dios⁹. Él es quien da virtud y comunica sabor a los alimentos.

DESIDERIA. Efectivamente, Madre mía, la experiencia me ha comprobado la verdad de vuestras palabras. Cuantas veces he sido parca y frugal en mis refecciones, sin el menor menoscabo de salud, me he sentido ágil para todo y mejor dispuesta para los ejercicios de virtud; cuando por el contrario, si alguna vez, menos cauta o llevada de mi apetito, me he permitido alguna libertad o exceso bajo cualquier pretexto que a la guía nunca le faltan, en el mismo pecado lleva ya el cuerpo su parte de penitencia, resintiéndose desde luego la salud, y el espíritu también, experimentando pesadez para las obras buenas y menos vigor para combatir a los enemigos del alma.

JOSÉ. Muy bien dices y estás efectivamente en lo cierto, Desideria. Ojalá no olvidasen los hombres con tanta frecuencia que la criatura racional no ha sido puesta por Dios en el mundo para comer y beber, sino que solo debe comer y beber para vivir en este valle de lágrimas todo el tiempo que sea de su divino beneplácito, reverenciando y cumpliendo lo mejor posible su santísima ley, a cuyo fin le ha dotado del preciosísimo don de la razón y de la libertad, que le colocan sobre todas las criaturas visibles y le hacen poco menos noble que los mismos ángeles del cielo¹⁰. Por consiguiente, hija, ya que demuestras querer ser fiel y aprovechar, resuelve eficazmente hacer guerra continua a la carne y tener a raya los sentidos exteriores, pues de lo contrario no te conservarías pura y casta. Huye como de apestado de todo aquel que veas poco mirado y escrupuloso en materia de honestidad, contando entre ellos a los que gustan de chanzas ligeras, de lecturas frívolas o de curiosidades reñidas con el pudor y santidad.

DESIDERIA. Persuadida estoy, Padre mío, de que todo eso es menester tener presente y reducir a la práctica para no ser víctima de alguna ligereza o imprudencia que pueda dar ocasión a fatales consecuencias, dando al traste con lo más preciado del alma y que tanto agrada a Jesús. Rogad por mi, Padre mío, y alcanzadme del Señor una tal cordura y vigilancia que no me permita exceso alguno ni en el tratamiento de mi cuerpo, ni en el uso de mis sentidos. Así sea.

VISITA TRIGÉSIMA

Del voto de obediencia

Pide Desideria ser instruida en lo referente al voto de obediencia.- Explícale Jesús en qué consiste y le dice cuán agradable le es este voto.- Palabras de Desideria.- Elogios de María en loor de la obediencia.- Contestación de Desideria.- Consejos de José.- Resolución

DESIDERIA. Mucha es hoy mi alegría, Padres míos: vengo animada, porque siento en mi un fervor inusitado y reconozco ser efecto de vuestra bondad.

En mi deseo de ser instruida en las cosas de vuestro servicio y perfección de mi alma, e instruida ya bastante en lo que se refiere a los santos votos de pobreza y castidad, me consolaría, Jesús mio, que me hablaseis de la obediencia religiosa, explicándome en qué consiste su buen cumplimiento, cuánto os agrada esta virtud, etc.

JESÚS. Si, hija mía, según acostumbro, voy a satisfacer tus aspiraciones. Fíjate mucho en lo que te diré, porque has de entender que la obediencia es la virtud que da principalmente la vida y mérito al religioso, la que le guía con seguridad al puerto de salvación y la que demuestra de un modo inequívoco sus grados de perfección y observancia singular.

Daré comienzo preguntado: ¿Qué viene a ser la obediencia religiosa? No es otra cosa que una entera, suave y amorosa sumisión que el alma presta a Dios¹, y por su amor y respeto se sujeta de toda voluntad a sus legítimos representantes, que los constituye guías inmediatos para no errar el camino, a fin de llegar más presto y seguramente a la perfección².

Si no existiera el pecado, el hombre no tendría necesidad de semejantes guías; pero debilitada la razón humana a consecuencia de aquella primera fatal caída y expuesta en consecuencia a errar y separarse del verdadero sendero de la verdad y del deber, ordenó mi Providencia este remedio seguro contra los desvaríos de la voluntad propia, que fue el origen de tanto mal, dándole un representante de mi autoridad, quien inspirado y dirigido al efecto por el espíritu divino señalase y advirtiese a los subordinados lo justo y conveniente para cumplir sus deberes y agradarme en todas sus cosas.

Al hablarte de los votos religiosos en general, recordarás haberte indicado la necesidad de tener sujeta la propia voluntad, que puede llamarse la loca de casa, y de tener un guía fiel y seguro para huir el peligro de extraviarse. Ahora te añado que la obediencia debe ser para el verdadero religioso lo que las muletas para el cojo, porque si alguno quiere venir en pos de Mí es preciso que antes se niegue a sí mismo y tome la cruz que le señale³; ¿cómo podría seguirme más de cerca el religioso, conforme lo pide su estado, sin esta total renuncia de su voluntad? Precisamente en esta total renuncia de la propia voluntad estriba el principal y mayor mérito de la vida religiosa.

Esta entera y espontánea donación de Dios la hace el religioso por medio del voto de obediencia, que es como sepultar para siempre su propio querer⁴, de cuya noble abnegación y desprendimiento le resulta un bien inmenso, porque se quita uno de los mayores impedimentos que se le oponen y obstruyen el paso para hacer fáciles y sólidos adelantos en la virtud y perfección. ¡Si los hombres entendieran cuánto más se asegura por este medio la eterna salvación...!

Como la voluntad del hombre, enferma desde que contrajo el pecado de origen, es tan ligera, inconstante y caprichosa, necesita constantemente de un freno para que no se extralimite. Por eso el que desea de veras no ser arrastrado de sus fogosidades y evitar los males que de ahí se siguen, discretamente escoge, movido por mi gracia, el medio más adecuado y seguro, cual es sujetarse incondicionalmente a un maestro y director que, según queda dicho, le haga en representación mía este buen servicio. Como se ve desde luego, esto equivale a dejarse enteramente a mi voluntad⁵; y en este caso, ¿no es muy natural y justo que tenga particular mira y cuidado con esa alma que, desconfiando de sí, coloca en Mí toda su confianza? Yo, que sin cansancio gobierno todo lo que tiene ser y mi providencia se extiende hasta cuidar del más pequeño de los pajarillos, ¿quieres tú que deje de atender con cariño y particular solicitud a la que escogí entre millares para colocarla en mi casa y allí me sirviese con mayor amor y fidelidad⁶, y permita que la conduzcan a error mis lugartenientes, con tal que no haya malicia de parte suya, ni de que éstos le adviertan con caridad lo que debe hacer o dejar de hacer para su bien y provecho espiritual y corporal, a fin de estar segura de que obra en todo según es mi voluntad, que es en lo que consiste la perfección? No, hija; no es eso posible en Mí, que soy bondad infinita y generoso por excelencia: jamás descuido al que por mi amor y servicio se sujeta al suave yugo de la obediencia.

Lo que importa es la fidelidad y constancia en la empresa, porque son no pocos desgraciadamente los religiosos que a los principios de su vocación y morada del claustro me siguen alegres y fervorosos por este seguro camino de la santa obediencia, mas a no tardar, haciendo del antiguo y dándose por cansados, se toman ciertas libertades, pareciéndoles que pueden andar por si solos, que pueden prescindir del superior y hasta enmendar sus juicios y ordenaciones. ¡Deplorable ilusión! ¡Ay de tales religiosos! Semejante proceder es altamente reprehensible y no querer entender que no doy mi galardón a los que comienzan, sino a los que perseveran fieles en lo que una vez me prometieron⁷.

Despréndese de lo dicho que siendo el voto de obediencia religiosa un sacrificio que el hombre hace a su Dios de aquella facultad que más estima, y por consiguiente de la que con mayor dificultad se desprende, se considere como el acto más heroico que pueda ofrecerle, y de ahí el que ese rendimiento y propia humillación sea tan agradable a la Divina Majestad⁸.

Si la obediencia y sumisión de los seculares a mis preceptos en reconocimiento de que soy su Creador, Redentor y eterno Remunerador tanto la estimo y me contenta, ¿cuánto más no me satisfará la espontánea y candorosa obediencia de un religioso que por asegurarse más y mas en mi amor se ata con fuerte lazo a mi voluntad para en nada hacer la suya, y venciendo la natural propensión de querer hacer en todo el propio parecer me lo sacrifica alegremente, obligándose además no solo a cumplir mis mandamientos, sino a seguir también mis consejos y de consiguiente dispuesto a gloriarse de renunciar a todo aquello que el mundo tiene por grande, abrazar lo humilde, rendirse a otros por abnegación, quizá de menores dotes naturales y tal vez a aquellos mismos de quienes en el siglo fueron sus amos y maestros?

DESIDERIA. A tenor de vuestra doctrina, Jesús mío, para que un religioso pueda llamarse verdadero obediente es preciso que muera del todo para si y viva solo para Vos⁹, o, lo que es lo mismo, debe de tal modo dejarse en manos de sus legítimos superiores, que cual dócil niño sigue y se deja gobernar por su cariñosa y previsora madre, sin el menor recelo ni desconfianza la cree con infantil candor, sin que nunca la contradiga, ni entretenga siquiera contra ella la menor sospecha, asimismo debe portarse el religioso con su superior que ocupa vuestro lugar.

MARÍA. Así es, hija mía, y has interpretado perfectamente las palabras de Jesús. El ejemplo del infante que tú misma acabas de aducir es la imagen de lo que debe ser un alma religiosa que aspire de veras a la dignidad de esposa de mi Hijo santísimo, el cual por amor de los hombres ha querido hacerse obediente hasta la muerte y muerte de cruz¹⁰. Dichosa mil veces esa alma de tal modo obediente, porque de seguro no andará en tinieblas, ni será fácil que tropiece en su carrera; antes bien, sus pasos en el camino de la virtud y perfección se parecerán a los de un gigante, porque juntamente con la obediencia ejercita también las hermosísimas virtudes de la fortaleza, caridad, humildad y paciencia, que tanto enriquecen al alma y agradan a Dios¹¹. ¡Feliz mil veces el religioso que anda siempre animado de ese espíritu de obediencia que tan grandes bienes atesora; y felices asimismo los superiores a quienes el Señor concede súbditos animados y adornados de esa hermosa virtud! ¡Oh inapreciable virtud de la obediencia, que llegas a asemejar a los miseros mortales a los pacíficos moradores del cielo! ¡Tú, la que haces buena y agradable la morada y reunión de muchos hermanos que forman un solo corazón y una sola alma!¹² ¿Tú, la que mantienes el orden y conservas en todo su vigor la disciplina regular; tú, la que sostiene y vigoriza el fervor, la que suaviza los trabajos, la que alienta y consuela en las luchas de esta laboriosa vida! Difícil sería, hija mía, manifestarte con cuánta complacencia mira Dios a una Comunidad religiosa en la que reina como primera y principal virtud la santa obediencia, sin que en ella haya otro *querer o no querer* que el *querer o no querer* del superior.

DESIDERIA. Poco a poco voy comprendiendo, Madre mía, lo que tiene de estimable y precioso esta virtud, que para el religioso entiendo ser como la clave de todas las otras virtudes. Os ruego, por tanto, Señora, me hagáis muy humilde, persuadida de que si soy humilde seré también obediente.

JOSÉ. En tu mano está, hija, ser lo que dices y deseas, pues has oído de la propia boca de Jesús en qué consiste la verdadera obediencia, en qué estriba su mérito y cuán agradable es a Dios. Para hacerla amable te ofrece su ejemplo, sujetándose voluntariamente a nosotros criaturas tuyas¹³, y para facilitar su adquisición y práctica promete su particular asistencia. ¿Qué más se puede desear por parte de Jesús? ¡Oh, soberbia de la mayoría de los hombres, que desdeñan y menosprecian los admirables ejemplos de la obediencia, que para su bien les da el mismo Dios! Pero ¿qué podrá decirse del religioso que mira la

obediencia como virtud menos importante, o que puede prescindir de ella cuando le parezca?

Por lo que a ti toca, Desideria, acostúmbrate a obedecer sin réplica ni queja alguna, cueste lo que cueste y digan los otros lo que digan: no olvides que el querer, con el auxilio del Señor, es poder. Por otra parte, debes concebir un horror sumo para no venir a imitar la tan reprobable conducta de algunos religiosos que, olvidados de sus deberes y menospreciando su formal y solemne promesa de sujetar enteramente por su amor y mayor servicio la propia voluntad a la del superior en todo lo que les fuere ordenado (con tal que en ello no haya pecado manifiesto), más tarde, llevados de su presunción e intolerable irreverencia, reniegan en cierto modo de su juramento por la falta de obediencia y respetuosa sumisión de que están llenos, por más que de vez en cuando quieran encubrir sus faltas e infidelidades con razones especiosas y estudiado artificio. ¡Pobres almas! ¿Por ventura son éstas cosas de niño? Por más que se pretenda engañar al hombre, ¿se consigue engañar a Dios, que mira la intención y escudriña lo más recóndito de los corazones?¹⁴ Toda su astucia y disimulo, ¿les abonará ante el tribunal del inexorable supremo Juez? El religioso que no es obediente al modo dicho es a semejanza de cuerpo muerto vestido del santo hábito.

DESIDERIA. Bien se ve por lo dicho cuánto han de disgustar a Dios los religiosos poco sumisos y nada amantes de la obediencia, ya que además de la hipocresía con que intentan encubrir su pecado¹⁵ suelen ser la pesadilla de sus superiores y sirven de carga y escándalo a la Comunidad. Yo, Padre mío, como decía poco ha, prometo darme de veras a obedecer ciegamente en todo a mis superiores, por más que sea preciso violentarme en muchas cosas, para lo cual confío, como siempre, en vuestra protección.

VISITA TRIGÉSIMA PRIMERA

Valor de la obediencia

Se acerca nuevamente Desideria a la Sagrada Familia para recibir mayor doctrina sobre la obediencia religiosa.- Jesús le explica su excelencia.- Sencilla confesión de Desideria.- Otras reflexiones de María.- Respuesta.- Doctrina y ejemplos de José.- Promesas de Desideria

DESIDERIA. Con todo el afecto de mi alma os saludo, amadísimos Padres míos, y vengo ansiosa de que me habléis más en lo referente a la virtud de la obediencia religiosa.

JESÚS. Ya que tan animada te veo, voy a decirte hoy algo sobre la bondad y excelencia de esta virtud, de la que tantas maravillas pueden contarse. Para entender algo de lo que estima Dios la obediencia, bastará recordar el terrible castigo con que reprobó la primera desobediencia del demonio, que llevado de su orgullo quiso rebelarse contra la voluntad de su Creador, arrojándole para siempre del cielo y sepultándole en tormentos eternos¹. Con este su acto de independencia se constituyó iniciador y portaestandarte de todos los desobedientes, de cuyo virus infestó por envidia y engaño a los primeros padres, Adán y Eva, que también faltaron a la obediencia del único precepto que el Señor les había impuesto, por cuyo pecado fueron arrojados del Paraíso terrenal y sujetos además al cúmulo de miserias en que debía gemir toda su pobre descendencia².

Ufano, por más que infeliz y atormentado, Satanás de haber tenido imitadores, levantó bandera, escribiendo en ella el infame lema: *Non serviam*; desobediencia³. Este grito que engendró el orgullo es el que perturba la paz y tranquilidad de todo el mundo y también el que lleva la peste a los claustros y que causa tantos males y ruinas en la Religión.

He aquí, hija mía, el origen del pecado de desobediencia y el castigo a que se hacen acreedores los que lo cometen. Pero Yo, movido de compasión y llevado de mi inmensa caridad hacia la pobre humanidad, que se perdía miserablemente, no menos que para mayor confusión y tormento del padre de la mentira, he venido personalmente a enseñar la obediencia y sumisión, no solo de palabra, sino principalmente con el ejemplo, para que, imitándome los hombres, no yerren y puedan levantarse a mayor dignidad y ocupar en su día el trono de gloria de que fue ignominiosamente arrojado el ángel impostor⁴. Por eso me ofrecí gustoso al Padre celestial y prometí incondicional obediencia, aunque tan dolorosa como es la ignominiosa muerte de cruz, para que allí quede vencida la muerte y reparados los daños causados por la

desobediencia de Adán⁵.

Al contrario de lo que proclamó el ángel caído, mi bandera lleva el lema de *obediencia*, hija natural de la humildad, madre de las otras virtudes, pobladora de claustros, fautora de la paz y concordia. ¿Observas, hija mía, la diferencia esencial de las dos banderas? Y si el servir a Dios es reinar, ¿puede darse cosa mas honrosa y meritoria que la obediencia religiosa, por la cual la criatura reconoce el supremo dominio del Creador, se sujeta a El con rendimiento para siempre y se esfuerza en imitar el ejemplo de su Reparador y Caudillo?

Si de lo dicho se colige ya cuánta sea la bondad de la obediencia religiosa, resalta todavía más esta verdad si se atiende que la voluntad es como la reina de las tres principales facultades del alma. Pues bien, el hombre, al ofrecer a Dios por el voto de la obediencia esta facultad que tanto estima, le sacrifica lo más valioso que de sí puede disponer la criatura humana⁶ y le hace ese sacrificio, no por precepto que de ello se le haya impuesto, sino libre y voluntariamente, por amor y obsequio. Pues ¿quién no ve que si este ofrecimiento va acompañado de una fiel y constante observancia ha de ser aceptado por el Creador como el más precioso don y obsequio que puede retornarle su criatura?

El religioso por el voto de pobreza ofrece a Dios los bienes temporales⁷; los deleites y placeres sensuales por el de castidad⁸; que son, a la verdad, virtudes muy preciosas y agradables al Señor tres veces santo; mas como por la obediencia se sacrifica a la vez la voluntad, la libertad y el propio juicio, que son los tres bienes interiores del alma, así es que cuanto exceden estos en valor y dignidad a los del cuerpo, excede también en mérito la obediencia sobre los votos de pobreza y castidad⁹.

Además, escrito está que el *obediente cantará victorias*¹⁰. Y en efecto, ¿qué triunfo más glorioso que vencerse a sí mismo, no por fuerza, sino por amor? En otros combates el hombre pelea contra enemigos de fuera, pero aquí lucha contra lo que su natural inclinación acaricia, que es lo más difícil; resultando que, obtenida esta dichosa victoria, con facilidad alcanza otras muchas, como son el sujetar la razón al juicio y parecer del superior; el que los sentidos y pasiones obedezcan a la razón; el que ésta dé el obsequio debido a su Creador, con otras que pueden adivinarse.

DESIDERIA. Se comprende, Jesús mío, cuánto ha de costar desprenderse de la propia voluntad. Yo misma experimento algunas veces esa contradicción y he de hacerme no pequeña resistencia para sujetarme; y de ello infiero que, siendo mucho el sacrificio y violencia que se hace, por lo mismo ha de seros también muy acepto y agradable¹¹.

MARÍA. Justamente, Desideria. El perfecto obediente, en recompensa aun en esta vida, goza de dichas y consuelos que no disfrutaban los flojos y tibios en esta virtud. El que obedece está seguro de que todo lo que hace en virtud del santo voto es agradable a Dios y conforme a su divina voluntad, de lo cual le resulta una paz y consuelo interior que le suaviza con creces los esfuerzos empleados en la lucha contra los estímulos de la propia voluntad¹². Queda además libre de no pocas otras inquietudes y molestias, así en lo que mira al cuerpo como en lo que se refiere al espíritu; porque entregado confiadamente en manos del superior, echa de sí los otros cuidados y vive en la firme persuasión de que todo lo que el Señor gustará de él se le indicará por el seguro conducto de la santa obediencia, toda vez que la mira y estima como inequívoco regulador de sus acciones y le presta sumisión y reverencia como a maestra, guía y proveedora de todo. ¡Dichosa y fecunda obediencia, que sabes dar gran mérito y recompensa hasta a las más pequeñas acciones y conviertes las grandes en sublimes!

DESIDERIA. Según eso, Madre mía, toda obra, aunque considerada en sí sea pequeña, tiene un valor muy superior si es hecha con espíritu de obediencia; y siendo así, mucho pierde y ofende a Dios el religioso que obra a su voluntad y de cuenta propia. ¿Por qué, pues, son tantos los que habiendo profesado obediencia luego no la estiman en lo que ella vale?

JOSÉ. Ese mal proviene, Desideria, de que muchos, pasados los primeros fervores, viven distraídos sin recordar siquiera a qué vinieron a la Religión; y como no dan al espíritu el alimento conveniente para que se mantenga robusto, que son principalmente la meditación y santas lecturas¹³, carece por consiguiente de las fuerzas necesarias para resistir las exigencias de la parte inferior, y de ahí que vuelva a revivir el hombre viejo¹⁴. Tampoco se paran en considerar cuánto les importa ser obedientes, ni se fijan como es debido en conocer el subido valor de esta virtud, y con esa disipación pasan la vida engañándose tontamente a sí mismos, pues se creen verdaderos religiosos, no teniendo de tales más que el

hábito y el nombre; porque si miraran a Jesús, a quien deben imitar, verían que su conducta no se conforma con el ejemplo por El mismo dado¹⁵, pues se ha querido sujetar de buena voluntad, no solo a los decretos del Padre celestial¹⁶, sino también a los mandatos de los hombres¹⁷; y no precisamente a los buenos y en cosas justas, mas también a los malos y en cosas injustas, difíciles y en extremo dolorosas¹⁸. En vista de esto, dime, hija, ¿qué excusas podrá alegar el religioso poco celoso de la santa obediencia que dejó el siglo, no para dirigir y gobernar, sino para ser dirigido y gobernado, cuando en el día de la cuenta se haga comparación de su humildad, sumisión y obediencia, con la obediencia y sumisión de Jesús su maestro? ¿Por ventura en la casa del Señor se mandan al religioso cosas tan arduas y difíciles, siendo siervo y pecador, como las aceptadas y toleradas con profunda resignación por su divino Reparador? Lastimosa aberración la de aquellos que, después de haber conseguido victoria en lo más arduo y difícil, se acobarden y rindan en lo menos laborioso; y que habiendo abrazado con gozo y alegría un estado de sumisión para imitar más perfectamente a su Señor, quieran al cabo de poco vivir según propio parecer, y que las cosas se hagan a su gusto. Podría decirse de estos tales, no que ellos han abandonado el siglo, sino que consigo han llevado el siglo a la Religión Pobres religiosos! Se precian de imitadores del mansísimo y obedientísimo Jesús, y apenas quieren tolerar un pequeño trabajo, sufrir una ligera mortificación, una corrección o contradicción de la propia voluntad, y no echan de ver que su divino Señor no apartó su rostro a las bofetadas y asquerosas salivas de la más vil soldadesca¹⁹, ni se quejó de los graves insultos y blasfemias que le prodigaron, principalmente los magnates de la nación²⁰, ni se indignó contra los inhumanos sayones que le azotaron, coronaron de espinas y con crueldad inaudita le clavaron en cruz²¹. Semejantes religiosos, lejos de edificar, destruyen, porque su conducta lastima la necesaria armonía entre los miembros de un mismo cuerpo y los de éstos con la cabeza, que es el superior, sin cuya unión muere la caridad fraterna, se hace el gobierno de la Comunidad poco menos que imposible, se impiden las empresas generosas, y aquella morada de paz y de oración en que poco antes moraba complaciente el Espíritu Santo, la desobediencia e insubordinación la convierten en casa de murmuración, cuando no en centro de discordia. ¡Cuán digno es de compasión el superior que da con uno solo de estos desobedientes! Y ¿qué te parece, Desideria? Si a éstos les castigara el superior sus desmanes y rebeldías a la manera que se castigan en la milicia terrena, ¿tendrían razón de quejarse de tal rigor? Ciertamente que no. Pues mira, entre los militares, pequeñas desobediencias e insubordinaciones se castigan no solo con prisiones y azotes, sino con cadenas y no pocas veces con pérdida de la vida, siendo así que allí van forzados y para servir a un hombre, cuando en la Religión se entra con espontaneidad y con el noble fin de más agradar y mejor servir a Dios, dueño soberano de reyes y naciones, obligándose a ello con voto solemne e irrevocable. De consiguiente, detesta tú y combate prontamente todo movimiento de desobediencia que tantos males causa al alma a la par que destruye las Comunidades más fervorosas. Sea tu máxima esta: *la verdadera obediencia no examina ni discute la voluntad y disposiciones de los superiores, porque no gasta tiempo en juzgar quien bien quiere obedecer.*

DESIDERIA. Os prometo, Padre mio, no olvidar vuestra máxima y cumplirla con fidelidad. Procuraré obedecer siempre a mis superiores en todo lo que me manden como buena hija de la Sagrada Familia, aun en las cosas arduas y por más que se resienta el amor propio. Espero no me faltará vuestra asistencia.

VISITA TRIGÉSIMA SEGUNDA

Grados o condiciones de la obediencia

Pregunta Desideria qué requisitos deben acompañar a la obediencia para que sea del todo agradable a la divina Majestad.- Explícale Jesús los grados de esta virtud.- Respuesta de Desideria.- Advertencia de María.- Pide Desideria se le aclaren algunas dudas.- Complácela José.-Fruto sacado de esta conferencia.- Últimas palabras de José.-Despedida

DESIDERIA. Otra vez vengo a vuestra presencia, amados míos, para escuchar vuestra celestial doctrina. Conocido ya el valor de la santa obediencia y sabido lo mucho que gana y merece delante de Vos, Jesús santísimo, el religioso obediente, me consolaría entender los grados o condiciones que deben

acompañarla para que del todo os sea agradable.

JESÚS. Sabes, hija, cuánto te apreciamos y deseamos tu solida instrucción para provecho de tu alma y mayor gloria de Dios. Escúchame atenta para que mis palabras queden bien impresas en tu corazón¹.

Desde luego, la bondad de la obediencia religiosa puede clasificarse en tres grados, a saber: *de obra o ejecución, de voluntad y de entendimiento*.

El primer grado de obediencia, o sea el de *ejecución*, para que sea del todo agradable a Dios, ha de tener cuatro condiciones, que son: prontitud, entereza, fortaleza y perseverancia. *Prontitud*, ejecutando lo mandado con diligencia y buena voluntad con intención de imitarme². No hacer luego lo que ordena la obediencia, indicio es de ánimo frío y remiso, porque el que pudiendo cumplir difiere su ejecución, a más de malograr el tiempo se expone a no hacer la cosa bien. Es engaño manifiesto y excusa imperdonable valerse de ciertas mañas para evadir el cumplimiento de lo mandado. El buen obediente, por cumplir lo que se le ha ordenado, no solo deja y se desprende al instante de todas sus cosas, sino de la misma oración.

Asimismo, la obediencia debe ser entera, esto es, que se cumpla en un todo sin omitir circunstancias ni cambiar el modo, ya sea que agrade, ya sea que no guste, así en cosas pesadas como en cosas ligeras³. La razón de ello es obvia. Ningún religioso al entrar en la casa del Señor y mucho menos al emitir el voto de santa obediencia pone condiciones ni dice: *me reservo no obedecer en esto o en aquello, en tal o en cual ocasión, en estas o en aquellas circunstancias*, porque ni se le admitiría un semejante voto ni me sería a Mí nada agradable. Sin embargo, ¡cuántos son los que se engañan en esta parte y se contradicen!

La tercera condición de bondad es la *fortaleza* en ejecutar lo mandado, que consiste no tan solo en hacer las cosas fáciles o mientras andan y salen prósperamente y son del gusto del súbdito, sino en poner por obra lo difícil y repugnante, sin excusas ni murmuraciones, ni mucho menos acobardarse por lo que llevan de trabajo o de incomodidad⁴. El buen soldado no acredita su valor en tiempo de paz, sino en tiempo de guerra, ni se reconoce su fidelidad y amor al Rey estando de parada, sino cuando lucha y expone la vida por sostener el honor y defender la bandera.

Finalmente, la cuarta condición es que sea *perseverante*, o, lo que es lo mismo, duradera hasta la muerte. El religioso que por miedo a las dificultades u otros impedimentos que puedan ofrecerse, por inconstancia, particular interés, respetos humanos y otros cualesquiera motivos (exceptuado lo imposible) deja de obedecer, me disgusta, y cierto que no alcanzará la corona prometida al que fuere fiel y perseverante en la obediencia⁵.

He dicho que el segundo grado de obediencia pertenece a la *voluntad*. Para que sea buena y me agrade del todo ha de tener tres condiciones, a saber: voluntaria, alegre y fervorosa. Es *voluntaria* cuando el súbdito no solo sujeta su voluntad a la del superior, sino que procura hacer suya la voluntad del superior, de tal modo que no tenga otro querer o no querer que el que tiene el superior⁶. Dichoso el súbdito que así obra, ya que mucho gana en ello, porque como la voluntad es potencia ciega, muchas veces el alboroto de las pasiones deja al individuo como en tinieblas, y entonces, ¡ay del que quiere ser su propio guía y director! Mas el que tiene quien le dirija en mi nombre y autoridad, como éste ve muy claro y sin que le lleve la pasión, le advierte con caridad, y con esa ayuda no es fácil tropezar ni que tome cuerpo la repugnancia.

La segunda condición es que se ejecute lo mandado con *alegría*⁷. Esta cualidad se deriva naturalmente de la anterior, puesto que si uno hace una cosa con buena voluntad, la emprende, continúa y acaba con plena satisfacción y marcado regocijo; cuando, por el contrario, el que la hace con repugnancia, siente pena y le es difícil ocultar la tristeza, con lo cual él mismo se convierte la misma carga en mucho más áspera y pesada, que muchas veces le produce tales inquietudes y descontentos hasta hacerle pesado y poco agradable su nobilísimo estado, a lo que de ordinario se sigue la apostasía.

La tercera condición exige que se obedezca con *fervor*. No basta que se haga de cualquier manera la cosa mandada, o que se cumpla con frialdad o negligencia. Siendo el fervor consecuencia del verdadero amor, es natural que el que ama la obediencia la cumpla con el más fino afecto y complacencia⁸. Esto explica por qué algunos religiosos en los primeros años de su vida claustral viven muy contentos, y es porque aman la obediencia, pero en disminuyendo este amor desaparecen la paz y tranquilidad interior, siguiéndose de ahí todos los otros males.

Vengamos ya al tercer grado, que es el de *entendimiento*. Este es el más perfecto de todos, y consiste en que el súbdito sienta y juzgue que aquello que el superior ordena es lo mejor. He dicho que el segundo grado de obediencia, que pertenece a la voluntad, requiere que el súbdito no tenga otro parecer ni juicio del que tiene el superior, por ser la diversidad de pareceres causa de inquietudes y perturbaciones; pero este tercer grado exige además que el entendimiento demuestre y procure inclinar la voluntad a que quiera lo mismo que quiere el superior, para que, estando acordes las dos potencias, sea más fuerte la unión del súbdito con el superior y or lo tanto más difícil de romperse, y con ello se haga más suave la obediencia⁹.

DESIDERIA. Por lo visto, Jesús mio, la perfección religiosa viene a resumirse en una sincera y cándida obediencia, o sea acatar y cumplir lo que dispone el superior sin réplicas ni excusas.

MARÍA. Así es, Desideria. Sin el espíritu de obediencia es de muy poco o, mejor dicho, de ningún valor delante del Señor cualquier obra que haga el religioso; y, por el contrario, todo acto que acompañe a esta virtud adquiere un brillo y precio admirables. Deduce de ahí, hija querida, cuán equivocados andan algunos religiosos que, por no ceder en algunas comodidades y privarse de algunos gustillos, se muestran disgustados y son tardos y perezosos en hacer o acudir adonde la obediencia les llama¹⁰, sobre todo cuando se trata de oración y otros ejercicios espirituales, que son el principal alimento del alma. Con este su pigre proceder se hacen gran mal a sí, se privan de muchas gracias y sirven de no pequeño escándalo a sus hermanos. Mas, cosa rara: semejantes perezosos, a la par que se presentan tardíos y pesados en cumplir los deberes que impone la santa obediencia, acuden con bastante puntualidad a todas las refecciones corporales, a los asuetos y recreaciones.

Andan asimismo equivocados y viven en grosero error los religiosos que se resisten a obedecer, por la repugnancia que sienten en conformarse con el parecer del superior, calificando tan provechosa sumisión como una especie de servilismo que les rebaja y aminora sus talentos y demás dotes particulares. Estos son en verdad dignos de compasión, puesto que han venido al extremo de no conocer ya el fin que les llevó a la casa de Dios y el porqué y por quién se sujetaron a la obediencia. ¡Oh soberbia humana, hasta qué punto extravías las más nobles inteligencias y destruyes las más santas y heroicas empresas! Si Jesús, Señor de todo lo creado, no se ha desdeñado de ser llamado hijo de María y de José, el pobre carpintero¹¹, ¿es mucho que el hombre se sujete a otro hombre por amor del que le creó, redimió y le tiene preparada en recompensa una eternidad dichosa?

DESIDERIA. Veo que con maternal solicitud me inculcáis las causas que dificultan al religioso la perfecta obediencia, y creo haberme hecho cargo de su importancia; mas permitidme os diga que no acabo de comprender bien aquello de Jesús cuando ha dicho que la obediencia, para serle del todo preciosa y agradable, debe ser también de *entendimiento*. ¿Cómo puede el entendimiento que ama la verdad y la sigue espontáneamente una vez conocida prescindir de ella, cuando el súbdito entiende que tiene más prendas personales, más ciencia adquirida y mayores dotes que el superior, y por lo tanto, que su juicio en determinados casos puede ser más acertado que el del mismo superior?

JOSÉ. Haces bien, Desideria, en manifestar tus dudas, sobre todo en materia tan delicada para los que una vez fueron llamados y entraron en la casa del Señor, a fin de que jamás seas sorprendida ni engañada por las ficciones del amor propio que tan astutamente sabe disimularse.

Es cierto que puede darse ocasión en que el entendimiento del súbdito, guiado de alguna razón que él cree verdadera, quiera una cosa, y el superior, apoyado en otra que asimismo estima verdadera, haga de una misma cosa juicio diverso, aunque debe entenderse esto cuando la razón del súbdito es del todo clara y evidente, y en este caso, en verdad, no puede sentir otra cosa: mas cuando no se tiene evidencia, puede el entendimiento, apoyado de la voluntad, inclinarse más a una parte que a otra, y entonces el súbdito debe sujetar su juicio al del superior; del mismo modo que, para no errar, le sujeta la voluntad¹². En todo caso, el súbdito debe considerarse, y no es otra cosa en realidad, como miembro y nunca como cabeza. Por consiguiente, a ésta toca regir y gobernar todos y cada uno de los miembros de que el cuerpo se compone, so pena de alterarse sus movimientos y demás funciones naturales. La experiencia manifiesta claramente que por más que algún súbdito, según se ha dicho, tenga más prendas y ciencia adquirida que el propio superior, con todo eso, en las cosas de dirección y gobierno, no suele ser acertado (cuando hace la cosa por su cuenta) como el superior, el cual, por razón de su oficio y cargo, es más ayudado e iluminado por el Señor que no los súbditos, y por lo tanto el juicio del superior debe ser preferido al de

los particulares. Podrá el superior tomar parecer y consejo de los súbditos como medida de prudencia, cosa siempre laudable, pero pretender el súbdito que se siga su parecer no es otro que presunción y alteración del buen orden y disciplina religiosa. No es deber del súbdito entender ni procurar que el superior escoja lo mejor, ordene esto o aquello, mande a Fulano tal cosa, o tal otra a Mengano; bástale a él que cumpla su deber lo mejor que sepa y pueda con toda humildad e infantil sencillez, sin cuyas condiciones ni la castidad, ni la pobreza, ni la misma obediencia son agradables a Dios. ¿Podrá nunca ser del todo acepta al Señor una castidad sin precauciones y exterior modestia, una pobreza que no quiere ni sufre privaciones, o una obediencia ejecutada con excusas e indicios de poca voluntad?

DESIDERIA. Elevada y sumamente importante es para todo religioso la doctrina que me habéis enseñado hoy, Padres míos. No olvidaré que sin la obediencia no sería posible la morada del claustro, tan dulce y agradable cuando esta virtud es la que anima a todos los que moran en la santa Casa¹³. ¡Oh dichosa y rica virtud! ¿Quién no te amará y procurará conquistarte, si tú eres la que ennobleces los actos y acciones más insignificantes de la vida del religioso y la que con mayor facilidad y menos engaño conduces a la perfecta imitación del divino modelo Jesús, delicia y encanto del Padre celestial? Animada de estos buenos deseos, suplícoos encarecidamente, amadísimos míos, me hagáis humilde de corazón, para que venga a ser humilde, no a la manera que suelen los imperfectos, sino al modo de los fervorosos y bien disciplinados.

TERCERA PARTE

PERFECCIÓN RELIGIOSA O VIRTUDES QUE PRINCIPALMENTE DEBEN ADORNAR AL RELIGIOSO

VISITA TRIGÉSIMA TERCERA

De la humildad

Otra vez Desideria en presencia de la Sagrada Familia, pide a Jesús le indique las principales virtudes en que debe distinguirse el religioso.- Jesús le contesta y le habla de la santa humildad.-Prosigue Jesús su doctrina.- Reflexiones de María.- Contestación de Desideria.- Advertencia de José.- Fruto.

DESIDERIA. Padres míos, aquí me tenéis de nuevo con animo de aprovechar. Desde que me ausenté de vuestra amorosa presencia, no he cesado de pensar en la dicha que cabe a un alma que vive del espíritu de verdadera obediencia. Por lo que a mí toca, resuelta estoy a trabajar con ahínco para conseguir con vuestra gracia una virtud que tanto os place y de que tan admirable ejemplo nos dais¹. Sabido lo que se refiere a los votos religiosos para su fiel observancia, desearía entender qué virtudes deben brillar principalmente en un religioso que le acrediten tal, no solo delante de Vos, si no también a los ojos del mundo.

JESÚS. Me agrada, hija, verte animada de tan buenos propósitos. Con gusto, pues, quiero satisfacer esos tus nobles y esforzados deseos. Sin embargo, como son varias las virtudes que deben acompañar al buen religioso², para tu mayor provecho y fácil inteligencia te daré una breve explicación de cada una de

ellas, a fin de que la multitud y variedad de conceptos no abrumen tu débil entendimiento; antes bien distribuido como en pequeñas porciones, puedas mejor entenderlo, rumiarlo y por fin reducirlo a la práctica³. Demos hoy comienzo hablando de la virtud de la humildad.

No ignoras ya, Desideria, ser la humildad el fundamento de todas las demás virtudes. Por esta razón he dicho a todos en general: *Aprended de Mí que soy manso y humilde de Corazón*⁴. Fijate en lo que digo, de corazón, a fin de que ninguno pueda excusarse, porque los hay que en el exterior aparentan humildad y mansedumbre, pero que no sale del interior, o sea del propio conocimiento y amor de Dios, sino más bien de una oculta presunción y soberbia. Son muchos los que saben hablar y decir maravillas de esta preciosa y fundamental virtud, pero se hallan pocos que la practiquen de veras. Cuántas veces los mismos que la panegirizan, con su estudiado lenguaje manifiestan que carecen de ella! La humildad no consiste en decir elogios de la misma, ni en hablar de sí mismo bajamente, sino en tenerse en poco y obrar de conformidad con este su bajo juicio⁵, ya que hacer lo contrario es aparentar exteriormente lo que no se siente en el interior, llamado hipocresía, vicio pésimo y denigrante, aborrecido de Dios y de los hombres.

Para que puedas formarte una idea de la preciosidad de esta virtud, basta pares tu atención en Nosotros. Tú ves, hija mía, que Yo, siendo Dios, he dejado el seno de mi Padre celestial, he bajado a la tierra, me he vestido de vuestra naturaleza, cargando con todas las miserias⁶ a excepción del pecado⁷ y pudiendo escoger nacer entre los más poderosos y ricos del mundo, he preferido una madre humilde y pura⁸ y por padre adoptivo un pobre obrero que con el sudor de su rostro me sustentara⁹, y por todo palacio este sencillísimo hogar¹⁰. ¿Qué publican todos estos mis actos, humillantes según la loca vanidad de los mundanos y amadores de sí mismos? Si esta virtud no fuera la más grata al Padre celestial y a Mí, así como la más adecuada y necesaria a la salvación eterna y aun al bien temporal de los hombres ¿la hablaría Yo abrazado con tanto amor y cariño, enseñado con tanto empeño, y manifestado los riquísimos tesoros que entraña?

Al primer grito de rebelión dado por Satán se opuso el arcángel San Miguel diciendo: *¿Quién como Dios?* Y luego respondieron todos los buenos: *Nadie como Dios*¹¹. Todo, absolutamente todo, debe humillarse delante de Dios, ya que todo lo que tienen las criaturas de Él lo han recibido y al mismo lo deben, sin que puedan gloriarse de nada¹². Luego que faltó Satanás a la humildad, fue precipitado al infierno con todos sus secuaces¹³, y por el mismo pecado fue Adán arrojado del paraíso terrestre y le fueron cerradas las puertas del cielo, quedando además sujeto a innumerables enfermedades y otras miserias¹⁴. Ya ves cómo la soberbia ha sido el origen de todos los males¹⁵. Prometiéndose al primer padre, porque pecó más por seducción que por malicia, un Redentor que le abriría de nuevo las puertas del cielo y remediaría los males que la desobediencia causara a la pobre humanidad por medio de la práctica de la santa humildad¹⁶. Por esta razón digo y repito con frecuencia que ninguno puede llegarse a Mí si no viene por este camino. Por él anduvieron los santos Patriarcas, Profetas y demás justos amigos de Dios.

Pues si tan necesaria es la virtud de la humildad a todos y tan provechosa al que la practica, ¿podrá prescindir de ella el religioso que, llamado a un estado más perfecto que los demás, hace profesión de seguirme de cerca e imitarme con particular cuidado y solicitud?

DESIDERIA. Realmente, Jesús mío, que sería cosa ridícula y hasta monstruosa ver un religioso que hace profesión de seguirme e imitarme dar muestras de vanidad y soberbia. A la verdad, ¿puede imaginarse cosa más extravagante que llamarse discípulo y fiel imitador de aquel que siendo Señor de la gloria se hizo siervo¹⁷, escogió madre pobre y humilde¹⁸, sujetóse a los hombres¹⁹, contentóse con lo más ordinario e indispensable a la vida²⁰, pasando ésta trabajando²¹, sudando²², siendo además perseguido²³, calumniado²⁴, maltratado hasta permitir se le dieran bofetadas²⁵, azotes²⁶, espinas²⁷, sin rehusar la ignominiosa muerte de cruz²⁸, y al propio tiempo querer el tal discípulo ser obsequiado y tratado con mayor consideración que el maestro, más honrado y servido, mejor alimentado y vestido?²⁹

JESÚS. Dices bien, Desideria. Es ciertamente cosa muy extraña que en la misma escuela donde se enseña la santa humildad se encuentren discípulos amantes de humana alabanza, arrogantes y soberbios. Estos, que bien pueden calificarse de pigres e ilusos, se parecen a los escolares desaplicados, los cuales por más que tengan libros y asistan a cátedra, nada aprovechan, porque ni estudian ni atienden a lo que explica el maestro.

MARÍA. Lo dicho te persuadirá, hija mía, que no hay virtud que tanto aproveche y honre al religioso

ante Dios y los hombres como la verdadera humildad, y que nada le rebaja tanto y le desprestigia como observar en él indicios de soberbia y vanidad, por más que con las palabras digan lo contrario. Y, en efecto, hay religiosos que con mucha frecuencia se confiesan pecadores y llenos de defectos; que son miserables; que valen poco y son cortas sus facultades, con otras palabras con las que pretenden pasar por humildes; pero si observan que alguno forma de ellos un juicio parecido al que de sí acaban de hacer, al punto aparece su inquietud y resentimiento, que a veces no aciertan a disimular, cuando no termina en antipatía o enemistad. ¿Qué te parece de una humildad que busca loor y alabanza en la ficción e hipocresía?

El que es verdadero humilde siente de sí bajamente y no se resiente, antes se goza de que otros sientan lo mismo, y lo da a entender, no solo en su modo de hablar y tratar con sus prójimos, sino más bien ocupándose en ejercicios bajos, sufrir con resignación los desprecios o poca estima que de él se hace, huir las alabanzas, vestir pobremente, contentarse con lo más ordinario de la casa, ocultando en lo posible, sin faltar a la obediencia ni a la caridad, los dones y gracias recibidas del Señor. El religioso que no procura conformar su vida a la que acabo de indicarte, es como figura de teatro, que ni tiene valor ni se la aprecia.

DESIDERIA. Se comprende, Madre, que el religioso vano y presumido ni merece tan honroso calificativo ni puede esperar con fundamento gran imperio en el cielo, ni siquiera mucha paz y tranquilidad acá en la tierra³⁰, como ha prometido Jesús a los mansos y humildes de corazón³¹.

JOSÉ. Eso es cabalmente, Desideria. La verdadera paz y alegría tiene su asiento en el corazón, o sea en el testimonio de la buena conciencia³², y este en hacer la voluntad de Dios³³ en agradecer sus dones³⁴ y en el desprendimiento de las cosas terrenas, no menos que los honores humanos. Dios quiere principalmente el corazón del hombre que formó para que le amara³⁵, en cuyo amor no admite competidor alguno, y de ahí el que éste, a semejanza de aguja imantada que no descansa hasta que mira al norte que es su centro, así también vive inquieto y agitado mientras busca otra cosa que no sea Dios, al que debe siempre y en todo tender como último fin. ¿Y quién no ve que no busca a Dios su Creador, sino que se busca a sí mismo, aquel religioso poco amante de unirse y tratarse con pobres y humildes, que, lejos de humillarse, se excusa y defiende; que no se para en reconocer sus defectos, ni gusta que se los adviertan; que con marcada dejadez descuida lo que exige su estado y condición; que rara vez piensa seriamente en sus novísimos, muerte, juicio, infierno y gloria³⁶; que no reflexiona sobre la vanidad de los honores y pasatiempos mundanos; que no trabaja para evitar en cuanto está de su parte las distracciones ni refrenar cual conviene sus sentidos y malas inclinaciones?

¡Oh cuán diferentemente obra el verdadero humilde! Éste, en cuanto puede, huye de las alabanzas de los hombres, y si no puede evitarlas, dirígelas a Dios como a dador de todo bien³⁷; con candor y sencillez de niño se sujeta y sirve no solo a sus mayores, si que también a sus iguales e inferiores; aprovecha las ocasiones en que puede humillarse y dar gloria a Dios, al que ama sobre todas las cosas y las desprecia todas por agradecerle.

DESIDERIA. ¡Doctrina admirable, Padres míos! ¡Ojalá todos la comprendiéramos cual se merece y a nosotros conviene! ¡Dichosa virtud que hace a sus poseedores tan estimados y favorecidos de Dios! Mas ¡ay! Padres míos, cierto que me habéis dicho cuánto conviene a todos esta virtud, particularmente a un religioso, pero como es tanta mi flaqueza, temo de mí misma ser víctima de algún acto de vanidad o presunción; y así os suplico con todas las veras de mi corazón que os dignéis advertirme interiormente cuando alguna ilusión quiera engañarme, para que avisada no tenga la desgracia de caer No os olvidéis de esta pobre hija que os entrega su corazón.

VISITA TRIGÉSIMA CUARTA

De la caridad o amor de Dios

Jesús explica a Desideria el amor o caridad que el religioso debe tener a Dios y al prójimo.-Conformidad de Desideria.- Nuevas palabras de Jesús.- Afectos de Desideria.- Enseñanza de María.-Juicio de Desideria.- Consejos de José.- Promesas y despedida

JESÚS. En la pasada visita te hablé, Desideria, de la virtud de la humildad que debe resplandecer en el religioso si desea agradarme. Hoy será nuestro tema el amor que se debe tener a Dios y al prójimo, que viene a ser como el compendio de toda la ley¹. La virtud del amor se diferencia y tiene otro efecto que la humildad: ésta tiene por base el conocimiento de la propia bajeza y miserias humanas, que hacen comprender al hombre cuán poco tiene de sí y cuán poco vale; mas la caridad, fundada en la grandeza de la bondad divina, le levanta hasta los cielos y le hace penetrar en el seno de Dios mismo por el amor², que es como un precioso anillo de oro finísimo que enlaza la voluntad humana a su Creador, haciéndola en cierto modo una misma cosa con Él³, que es ya la mayor perfección a que puede aspirar en esta vida la criatura racional. Por eso se llama muerta la fe que no va animada de la caridad⁴, porque siendo Dios caridad, el que la tiene está en Dios y Dios en él⁵. De ahí también el que esta virtud se considere como el principio vivificante de todas las demás, a la manera que el alma lo es del cuerpo; y de ahí asimismo que en los Libros Santos se le tributen tan sublimes y repetidos elogios⁶. Más aún, ¿quién me decidió, hija, a dejar mi gloria y vestirme de vuestra flaca naturaleza sino la caridad en que me abrasaba de redimiros y salvaros?⁷ ¿Es por tanto posible que me agrade cosa alguna del hombre que no proceda de la raíz de la caridad? No, ni el saber todas las lenguas, ni el tener toda la ciencia de los hombres y los ángeles es nada sin la caridad: dar a los pobres en limosna toda la hacienda, y aun entregar su propio cuerpo a las llamas para que allí se abraza y consuma, nada de eso me place ni aprovecha para la vida eterna si no la anima la caridad⁸.

Como se ve, Dios es todo amor, y por lo mismo quiere y exige que todo se le dirija y consagre por amor⁹. Por esta razón al precepto de amarle sobre todas las cosas como a Creador, Redentor y Remunerador¹⁰, ha incluido el de amar al prójimo como a sí mismo¹¹, que es como indicarle la regla y medida que debe guardar, sin que le sea lícito traspasar estos límites ni faltar a los mismos¹². Fúndase este precepto en que siendo Dios, como queda dicho, Creador del hombre, formado a imagen y semejanza suya¹³ y además ennoblecido por haber vestido Yo su naturaleza, emparentándole así en cierto modo con la divinidad¹⁴, es muy conforme se amen en Mí y por Mí unos a otros, como hermanos e hijos de un mismo Padre¹⁵, que a todos ha destinado el cielo por herencia y desea darla a todos para que disfruten de su gloria y felicidad por los siglos de los siglos.

Considera ahora, Desideria, que si este mandamiento de amor obliga tan estrechamente a los seglares, de manera que ninguna virtud me complace en ellos si va despojada de caridad, ¿no será mucho mayor y más perfecta la que exigiré del religioso¹⁶, que está más obligado no solo a practicarla, sino a enseñarla e inculcarla a los demás por razón de su estado? A ese fin se le escoge de entre la multitud, se le sen ala lugar en mi casa y se le conceden mayores dones y gracias para que, apartado del bullicio y demás cuidados del siglo, pueda con mayor reposo dedicarse a conocerme y amarme, a la par que ser panegirista y ejemplar vivo de caridad.

DESIDERIA. Entiendo, Amor mío, que os ha de causar mucha pena y disgusto ver a un religioso falto de caridad, por la que deseáis se conozcan y distingan vuestros verdaderos amigos¹⁷, que son llamados a tan alto grado de santidad y perfección.

JESÚS. Ciertamente que me ofende en extremo el religioso que carece de esta fundamental virtud de la caridad, sin la cual se queda frío como mármol para obrar el bien; de modo que de poco le aprovechan los demás actos, que a ser animados de dicha caridad le servirían de gran mérito y recompensa. Precisamente si he venido al mundo ha sido, según queda insinuado, para encender en él este fuego divino¹⁸, y si inspiro de cuando en cuando los varios institutos religiosos es con el fin de que en ellos se conserve y fomente ese fuego de amor puro. Pues si en el mismo sagrado recinto no se inflaman los corazones, ¿dónde se inflamarán? Y si los religiosos llamados a conservarlo y a propagarlo entre los demás lo dejan apagar en sí mismos, ¿qué lo avivará?

DESIDERIA. Tan solo esta sencilla reflexión debería causar rubor y confusión al religioso menos caritativo y deferente con su prójimo. Dice el adagio que amor con amor se paga y que obras son amores y no solo buenas razones: el verdadero amor, por las obras queda probado¹⁹.

MARÍA. La caridad para que sea verdadera debe ser bien ordenada, a saber: que se ame a Dios sobre todas las cosas y por sí mismo, con sinceridad y sin mezcla de otra ficción o interés que se desvíe de este amor puro²⁰. No siempre y todos los que dicen que aman a Dios dicen verdad; muchos se engañan en

sus propias palabras. El que dice amar a Dios y rara vez entre día recuerda su presencia²¹, ni tiene el respeto debido en hacer la voluntad de este soberano Señor²², ni vela lo suficiente para evitar ofenderle, no solo con pecado grave, sino también con culpas leves, ¿cómo se atreve a decir que le quiere de veras?²³ Y aquél que es tan amante y apegado a sus gustos y comodidades que por no privarse de ellas ni atiende ni ayuda a sus hermanos, en una palabra, que no favorece y consuela a sus prójimos, ¿con qué razón puede decir que los ama como a sí mismo?²⁴ ¿Por ventura no ha dicho Jesús, verdad eterna, que Dios debe ser amado en espíritu y en verdad²⁵, y que las obras han de dar testimonio de este amor?²⁶ El verdadero amante gusta hablar con frecuencia del objeto de su amor y se complace en que otros le hablen también, le alaben y engrandezcan; busca obsequiarle y darle gusto en todo; mira y se desvela por las cosas del amado con mayor solicitud e interés que por las suyas propias; nada se le hace pesado ni difícil con tal de contentarle; nada le arredra ni detiene y llega hasta el extremo de dar por él la vida, si así place al dueño de su corazón²⁷. Esta es la regla del amor puro y sincero. Considera, pues, con qué rostro mirará Jesús al religioso que, distraído y olvidado del sagrado deber y demás obligaciones de su profesión, lleva una vida fría y por consiguiente falta de amor de Dios y del prójimo. Dignos son de compasión estos tales, porque de ordinario la muerte les sorprende en ese estado de distracción y son tratados como siervos malos e inútiles.

DESIDERIA. Consoladoras son vuestras palabras, Madre mía, para los verdaderos amantes de su Dios y del prójimo, pero atemorizan las señaladas para los fríos y egoístas. No permitáis en mí jamás el menor asomo de desagradecimiento al Señor.

JOSÉ. Para no venir a caer en tan reprehensible defecto, persuádate de que después de la gracia de Dios, la cual nunca falta a los que la pierden²⁸, todo depende de ti misma. Obras son amores, has dicho: ejercítate mucho en obras de verdadera caridad y no te faltarán auxilios y toques interiores de lo alto²⁹, ni tampoco mi protección juntamente con la de tu Madre, María. Mientras se vive en este mundo es preciso luchar, y solo consiguen victoria los que se hacen violencia constantemente³⁰. Esta violencia consiste principalmente en resistir la natural tendencia a las cosas materiales que hacen olvidar las del cielo; en remover la pereza que inclina a la holganza y pasatiempo; y por fin, al odioso egoísmo que solo mira por su comodidad y en nada atiende para el consuelo y utilidad del prójimo.

La caridad se fija siempre en Dios que es su centro, y girando continuamente a su alrededor, sin salirse de su círculo, ama todo lo que gusta a este Señor³¹ y ejecuta y cumple cuanto al mismo Señor place y quiere³². De donde nace que quien tiene caridad es paciente y benigno; no es envidioso, no obra con precipitación, no se ensoberbece, no es ambicioso, no busca sus provechos y comodidades, no se deja llevar de la ira; aunque reciba injuria o perjuicio, no juzga mal; piensa bien de todos, excusa y echa a buena parte todo lo que la evidencia no le obliga a condenar como malo; no se goza de la iniquidad, que es lo contrario a ley santa de Dios, sino que se goza de la verdad, que es lo conforme a la voluntad divina; siente honda pena si ve al Señor ofendido y se llena de gozo al verle honrado y servido como se merece. La caridad todo lo soporta, encubre los defectos y faltas del prójimo; todo lo cree; siendo en bien y provecho de los demás, todo lo espera, sin que jamás desconfíe de la corrección y enmienda³³.

Despréndese de aquí que amar al prójimo por solo motivo de parentesco, amistad, simpatía u otro motivo puramente humano no es caridad, sino más bien amor natural o de carne y sangre del que ni los mismos bárbaros carecen³⁴. Tampoco es verdadera caridad amarle únicamente porque es noble, sabio, prudente o porque espera de él algún favor o utilidad. La caridad es desinteresada, abraza, sirve y presta ayuda a todos con sinceridad, sin distinción de clases ni de fortuna, sean ricos o pobres, nobles o plebeyos, sanos o enfermos, ya que todos forman un cuerpo y una misma familia redimida y regenerada por su cabeza, que es Cristo³⁵.

DESIDERIA. ¡Cuán hermosa es la caridad, amados de mi alma! ¡Oh, si ella fuera más amada y practicada de los hombres, seguramente este valle de miserias se transformaría en antecámara del cielo! Acabarían los crímenes y ambiciones, los atropellos y egoísmos, las envidias y detracciones, en una palabra, cesaría del todo el imperio de las pasiones. Y si no, dígalo una Comunidad en la que esta virtud reine en todos sus individuos como legítima soberana... Copia fiel de esta vuestra dichosa morada, se convierte aquella en casa de paz, verdadera residencia de Dios³⁶ y en hermoso seminario de todas las virtudes.

VISITA TRIGÉSIMA QUINTA

Necesidad de la mortificación

Encarece Jesús a Desideria la necesidad de la mortificación interior y exterior.- Concepto de Desideria.- Doctrina de María.- Contestación.- Serias reflexiones de José.- Efectos que éstas causan en Desideria.

JESÚS. Ya que de nuevo estás con Nosotros, cara Desideria, continuaremos nuestras instrucciones para que te sirvan de gran luz y provecho y puedas asimismo favorecer con ellas a tus prójimos¹, con lo cual se ejercita magníficamente la caridad, preciosa virtud de la cual hablamos con bastante extensión la visita pasada. Cumpliendo lo que te llevo prometido, quiero hablarte hoy de cuan necesaria es a todos la mortificación para alcanzar victoria de sí mismos, pero muchísimo más al religiosos, por razón de su estado y profesión.

Doctrina mía es, y como ves la he confirmado con el propio ejemplo, que cualquiera que desea venir en pos de Mí es necesario que tome su cruz y me siga², dando por seguro que no hay otro camino que conduzca al hombre a la vida eterna. Si Yo que soy su Creador y Redentor, y por consiguiente el camino, la verdad y la vida³, ha sido conveniente no solo que abrazara la cruz, sino que muriese en ella⁴ para abrir de nuevo las puertas del cielo, cerrado a los hombres por el pecado de Adán⁵. ¿Quieres tú que éstos entren en él por otro camino más ancho y placentero? ¿Es por ventura conforme que el siervo tenga mejor mesa que su señor, o que el criado vaya bien montado a caballo y el dueño ande a pie fatigado? Entré en el mundo pobre y humilde⁶ y lo he conquistado con todo género de privaciones, sufrimientos y contradicciones⁷. ¿No es, pues, muy conforme que todos los que desean venir a gozar de mi triunfo y gloria eterna sigan el mismo camino que Yo he andado, y observen los preceptos que les he intimado? Y si esto es para todos, ¿qué deberá hacer un religioso que por las singulares gracias y particulares favores que ha recibido de mi mano se ha obligado a seguirme más de cerca y con mayor fidelidad servirme, no solo por el buen cumplimiento de los preceptos en general, sino también de mis consejos?

El seglar que quiere de veras conquistar el cielo ha de hacerse necesariamente violencia para contrariar las pasiones y no ser víctima de sus tiranías⁸, pero el religioso debe hacérsela mucho mayor, porque a la par que debe combatir como hombre dotado de razón y como cristiano al igual que los demás, él, por razón de su vocación y fuerza de los votos de pobreza, castidad y obediencia, debe abstenerse no solo de las cosas ilícitas, sino de otras muchas que son lícitas a los seglares, como son retener la propiedad de las cosas temporales, casarse y gobernarse por sí mismo, con otras varias comodidades y satisfacciones no prohibidas en mi santa ley.

Infiérese claramente de lo dicho que no basta para el religioso cumplir mis preceptos al modo que lo verifican los simples fieles, sino que la mortificación debe ser para él como el hábito principal en que ha de querer vivir y morir⁹; ya que solemnemente me ha prometido renunciar no tan solo a las criaturas, sino también a sí mismo, para depender en todo de Mí y hacer gustoso mi voluntad¹⁰. Esto no se consigue sin hacerse una santa violencia, esto es, declarando guerra a las pasiones y mortificando sin tregua los sentidos exteriores. Ninguno será admitido en mi reino y coronado allí de gloria que no haya legítimamente combatido¹¹. Es preciso no olvidar que los enemigos son muchos, fuertes y constantes; por consiguiente, si alguno se duerme durante la lucha, duradera por toda la vida, será vencido como cobarde y al fin castigado y tratado con ignominia.

DESIDERIA. Según entiendo por lo que acabo de oír de vuestros labios divinos, Jesús mío, la mortificación viene a ser una especie de muerte espiritual que preserva a todos, particularmente al religioso, de una vida sensual y desordenada con todas las de-más consecuencias que de seguir esa vida se desprenderían¹².

MARÍA. Esa es la verdad. La mortificación es para la vida interior lo que los alimentos sanos para la salud del cuerpo, que en faltando éstos luego desfallece y llega a morir. Y si no, dime, hija, ¿de dónde nace que se vean tan pocos seglares espirituales y tantos religiosos poco fervorosos, sino del criminal olvido de la mortificación en unos y otros conforme pide su estado?

Aunque es necesario que todos amen y practiquen la mortificación, como queda dicho, sin embargo es preciso precaverte contra un error que podría perjudicarte. Religiosos hay que parece aman la mortificación y de hecho se mortifican en algunas cosas que les parece, pero no atienden ni quieren mortificarse en otras como sería menester. Se engañan en esto tontamente a sí mismos, y pierden el mérito de uno y otro; porque la mortificación para que sea buena y fructuosa ha de ser entera y universal~ Mortificarse en una cosa por propia elección y paciencia, y no querer mortificarse en otra porque no gusta o la considera algo ardua y pesada, eso es no tener espíritu de mortificación; es más bien todo lo contrario¹³.

Otro inconveniente se ha de evitar también en esto de la mortificación, y es el que no sea indiscreta y sin consejo, para que no venga a parar en flojedad o abandono. Los hay que a los principios de su vocación, llevados de su fervor y faltos de experiencia, se dan a muchas penitencias y privaciones, mas como el exceso les fatiga y desalienta, luego lo dejan todo con gran pérdida de su alma, contentándose con solo reprimir sus pasiones y malas inclinaciones, persuadidos de que esto les bastará para que no pasen a actos exteriores desordenados, en cuyo juicio andan ciertamente errados, pues sabida cosa es cuán difícil se presenta querer evitar la explosión de una mina cargada en la que se ha dejado prender fuego. Para curar las enfermedades del cuerpo, lo primero que hace el médico experto es conocer la causa y raíz de las mismas; de igual modo debe proceder el religioso si quiere que sus pasiones y malas inclinaciones no lleguen a producir frutos amargos; es preciso que conozca y corte la raíz de ellas por medio de una prudente mortificación, o sea contrariando resueltamente las naturales malas inclinaciones¹⁴.

DESIDERIA. Vuestras palabras me advierten, Madre mía, que no todo lo que a primera vista parece mortificación tiene el mérito de tal y que entre los religiosos no todos se esfuerzan lo que debieran para llegar por medio de la mortificación al grado de perfección a que ellos mismos se han obligado con voto sagrado.

JOSÉ. Desgraciadamente es cierto lo que dices, Desideria, y de ahí el que en muchos religiosos se cumpla también lo dicho por Jesús, a saber: que son muchos los llamados y pocos los escogidos¹⁵, o sea los que perseveran fieles en sus buenos principios¹⁶. Como la lucha entre la carne y el espíritu, entre la sensualidad y la razón¹⁷, produce cierta fatiga y causa pena, de ahí que el hombre se espante y acobarde hasta rendirse con ignominia al enemigo; pero es porque no hace buen uso de las armas que para estas luchas le da Dios¹⁸, ni se acuerda de pedirle socorro, que si lo hiciera cual conviene, segurísimo podría estar de la victoria, puesto que Jesús así lo tiene prometido¹⁹ y primero faltarán el cielo y la tierra antes que deje de cumplirse su palabra²⁰. ¿Quieres tú, hija, no pasar plaza de cobarde ni ser presa de tanta desdicha? Deposita toda tu confianza en Dios y date de veras a la mortificación al modo dicho, que de seguro llegarás sin tropiezos a la cumbre de la perfección²¹. No te arredres por las dificultades que suelen presentarse durante el viaje, porque la gracia de Jesús aligerará y dulcificará su peso y aspereza; y si es cierto que se ha de luchar por toda la vida²², no se debe olvidar que ésta es breve e incierta²³ y que no tienen comparación los trabajos aquí sufridos por amor de Dios con la eternidad feliz que en cambio se promete²⁴. A la hora de la muerte todo religioso quisiera haber vivido mortificado y muy observante de las Reglas de su Instituto; pero, ¡ay!, reconoce su yerro cuando ya no lo es posible remediarlo.

DESIDERIA. Ahora más que nunca entiendo cuán tristemente equivocados caminan todos los que esperan conquistar el cielo siguiendo el camino del placer y regalo, mayormente siendo religiosos. Está visto; es preciso darse con empeño a refrenar los asaltos y rebeldías de la sensualidad y declarar guerra sin cuartel al cuerpo cuando pide lo que no es conforme a la buena observancia de la ley de Dios y reglas particulares del propio estado. Y como el premio prometido a los que os siguen de veras, Jesús mío, llevando la cruz por medio de la mortificación es tan rico y duradero²⁵, desde ahora os doy palabra de que acepto gustosa lo que sea de vuestro agrado señalarme, sin perderos de vista, a fin de daros la gloria y honor que os son debidos.

VISITA TRIGÉSIMA SEXTA

De la paciencia

Recibe Jesús de nuevo a Desideria y la instruye en lo referente a la virtud de la paciencia.- Breves palabras de Desideria.- Doctrina de María.- Deducción que de ella hace Desideria.- Otras reflexiones de José.- Resoluciones

JESÚS. Bienvenida seas, Desideria. En tu exterior se retrata el buen efecto que causaron en tu alma nuestras anteriores reflexiones encaminadas a demostrar la necesidad que todos los hombres tienen de darse a la mortificación, a fin de llevar con fruto su cruz y muy en particular el religioso por razón de su estado. Hoy, pues, versara nuestra conferencia sobre la virtud de la paciencia.

Ante todo debes persuadirte, Desideria, de que es tan necesaria a los hombres la virtud de la paciencia¹, que ninguno sin ella es posible consiga la eterna bienaventuranza que les tengo prometida, ni siquiera que disfrute de verdadera paz en este mundo². Si la paciencia como virtud consiste en aceptar de buen grado y plena voluntad por mi amor y servicio todas las contradicciones y penas, sean interiores o exteriores, y sufrirlas con ánimo resignado y valeroso, muy claro se ve no ser fácil tener ese valor y esa resignación sin el constante ejercicio de cristiana paciencia. Es muy obvia la razón de esta necesidad. Una vez perdida la vida de paz y felicidad del paraíso terrenal por el pecado de Adán y desde luego convertida ésta en destierro³, llamado con razón valle de lágrimas, no se puede estar en ella sin que sobrevengan frecuentes disgustos y se ofrezcan no pocas dificultades, con la particularidad de no darse en la tierra lugar ni condición alguna donde no abunden las lágrimas y adversidades⁴. Busque y escoja cada uno de los mortales el estado y método de vida que mejor le parezca y acomode; tenga bienes temporales cuantos desee; entréguese a su disfrute cuanto imagine, y con todo eso no dejará de tener luchas, pesares, disgustos, fastidios y cansancios⁵: de allí donde menos esperaba, de ordinario recibirá trabajos y aflicciones que no puede evadir ni el sabio ni el ignorante, el rico ni el pobre, sacerdote ni religioso, dado que todos hacen morada en tierra donde se entra llorando y se sale de ella con dolorosos gemidos⁶. La cruz que el Señor señala a cada uno es preciso llevarla de grado o por fuerza⁷, pero lo primero con incomparable mérito, lo segundo con indecible castigo⁸.

Son muchos los que, faltos de paciencia, huyen como espantados de la cruz, y cuando a su turno ésta les toca, como no pueden menos, según queda dicho, se inquietan y forcejean por sacudirla luego de sí, sin lograr su intento, porque la cruz les persigue en todas partes, con la particularidad de que se hace más pesada cuanto mayor es el empeño y diligencia de escapar de ella, y al que no quiere ninguna le rodean muchas. Estos, como es consiguiente, en lugar de encontrar sosiego para sus cuerpos y tranquilidad para sus espíritus, aumentan su malestar, que les engendra grande inquietud y de ahí les viene una tristeza que les impide el ejercicio de las buenas obras y abre la puerta a no pocos pecados y desórdenes~ Por eso dice el Sabio que la tristeza mata a muchos, no solo de cuerpo, sino también de alma⁹.

¡Cuan diferentes son los efectos que produce la santa paciencia! Ella modera el dolor y pena que naturalmente proviene de la tribulación: esta moderación conserva la razón para que no sea turbada por la avalancha de aquellas pasiones, y con esa mayor quietud logra esté el alma más sosegada y tranquila, y así poder cerrar con mayor tranquilidad la entrada a errores y otros pecados que suelen cometerse cuando el ánimo está inquieto y turbada la razón¹⁰. De donde resulta también que la paciencia, haciendo obrar con mayor calma, resignación y prudencia, no se precipita, y con la reflexión le es más fácil evitar los tristes efectos del odio, de la ira, venganza y otros males que espontáneamente brotan del pobre corazón humano¹¹.

DESIDERIA. Según veo, Jesús mío, así como la paciencia es el gran medio para conservar el ánimo tranquilo y clara la razón para contener al hombre en su deber, es la impaciencia el gran recurso de que echa mano el demonio para arrastrarle a cometer muchos defectos y pecados¹².

MARÍA. Efectivamente. El demonio, capital enemigo de todo bien e incansable atizador de todo lo malo, conociendo la flaqueza del corazón humano y no ignorando que no se puede vivir en este mundo sin contradicciones y penas, no pierde ocasión y se vale de toda clase de armas y embustes al objeto de incitar a los mortales a la impaciencia, porque la experiencia le persuade de que el impaciente suele obrar a manera de torrente desbordado que arrastra cuanto encuentra a su paso o como torbellino que todo lo troncha y destruye.

Supongo que tú, hija mía, quieres librarte de semejante desorden y evitar las faltas tan graves. Pues sé muy paciente y experimentarás de cuántas amarguras te librarás y cuántos otros bienes de alma y cuerpo reportarás¹³. Los santos llaman a la paciencia compañera inseparable de la paz, guarda de las virtudes y medicina universal. Por el contrario, el impaciente de ordinario vive inquieto y melancólico, se hace pesado a los demás, que esquivan su trato en cuanto pueden, lo cual viene a ser para el infeliz como un anticipado purgatorio. Mas este martirio se hace aún más pesado al religioso, porque habiendo dejado el mundo por amor de Dios y prometido sufrirlo todo por salvar su alma, carece por culpa suya de los consuelos que pudiera recibir de sus hermanos y no le llegan los del cielo porque lo impiden sus alborotos e impaciencias.

Por otra parte, son varios los que pretenden pasar plaza de pacientes sin serlo, y si algunas veces estalla su mal humor en palabras u obras, quieren sincerarse, aumentando con eso su falta y agravando el pecado; otros se creen bastante justificados de su resentimiento e impaciencia con decir: es un deber defenderse de las injurias; precisa refutar los falsos testimonios para que aparezca la verdad de las cosas; no es bueno tolerar que se acuse a uno sin razón o por envidia; con otras mil excusas que sabe muy bien inventar el refinado amor propio, ayudando a ello la nunca bastante ponderada malicia del demonio. Pero ¿qué les valdrán en el tribunal de Dios todos esos estudiados encubrimientos? ¿Es ése el ejemplo que les da Jesús y la doctrina que enseña? ¿Son éstos más inocentes que su divino Maestro, que de buen grado y con suma tranquilidad e inalterable paciencia sufrió calumnias, injurias, falsos testimonios, afrentas y todo género de baldones¹⁴, no solo de gente plebeya¹⁵, sino de parte de reyes¹⁶, magistrados¹⁷ y sacerdotes¹⁸, y no únicamente en privado¹⁹, mas también y mucho mayores en tribunales y plazas públicas?²⁰ Ya ves, hija, que ninguno podrá alegar excusa delante del Señor para justificar sus impaciencias.

DESIDERIA. Paréceme colegir de lo que acabo de escuchar, Madre mía, que si bueno y utilísimo es tener paciencia en las penas y adversidades de la vida y recibir además con ánimo agradecido y humilde las correcciones o penitencias que tal vez nos fueren impuestas por los descuidos y faltas cometidas, conocidas de nosotros como tales faltas, no consiste en eso solo el mayor mérito; sino que la paciencia, para que tenga todos los quilates de bondad, particularmente en el religioso, ha de mirar más alto e ir más allá, esto es, saber sufrir por puro amor de Dios y tolerar con animo varonil y perseverante las envidias, detracciones, calumnias, falsos testimonios, las penitencias u otros castigos y violencias que sin culpa de nuestra parte nos vinieren²¹.

JOSÉ. En eso cabalmente estriba el subido valor y extraordinaria recompensa de la preciosa virtud de que venimos hablando. Por desgracia son bastantes los religiosos que no se fijan lo que debieran en esta doctrina, no solo enseñada, sino fiel y heroicamente practicada por Jesús²², y por nosotros imitada en el grado que con su gracia y favor nos es posible²³. Los hay que de propia voluntad se dedican a ciertos ejercicios de caridad y piedad, que afligen sus cuerpos con ayunos, cilicios y disciplinas, soportando todas esas cosas con aparente devoción y paciencia; y digo aparente porque silos superiores, por razones que no son del súbdito averiguar y saber, intentan ordenar a los mismos diferentes o parecidos ejercicios o penitencias, al punto se les ve turbados e inquietos y aun cuando las ponen por obra dejan traslucir su impaciencia y se comprende que aquello se hace de mala gana y como por fuerza. Este proceder, lejos de ser meritorio, es altamente reprehensible, ya que no hacen caso ni quieren recordar la promesa hecha a Dios de renunciar su propia voluntad y querer; para hacer en todo y por todo la del superior, que le representa acá en la tierra²⁴.

Causa admiración, a la par que lástima y tristeza, ver cómo muchos de los seculares, llevados tan solo de vanagloria, interés material u otra pasión cualquiera, toleran con paciente constancia no pocos desdenes y disgustos y hasta sufren adversidades y fatigas que exponen su propia vida para conseguir sus fines terrenos, cuando muchos de los que se han consagrado del todo al Señor con solemne voto, no saben, o mejor, no quieren violentarse apenas en cosa alguna, ni sufrir de buen grado y por amor de Jesús, no digo ya las enfermedades, injurias y desprecios, mas ni siquiera las amorosas y caritativas advertencias o correcciones del superior, o una simple palabrilla del hermano Infelices los que de tal manera se portan dentro de la religión; más les valiera no haberla abrazado!

Que los del mundo, como no renuncian a la propia voluntad ni abdican de su honra, se crean con

derecho a defenderse a sí mismos y a gobernarse por sí solos, no es de admirar ni produce tan mal efecto si alguna vez son presa de alguna agitación o impaciencia; pero lo produce grande y causa no pequeño escándalo ver un religioso altanero o impaciente, por la razón de que se le considera un ser muerto a las pasiones y entregado del todo a Dios y por El a una ciega e infantil obediencia y sumisión.

DESIDERIA. Persuadida, Padres míos, de que la paciencia es tan necesaria a todos, y singularmente a los religiosos, que sin ella no se puede tener vida tranquila ni agradar a Dios ni edificar al prójimo, resuelvo a fin de hacerme familiar esta bella virtud, que convierte al que la posee de un temple inalterable, desprenderme enteramente de mí y entregarme del todo a la voluntad divina, ya que vela incesantemente por los suyos y conoce perfectamente lo que a cada uno conviene, así en orden al aprovechamiento espiritual como a la salud o enfermedad del cuerpo, pues nada permite, sea o no agradable a la flaca criatura, que no la encamine a mayor gloria suya y salud de las almas²⁵. Beso con todo mi cariño vuestras plantas, y con la santa bendición partiré a continuar mis domésticos deberes.

VISITA TRIGÉSIMA SÉPTIMA

De la mansedumbre

Recibido el afectuoso saludo de Desideria, Jesús instruye a ésta sobre la virtud de la mansedumbre.- Entusiastas palabras de Desideria.- Ventajas de la mansedumbre indicadas por María.- Prosigue José la misma materia.- Resoluciones de Desideria.

JESÚS. Otras veces te he indicado algo, cara Desideria, referente a la mansedumbre, pero quiero hoy hablarte con más detenimiento de tan hermosa virtud, que tan bien sienta en todos los hombres, que tan simpático y venerable hace al religioso, que Yo mismo la venero y practico¹; invitando además a todos indistintamente que la aprendan de Mí². Esta virtud, hermana de la paciencia, tiene la propiedad de mantener la tranquilidad del alma contra los ímpetus de la ira; inclinándola a los actos de virtud con menos dificultad y con ello refrenar la parte irascible y apaciguar el cuerpo de las inmoderadas pasiones que aquella suele levantar, a fin de que éste no tome fuertes bríos contra el espíritu.

Es la mansedumbre de sí sola tan amable que rinde los corazones mas irritados y duros. Compréndese su belleza e importancia con solo compararla con su contrario el vicio de la ira. ¡La ira! ¿Has visto, hija, alguna vez un hombre airado? En semejante estado de arrebato, parece que solo le queda la figura de ser humano, porque turbada la razón, que está como ciega y por consiguiente privada de ver con la claridad conveniente para inspeccionar y dirigir con la calma necesaria la parte inferior, ésta usurpa el mando y señorío que corresponde a la superior, resultando de este desorden que el hombre por entonces no se acuerde de Dios, ni de su dignidad, ni de sus mas rudimentales deberes³. ¡A qué condición se rebaja! ¿Puede concebirse humillación mayor ni condición tan bochornosa para el que es criado a imagen y semejanza del mismo Dios, ni presentarse objeto más desedificante, feo y desagradable a sus semejantes? A estos y aun otros mayores males conduce la ira, o sea la falta de mansedumbre, como de ordinario son: proferir palabras incoherentes y descompuestas, gritar a manera de dementes, amenazar venganzas, irritarse, no solo con los que le rodean, sino contra sí mismo; con otros defectos que sería prolijo enumerar, motivando muchas veces tanto trastorno y males, incidentes muy ligeros o cosas de escasísima importancia⁴.

DESIDERIA. Está visto, Jesús mío: si quiere el hombre conservar su dignidad entre sus hermanos y desea agradaros, es necesario que se esfuerce en ser manso y humilde de corazón, según el ejemplo que Vos nos dais⁵. ¡Dichosa virtud, que regula al hombre, conserva ordenadas las potencias del alma y dispone admirablemente para alabar y servir a su Creador, no menos que para edificar al prójimo!

MARÍA. Ya que tan enamorada te veo de esta virtud, mi querida Desideria, quiero decirte otras ventajas y bienes que ella proporciona, así de alma como de cuerpo.

La mansedumbre no solo tiene la propiedad de comunicar paz y tranquilidad al que la posee, sino que transforma a éste como a instrumento el más a propósito para sosegar y calmar la impaciencia y la ira de los prójimos, que es acto grandísimo de caridad.

Porque ¿quién no se ablanda a una respuesta suave, a una afectuosa amonestación, a una demostración benigna? Si con estos o parecidos actos se amansan y domestican los animales, ¿cómo no suavizarse el hombre dotado de razón? ¿Ves, pues, cuán beneficiosa es la mansedumbre? Por tanto, no temas, hija, ni te parezca demasiado todo el trabajo y solicitud empleado en luchar contra la inclinación de la viciada naturaleza, tan propensa a la ira y venganza, ya que propio es del religioso, mas aún que de los seglares, ordenar bien las pasiones, refrenar los sentidos y mantener la paz interior del alma⁶.

JOSÉ. También yo, Desideria, voy a decirte cuatro palabras sobre esta agradable virtud, ya que, por más que se la panegirice, nunca será lo bastante.

Advierte que Jesús ha colocado la virtud de la mansedumbre entre las Bienaventuranzas, que es como decir: solo los mansos de corazón son los que disfrutan de aquella verdadera paz que es dable acompañe al hombre mientras vive en este valí e de lágrimas, y la que le dispone con seguridad para conseguirla y disfrutarla mas perfecta y duradera en el cielo⁷.

Acerca de la práctica de esta virtud quiero, Desideria, estés advertida contra el error de aquellos, poco espirituales, que dicen o creen que no se ofende esta virtud sino cuando uno se excede en palabras injuriosas, en desafueros, imprecaciones u otros parecidos defectos; pero se engañan en eso lastimosamente, porque la verdad es que afea y se opone a la virtud de la mansedumbre todo resentimiento consentido, toda palabra desabrida, todo desacato o desdén, en fin, todo acto menos caritativo⁸. Y si del seglar pasamos al religioso, ¿qué diremos? No hay duda de que éste, por razón de su estado, viene mucho más obligado a la perfección y por consiguiente debe brillar más en él esta virtud, ya que ni el hábito que lleva, ni el lugar santo en que afortunadamente mora, le libran del todo de los golpes de sus jurados enemigos, mundo, demonio y carne, para que descuidado deje de adornarse de aquella de las virtudes que más edifican al prójimo y mejor caracterizan su profesión⁹. Sin embargo, a pesar de toda la astucia y malicia de tan pérfidos enemigos, con dificultad deslustrará el vicio de la ira e impaciencia al religioso que procura conformarse en todo con la voluntad divina y considera además que su profesión exige completa paz y unión con sus hermanos y que no cuadran bien en discípulos de Jesús actos contrarios a los enseñados y practicados por su divino Maestro¹⁰.

DESIDERIA. Resulta de lo dicho que así como la mansedumbre semeja al hombre a la quieta e inofensiva oveja¹¹, por el contrario la ira e impaciencia le convierten en irritado león y venenosa serpiente, haciéndole intratable con los demás y nada apto para las cosas de virtud¹². Libradme, amados míos, de vicio tan repugnante e infundidme el espíritu de mansedumbre para honra vuestra, bien de mi alma y edificación de mis hermanos.

VISITA TRIGÉSIMA OCTAVA

De la santa discreción

Venida Desideria a la caía de la Sagrada Familia.- Jesús le explica cuán necesario es obrar con discreción en todas las cosas.-Afectos de Desideria.- Reflexiones de María.- Otras reflexiones de José.- Impresiones de Desideria

JESÚS. De nuevo te tenemos a nuestra presencia, amada Desideria, y como te veo aprovechada y deseosa de mayor instrucción, continuare mi enseñanza para que sepas gobernarte en todo cual conviene a un alma que desea de veras amar y servir a Dios. Nuestra conversación versará hoy sobre la virtud de la discreción, que tan necesaria se hace para todos, por cierto bastante olvidada aun de aquellos que hacen profesión de virtud.

Digo, pues, ¿qué es la discreción o en qué consiste esta bella virtud, que da brillo y realza a todas las demás? La discreción fundada en la prudencia, la primera de las virtudes cardinales, que son como la base de todas las otras virtudes, tiene por objeto dar a todas las cosas aquel justo valor o peso que les corresponde según la recta razón y conforme a la ley de Dios, sin concederlas más ni menos, ni por exceso ni por defecto¹. De donde se infiere que la misma justicia, segunda de las virtudes cardinales, no sería tal en su aplicación, no yendo precedida y acompañada de la primera, y en faltando la primera,

¿cómo se llamaría virtud?

La indiscreción, como no se fija en las circunstancias de las cosas, ni reflexiona lo suficiente los resultados, ni acomoda a cada uno lo que le corresponde, es de suyo perturbadora y causa inmediata de serios errores y males no pocas veces difíciles de remediar². Esta es la razón por la que muchas cosas, buenas en si mismas, dejan de serlo por no estar hechas o aplicadas con la debida discreción. Y si no, dime, ¿quién puede calcular las funestas consecuencias de una palabra dicha fuera de sazón y según las personas que la oyen? ¿Cuántos disgustos, riñas, enemistades y otros gravísimos males no ha producido y puede causar una noticia o secreto comunicado a otro u otros sin la debida discreción? En las mismas Comunidades religiosas, ¿de dónde nacen por lo regular ciertos resentimientos y repugnancias, ciertos celos y aversiones entre los hermanos y más aún la misma relajación en la disciplina monástica, dónde tiene muchas veces origen y de dónde se nutre sino de las palabras y noticias, dichas aquéllas y llevadas éstas a los demás indiscretamente?³ Conviene, pues, que antes de hablar se piense lo que se propone decir, a fin de evitar lo que pueda ser causa de disensiones y quebranto de la caridad; así como antes de obrar es preciso calcular el bien o el mal que pueda resultar de aquella obra⁴.

DESIDERIA. Muy elevada es esta doctrina, Jesús mío, puesto que revela suma perfección. Entiendo que esta virtud es para todos los demás lo que la sal para los alimentos, que así como esta los sazona y conserva, del mismo modo la discreción adereza las obras humanas para que sean virtudes a Vos agradables⁵.

MARÍA. Bella comparación has hecho, amada hija. La discreción debe ordenar o como sazonar todas las palabras y acciones de la criatura racional, pues a ese fin la recibió su Creador. No hay duda de que la falta de reflexión es la que produce la precipitación, de donde se origina la indiscreción que tantos daños hace a todos, singularmente a personas religiosas y espirituales. Y no extrañes te diga que daña más a éstos. La razón de este mayor mal y peligro consiste en que algunas de esas personas, constituyéndose maestras y jueces en causa propia, no quieren guía ni consejero en sus penitencias, orden de vida y otras aflicciones corporales. Llevadas de esa indiscreción, se cargan a veces con ayunos, disciplinas, silencios y otros excesos, con lo que vienen a perder luego la salud del cuerpo o disminuyen sus fuerzas de tal modo que apenas son buenas para cosa de provecho, ni para sí, ni para otros; resultando de todo ello que en lo mismo que han pretendido agradar a Dios le han disgustado con su indiscreción, cayendo en el lazo que con ello les prepara el diablo, porque sabe bien este astuto enemigo que aquel que una vez ha perdido la salud a consecuencia de tales indiscreciones, por el exagerado temor de no perderla de nuevo, suele caer en el vicio contrario, cuidándose y regalándose en demasía⁶.

Para que las penitencias y mortificaciones sean provechosas y aceptas a Jesús, conviene vayan siempre acompañadas de humildad, sujetándolas con docilidad al parecer y aprobación de los directores y padres espirituales, y también de obediencia ejecutando con fidelidad únicamente lo que ellos ordenan o permiten⁷.

Además, si errados van los que se entregan a penitencias corporales sin la debida discreción, no lo andan menos aquellos que se creen que la virtud estriba en la multitud de penitencias y en un buen número de rezos u otras devociones sin cuidarse por otra parte de la verdadera mortificación interior, que consiste en abnegarse a sí mismo, sujetarse por completo a la obediencia y servir a todos como esclavo por amor de Dios. Las penitencias, a la verdad, son poderosos medios para llegar a esta muerte interior y por eso agrada tanto a Jesús, hechas, como se ha dicho, con la debida discreción, mas las rechaza si ésta no las acompaña siempre. ¿Y como quieres que guste a Jesús una mortificación de la carne si ésta no va encaminada a lo principal, que es la mortificación de los vicios del alma? Eso es lo que Jesús estima, porque con ello se conserva el verdadero orden, esto es, que la carne esté sujeta al espíritu y éste a su Creador, ya que de lo contrario puede el amor propio y vanidad malograr el fruto que de aquellas cosas pudiera lograrse, ya un servir de tropiezo a otros, ya por imitar sus excesos, ya por considerar la penitencia como cosa demasiado penosa y que trae peligro⁸.

JOSÉ. Te has persuadido, Desideria, de que todas las palabras y acciones de cuantos dicen amar la virtud y muy particularmente las del religioso han de dirigirse a mayor gloria de Dios, sin que le gusten, si no están sazonadas por la virtud de la santa discreción. Pues si esto es así, juzga tú cuánto disgusto y enojo le causará ver a esas almas privilegiadas indiscretas en el comer y beber, en el dormir y otras

muchas cosas de las que tan fácilmente del uso se pasa al abuso, y de ahí a la completa relajación⁹.

Se ha dicho que la discreción es indispensable a todos y por consiguiente a superiores y súbditos. A los primeros ordena que sean afables y compasivos, tratando a los subordinados con amor de padre, no exigiendo más de lo que conviene, ni cargándoles con peso superior a sus fuerzas, porque no todos están dotados de igual grado de inteligencia, ni disfrutan la misma robustez¹⁰. A los segundos les enseña a honrar, reverenciar y obedecer a los superiores y mayores, sin desatender a los iguales e inferiores¹¹.

Por último te diré, Desideria, que la indiscreción tiene mucho de dureza y crueldad. Dime, si no, ¿cuánto no contrista y aflige el corazón, no solo de un superior que está obligado a velar por el orden, paz, unión y adelanto espiritual de la Comunidad, sino también el de cuantos buenos que oyen las palabras o presenciar los actos de algún indiscreto?

DESIDERIA. Se deja ver que la discreción viene a ser en nuestras obras y palabras como el fiel en la balanza, que señala el más pequeño exceso o defecto. Ayudadme, pues, Padres míos, a conseguirla en superior grado, ya que a vosotros tanto os place y a mí me conviene.

VISITA TRIGÉSIMA NOVENA

De la santa indiferencia

Enseña Jesús a Desideria lo mucho que interesa al religioso el espíritu de santa indiferencia.- Breves palabras de Desideria.- Contestación de María.- Advertencias de José.- Juicio de Desideria.

JESÚS. Bienvenida seas, Desideria. Como vemos tu constancia y el deseo que tienes de aprovechar, continuaremos nuestra instrucción, que podrá versar sobre lo mucho que importa al religioso estar siempre indiferente en todo cuanto le aconteciere o le fuere ordenado por su superior.

¿Y qué viene a ser la indiferencia para el religioso y para cualquier alma fervorosa? No otra cosa que la solícita vigilancia y esmerado cuidado que se pone en conservar el ánimo tranquilo y preparado para aceptar con entera sumisión y rendimiento por mi amor y servicio todo cuanto pueda acontecer, sea esto agradable, sea contrario a la flaca naturaleza, que es lo mismo que decir: quedar siempre y enteramente pendiente de la divina voluntad¹.

Dados estos antecedentes, se echa de ver desde luego la importancia de esta virtud para hacer algún adelanto en el camino de la perfección, sin la cual en vano se intenta llegar. Y la razón es muy obvia, porque siendo la indiferencia hija de la resignación, no puede tener indiferencia el que no esté animado de resignación, y no puede afirmarse que sea resignado sino aquel que procura hacer mi divina voluntad en todas las cosas², así como tampoco puede en verdad decirse que hace en todo mi voluntad el que, siguiendo en parte la suya, no acepta como permitidas o venidas de mi bienhechora mano algunas contradicciones y adversidades porque no son de su gusto o deja de cumplir como se debe ciertas obligaciones y obediencias que le desagradan³. El que así obra, lejos de poderse creer indiferente, ha de persuadirse de que no dará paso certero en el camino de la perfección, de la misma manera que no lo da en las ciencias el discípulo que, en vez de escuchar las explicaciones del maestro y atenerse a los libros que éste le señala, quiere andar a las suyas y dirigir en lugar de ser dirigido. Esto cabalmente acontece al religioso que no cuida de vivir indiferente y no se deja enteramente a la dirección y gobierno del superior, que ocupa mi lugar⁴. ¡Ojalá no fuera tan común este perjudicial defecto, aun entre aquellos que se llaman y se creen observantes!

DESIDERIA. Según vuestra doctrina, Jesús mio, la indiferencia del religioso, para que os sea del todo agradable, jamás debe poner *peros*, ni alegar dilaciones, ni poner mal rostro a lo que se manda.

MARÍA. Es muy cierto, Desideria. ¿Por ventura el religioso no ha dejado el siglo y se ha sujetado a la obediencia para ser dirigido y no para dirigirse a sí ni a otros, a fin de caminar seguro y no exponerse a tropezar? Pues desde luego el que no admite de grado y buena voluntad cuanto el Señor permite le acontezca, o no acepta y cumple todo lo que la obediencia le ordena, claro es que olvida su deber y descuida culpablemente lo que conviene para su salud y provecho espiritual, toda vez que mejor que él mismo, por ser fácil le ciegue la pasión, conoce el superior lo que más le conviene, así en lo referente al espíritu como al cuerpo.

El que desea ser buen religioso, siempre y en todo caso cumple luego y lo mejor que puede la cosa mandada, sin examinar si lo que se le ha ordenado es más o menos agradable, más o menos pesado, más o menos humillante u honroso, bastándole por toda razón saber que es voluntad del superior, no viendo en lo que se manda manifiesto pecado⁵.

JOSÉ. Otro defecto contra la virtud de la indiferencia, bastante común, has de procurar evitar, Desideria, y es el de aquellos que por sentir repugnancia en estar donde o con quienes la obediencia los cree útiles, o en el desempeño de aquel oficio, cargo o ministerio que el superior entiende sería más del servicio de Dios y utilidad del prójimo⁶, se inquietan y viven descontentos y atribulados, atribuyendo esta su inquietud y malestar al lugar donde residen o a las personas con quienes viven, al cargo que desempeñan o indiferencia y poca caridad de los que gobiernan, cuando no es ésa la raíz de su mal y pesadumbre, sino la falta de santa conformidad e indiferencia; y así, por más que se les cambie de personas o se les dé otros oficios u ocupaciones, lejos de encontrar alivio empeoran, porque allí donde van llevan consigo la causa de la enfermedad que produce sus dolencias, y como no quieren aplicar el remedio que tienen a su mano, no curan de la enfermedad.

Hay otros religiosos que pecan contra esta virtud por razón contraria y son los que de tal modo se aficionan y encariñan a un lugar o a ciertas personas que al querer los superiores disponer de ellos para otros puntos o ministerios se turban y entristecen, influyen y buscan medios para que éstos desistan de su modo de pensar, alegando a veces que allí donde están dan mucha gloria a Dios y honra al instituto, sin querer comprender que de ordinario todos esos razonamientos son inspirados por el amor propio, fomentados por la carne y atizados por el demonio⁷.

DESIDERIA. No queda duda, Padres míos, de que el religioso que no trabaja por llegar a esta santa indiferencia y no se conforma y sujeta del todo y para todo a la dirección y voluntad de sus superiores es fácil que su veleidad y amor propio le lleven a querer cosas y desempeñar cargos para los que ni es llamado de Dios ni tiene dotes ni fuerzas convenientes. Pero dado que las tenga, ¿qué le aprovecha eso para su espíritu, si no se deja llevar y gobernar como niño inocente e inexperto? Y no siendo así, ¿en qué cosas podrá contar con él su pobre superior? Se ve que esto sería hacer el gobierno difícil, por no decir imposible, alterar todo buen orden y más bien servir de estorbo que no de alivio a la Comunidad. Libradme de tal error y desatino por vuestra clemencia y piedad.

VISITA CUADRAGÉSIMA

De la modestia religiosa

Habla Jesús a Desideria sobre la virtud de la modestia.- Un afecto de Desideria.- Bellas palabras de María.- Aviso de precaución que da José.- Provecho que cree haber sacado Desideria.

JESÚS. Bienvenida seas, hija. Siéntate y atiende bien, que me propongo hablarte de una de las virtudes de Mí más queridas y que edifican al prójimo en gran manera. Esta es la santa modestia, que tan bien sienta en toda clase de personas, pero sobre todo en religiosos por estar consagrados particularmente a Dios. Demos principio y pregunto: ¿Qué te parece viene a ser, Desideria, la modestia religiosa? Es la pacífica, sencilla y ordenada ejecución de todos y cada uno de los actos y movimientos exteriores de la persona, cuya raíz está en el interior y son conformes a la ley de Dios¹. Se ve, pues, que las acciones externas han de salir del corazón y no separarse de lo que dicta la sana razón y prescribe mi santa ley, porque, de lo contrario, mejor se pueden llamar hipocresías semejantes actos que no de modestia². La modestia viene a ser como el brillo de todas las virtudes, y de ahí la necesidad de amarla y practicarla.

He dicho que esta virtud no solo es agradable a mis ojos, sino que también a los hombres todos³, y es porque despidе de sí tan suave y agradabilísimo olor, que atrae a cuantos le perciben y tira tan fino y derechamente su arco que hiere el corazón de todos los que la miran. Tal es su eficacia, que es imposible resistir por mucho tiempo a su poderoso influjo. Así es que apenas se dan personas tan libres y descompuestas que no se moderen a presencia de otra que sea de veras modesta, sirviéndoles muchas veces este buen ejemplo de mayor correctivo y produciendo en sus almas mas saludables efectos que un

largo y persuasivo sermón⁴. De modo que en verdad puede afirmarse que un religioso modesto seguidamente y en todas partes predica y causa tanta autoridad, que todo en él persuade y alcanza lo que quiere.

DESIDERIA. Preciosa virtud la de la modestia y hermosos son sus frutos: ¿quién no la amará y se honrará con ella?

MARÍA. Verdaderamente, hija, ésta es la virtud, después de la castidad, que más embelesa a Jesús y complace a los ángeles y almas buenas. Es la compañera inseparable de la castidad, de esta virtud que tanto asemeja los mortales a los espíritus celestiales, y por eso ¡qué agradable impresión y saludables efectos no causa a todos la presencia de una persona modesta! Por el contrario, ¡cuán triste y desagradable impresión no produce la vista de un acto menos modesto, mayormente de un religioso! Esta vista hiere directamente al corazón, y a veces es tan profunda la estocada, que es difícil, si no imposible, el curarla. ¡Cuántos males no se originan de las inmodestias! Por eso se observa que el religioso *comodón* y poco amante de guardar en todos sus actos, así en público como en privado, una estricta modestia, ni es devoto ni espiritual; y lejos de tener autoridad como tal delante de los seglares, apenas se les respeta ni hacen caso, y en lugar de edificar a los de dentro y fuera de casa, los escandaliza, haciendo grande mal sobre todo a los del mundo que, a manera de niños inconscientes, piensan serles lícito todo lo que ven hacer a los religiosos, a quienes miran como modelos de los demás⁵.

JOSÉ. ¿Qué te diré más de lo que acabas de oír, Desideria, sobre la hermosísima virtud de la modestia? Verdad es que serían muchos los elogios que de ella podrían hacerse, mas ahora solo quiero precaverte de un error en que suelen caer hasta algunos religiosos. Dicen que delante de Dios basta la buena intención, puesto que el Señor quiere principalmente el corazón y que en lo demás no hay que mirar tan fino. Excusa necia porque en nada les justifica. Es cierto que Dios quiere la rectitud de intención y buena voluntad, pero asimismo exige que todas las palabras y acciones sean conformes a esa buena intención y voluntad y por eso recompensa todos los actos exteriores que de allí nacen cuando son buenos y le desagradan y los castiga si son malos⁶.

Otro error es necesario evitar y es el de aquellos que delante de los demás procuran presentarse y estar modestos, pero a solas se toman ciertas libertades y se cuidan muy poco o nada de componer y ordenar los apetitos del ánimo y las aficiones del corazón. No es ésa la modestia enseñada y practicada por Jesús, aparecer modesto al exterior sin serlo de corazón; ésa es modestia farisaica, que en vez de premio recibirá tremendo castigo. Jesús quiere compostura en las acciones exteriores y decencia en las costumbres, pero que proceda todo del interior, sujetando todas las pasiones a la razón⁷. Ésta es la verdadera modestia y la que debe siempre acompañar al buen religioso de día y de noche, solo y acompañado, en la iglesia y fuera de ella, en la mesa y en cualquier otra reunión.

DESIDERIA. De todo lo dicho se desprende claramente, Padres míos, que el religioso, llamado a la casa de Dios al objeto de que le dé mayor gloria y él camine más directamente y con mayor seguridad a la perfección de su alma y edificación del prójimo, debe procurar con todo empeño guardar modestia, así en lo interior como en el exterior⁸. Entiendo que para hacerse uno familiar esta virtud, el gran medio es andar constantemente en vuestra divina presencia, porque ¿quién será tan atrevido que no guarde moderación y decencia si de veras os mira presente?⁹

VISITA CUADRAGÉSIMA PRIMERA

De la oración

Trata Jesús de la necesidad de la oración.- Aspiraciones de Desideria.- Reflexiones de María.- Más avisos de José.- Propósitos de Desideria

JESÚS. Estás otra vez con nosotros y bienvenida seas, cara hija. De muchas cosas de virtud hemos conferenciado hasta aquí y aún no te he hablado en particular de la santa oración y de las circunstancias que la deben acompañar para que sea agradable a Dios y provechosa al alma.

La oración es el acto de acudir humilde y confiadamente la criatura racional a su Creador para admirar

su grandeza y atributos, darle gracias por los beneficios recibidos y tratar con este Señor de las propias y ajenas miserias, para que, como padre amoroso y compasivo, socorra a sus hijos necesitados. Por esta razón los buenos llaman a la oración: sacrificio agradable a Dios, azote del demonio, socorro poderoso del alma; y dicen bien.

Pero advierte que dicen: sacrificio agradable a Dios. Pues para que esto sea verdad, preciso es que el obsequio se haga a gusto de aquel a quien se ofrece y no a capricho del oferente. De donde se sigue que el principal fin del que ora debe ser únicamente agradar a Dios y no por agradar o complacer a otros ni a sí mismo¹. Para ello es preciso que la posición del cuerpo sea muy modesta y toda la oración siempre humilde², respetuosa, confiada y perseverante³; sin que sean bastantes a estorbar o desistir de tan santo ejercicio todas las astucias del demonio, enemigo acérrimo de la oración, que procura apartar de ella fomentando la distracción, el tedio y pesadez, ya insinuando la desconfianza por la tardanza en conseguir lo que se pide, ya finalmente con otros muchos engaños que le sugiere su refinada malicia. Ahí tienes, hija, como compendiado lo que es la oración, así como lo que debes hacer para que me sea grata y lo que debes evitar para que no se convierta contra ti misma. La oración bien hecha penetra los cielos y llega al trono del Altísimo⁴ como perfume oloroso, compuesto de escogida mirra y suave incienso⁵.

Si la mayor parte de los hombres entendiesen lo que gusta a mi Padre celestial la virtud de la oración y las innumerables gracias que por su medio derrama y desea conceder, de seguro que muchos más se entregarían a ella, y los que alguna vez la emprendieron no la dejarían con tan punible facilidad⁶. Mas para que ninguno pueda excusarse ni alegar temores, Yo mismo la he practicado y enseñado al propio tiempo el modo de hacerla⁷. Por eso he dicho que el Padre celestial gusta y quiere que al entrar a la oración todos le llamen Padre, para que así tomen confianza, ya que un padre siempre escucha benigno los ruegos de su hijo y quiere remediar sus necesidades⁸; y advierte que se recuerde que este Padre está en los cielos al objeto de que no se olvide que es Todopoderoso y que no es este mundo la propia patria y definitiva morada, sino la de arriba, que ha de durar eternamente. Asimismo he hecho mención de las cosas que principalmente se deben pedir a tan omnipotente y misericordioso Señor, como son el que sea santificado su nombre; que reine acá entre los hombres; que se haga su voluntad así en la tierra como en el cielo; que conceda el pan cotidiano y que otorgue el perdón de todas las culpas y ofensas que se le hacen, así de las propias como de las ajenas, a la manera que nosotros las perdonamos por su amor a los que nos han ofendido o injuriado⁹. En esto consiste el verdadero ejercicio de la oración¹⁰, tan precioso a los ojos de mi Padre y tan provechoso al que de veras en él se ocupa, que a veces difiere conceder la gracia que se le suplica, a fin de que se prosiga en la misma oración y así aumente su mérito y se le otorgue aquélla mucho mayor de lo que esperaba.

DESIDERIA. No hay duda, Jesús mío, de que según lo que acabáis de decirme, el darse de veras al ejercicio de la oración es la ocupación más grande, noble y provechosa a que puede dedicarse la criatura racional durante su peregrinación en este valle de luchas y miserias. Y a la verdad, ¿a qué más puede aspirar el hombre que ser admitido a tratar familiar y confiadamente con su Creador sobre los negocios que tanto le interesan para esta y la otra vida¹¹, alabarle por su infinita grandeza, admirar sus atributos y darle gracias por todo lo que ha recibido de su liberal mano, no menos que agradecer lo que espera aún alcanzar?¹²

MARÍA. Con gozo veo, Desideria, que te aprovechan nuestras lecciones, pues cabalmente en eso que acabas de decir consiste el santo ejercicio de la oración, tan recomendado por mi Hijo santísimo, no solo de palabra, sino mucho más con el ejemplo, al que han procurado imitar lo más posible todos los justos¹³. Colígese de aquí cuán lastimosamente se engañan muchos que por frívolos pretextos dejan la oración, o si no la abandonan del todo, no la hacen como es debido. Estos se privan voluntariamente de muchos consuelos y bienes inmensos, así de alma como de cuerpo; y si son religiosos, como vienen mas obligados a ello por razón de su estado, causan a Dios mayor disgusto, sobre todo cuando los ve perezosos y poco puntuales en acudir a este santo ejercicio a las horas señaladas en ~as reglas de su instituto, o si acuden es como por fuerza, están allí distraídos, deseando que se acabe pronto. ¡Pobrecillos los que tan distraídos viven en un asunto de la mayor importancia! ¡Lástima que no se advierta en éstos tanta puntualidad y afición para la oración como para las horas de refección corporal y recreo!

Hay que tener presente que en la oración se deben pedir cosas buenas, porque el suplicar, no digo ya

cosas dañosas, sino inútiles q que no convienen, ni se pueden pedir, ni el Señor las concede. Esta es la razón por qué algunos no alcanzan lo que piden, o porque piden lo que no les conviene, o porque no lo suplican como se debe¹⁴. Así, por ejemplo, pide uno ser libre de tal o cual tentación o contrariedad; otro, curar de esta o aquella enfermedad; otro, conseguir esta o aquella gracia: mas como el Señor entiende que aquello no le conviene para bien de su alma, como padre amoroso y médico inteligente le concede, sí, lo que le es útil, pero no le otorga lo que le sería dañoso, a la manera que la buena madre no da a su hijo lo que le ruega, si prevé que aquello ha de lastimarle, por más que el niño, que no entiende ni calcula el peligro, se enfade y prorrumpe en llanto.

De lo dicho se origina el gravísimo error de algunos, que al ver que no alcanzan luego lo que piden, se inquietan y, llevados de la desconfianza, dejan la oración so pretexto de que no saben hacerla, ya que el Señor no se digna escucharles; con lo cual, aparte de causarse gran perjuicio a sí mismos, infieren injuria a Dios, cuyas delicias, según tiene prometido, son estar y conversar entre los hijos de los hombres¹⁵. La oración debe ser siempre humilde¹⁶ y perseverante¹⁷, puesto que es ciertísimo que el Padre celestial quiere socorrer a los que le suplican y ruegan¹⁸; mas, para nuestro bien, ha querido ocultarnos el cómo y cuánto tiene determinado favorecernos y conceder lo que se pide.

JOSÉ. El demonio suele apartar del santo ejercicio de la oración con otro engaño no menos perjudicial al alma que el indicado por María, y es el de aquellos que, sintiéndose secos o sin devoción y consuelo, se cansan y lo abandonan, sin pararse lo conveniente en si esa sequedad o indevoción puede nacer de culpa suya, ya sea por falta de preparación¹⁹, ya por asistir a ella con distracción de diversos pensamientos, ya por no resistirlos cuando allí se le presenten²⁰. Si no ve culpa de su parte, ¿por qué dejar tan santo y saludable ejercicio? Y si la hay, ¿no es mejor humillarse delante de la divina Majestad y procurar enmendarse? Esto es lo que Dios quiere por parte del hombre; por lo demás, bien sabe este bondadoso Señor que el tropezar algunas veces por flaqueza o distracción es propio de la humana miseria. *Septies in die cadet justus*²¹. De manera que a la oración no debe asistirse por gusto o devoción, sino más bien para dar gloria a Dios y conservarse en su gracia y amistad²², recibiendo a gran merced el ser admitidos a su presencia; de lo contrario recibiría ya toda la paga en este mundo y se privaría de la eterna.

Los hay también que se cansan de la oración porque en ella son combatidos de importunos pensamientos, escrúpulos y otros temores. Se ha dicho ya que nada de eso debe inquietar ni mucho menos producir desconfianza, si no hay culpa conocida por parte del que ora. Estos fantasmas son como las sombras, que no manchan el objeto que tocan, y así ningún mal causan al alma cuando vienen contra la voluntad y son rechazados con la debida prontitud y diligencia; antes bien, muchas veces suele permitirlos el Señor para probar más la fe, amor, fidelidad y constancia, y por consiguiente hacer su oración más meritoria²³. Esta es la que propiamente se llama oración de recogimiento y de presencia de Dios.

Hay asimismo otra especie de oración muy meritoria para el alma y agradable a Dios y es a la que tanto exhorta Jesús cuando enseña que conviene siempre orar y no desfallecer²⁴. Se puede decir que no deja de hacer oración y de dar gloria a Dios aquel que cumple siempre lo mejor que sabe y puede todas las obligaciones de su estado y que, lejos de excederse en aquellas cosas, aun en las más necesarias, como por ejemplo el comer, beber, dormir y otras, procura en todo ello cumplir y hacer la voluntad de Aquel que así ha querido ordenarlo.

DESIDERIA. No olvidaré, Padres míos, que la oración para que sea buena y provechosa debe tener las condiciones de humilde, confiada y perseverante; que no se debe asistir a ella por el cebo de la quietud, consuelo o gusto sensible, y que nunca deben retraer de ella ni las distracciones, tentaciones, aflicciones u otros fantasmas, ya que todo eso, si no es por culpa del que ora, o lo permite el Señor para mayor mérito del alma, o es malicia del demonio, que con semejantes espantajos pretende desanimar y apartar de la oración, o a lo menos disminuir el fruto de ella. Bendecidme y ayudadme con vuestra gracia, concediéndome el don de oración.

VISITA CUADRAGÉSIMA SEGUNDA

De la gratitud para con Dios

Instruye Jesús a Desideria sobre la gratitud que se debe a Dios por los beneficios recibidos.-Confesión de Desideria.- Indicaciones de María.- Otras advertencias de José.- Súplica de Desideria

JESÚS. En la última visita te inculcamos, hija, la necesidad de la oración, las condiciones que deben acompañarla y los defectos que se deben cuidadosamente evitar para que sea provechosa. Ahora versará nuestra conversación acerca de la gratitud que es debida a Dios por los beneficios y gracias que cada uno ha recibido y recibe de su liberalísima bondad.

La gratitud a los dones y favores recibidos es tan agradable a Dios y aun a los mismos hombres, que no solo es de todos alabada y complace más que todo al que dispensa el beneficio¹, sino que entraña en sí misma tal virtud y atractivo, que parece da fuerza y comunica inclinación irresistible para otorgar otros y mayores favores.

Si es natural que la gratitud sea en todo caso proporcionada a la magnitud de los dones recibidos, fácilmente se puede colegir cuál debe ser la del hombre para con Dios, cuya bondad infinita tan grandes y en tanto número se los ha dispensado y se los dispensa todos los días². En primer lugar, le ha sacado de la nada, dándole el ser que tiene para que pudiera reconocer y admirar las obras de la creación³. A este fin le ha hecho a su imagen y semejanza y le ha dotado de un ser noble, capaz de razón libre, superior a todas las demás criaturas visibles⁴. Constituido como jefe y administrador de este mundo, ha sujetado a su autoridad las aves del cielo y los peces del mar, los animales y plantas de la tierra, con todo lo demás que en ella se encierra⁵. ¿Quién no ve ser esto grandísimo beneficio, que, por más que concedido a todos los hombres, en nada disminuye esto su inmenso valor y honra?

Pero no ha concretado en lo dicho el Todopoderoso su benevolencia para con la criatura racional; la ha sublimado más todavía: la destinó a fin sin comparación más noble y dichoso, como es verle y gozarle en su misma gloria por toda una eternidad⁶; y todos esos dones y prerrogativas le han sido concedidos sin mérito alguno de su parte, y sí tan solo por exclusivo efecto de la bondad y amor del Creador.

Cierto que son grandes y magníficos todos estos beneficios, pero, ¡ay!, a pesar de haber sido creado el hombre con tanto honor y para fines tan levantados, no tuvo el agradecimiento debido; afeó su nobleza con negra ingratitud, consintiendo en el pecado de infidelidad que le inspiró el demonio allá en el paraíso terrenal, con lo cual afeó su inocencia, y aparte de las penas corporales a que desde luego vino sujeto, cerróse él mismo la entrada del paraíso celestial que le fuera prometido⁷. Grande era su miseria en semejante estado y penosa la esclavitud que bajo el tiránico poder de Satanás había de sufrir; mas no bastó a mi amor dejarle abandonado para siempre en su infortunio⁸, y tomé a mi cuenta el precio de su rescate, para satisfacer por él plenamente a la divina justicia lo que éste le debía por su desacato⁹.

¿Y sabes a qué precio pagué ese rescate? Yo, que gozaba de eterna felicidad en el seno de mi Padre celestial y era servido de los ángeles, no desdeñé bajar a la tierra y vestirme de la forma de pecador, sujetarme a las necesidades humanas¹⁰, a padecer hambre¹¹ y sed¹², frío y calor, cansancios y fatigas, dicerios, calumnias y persecuciones, hasta dar mi vida en el más infame y doloroso de los patíbulo, clavado de pies y manos en la cruz¹³. ¿Qué te parece y qué te dice todo eso, hijo mío? ¿Hay beneficio comparable a éste, ni amor semejante a este amor? ¿Se ha visto ni oído jamás que un amo haya tomado con parecido empeño y sacrificio pagar la culpa y pena de un criado, o de algún señor que haya llevado a tal extremo de sacrificio el rescate de su esclavo?¹⁴ Y si también es verdad que todos estos beneficios y bondades los he dispensado a todos en general, es cierto asimismo que no todos gozan igualmente de sus frutos, porque no todos tienen la luz de la fe, ni se esfuerzan para legar a ella, a fin de conocerme y amarme. Mas tú, hijo mío, y todos los cristianos que han tenido la incomparable dicha de nacer en el gremio de mi santa Iglesia, alumbrados con mi celestial doctrina, provistos de tantos y tan poderosos auxilios por la participación de los Sacramentos que les he dejado para que una vez regenerados se conserven mejores y no caigan, y si alguna caída dan puedan desde luego levantarse y recuperar lo perdido¹⁵, ¿qué te parece de ello? ¿Soy o no digno de su más profunda gratitud? Y los que no la tienen, ¿con qué palabras podrán encarecerse su desvío y qué castigo no merecerá su ingrato proceder?

DESIDERIA. Señor, ya que veo ser yo una de esas almas tan favorecidas con vuestros dones gratuitos, procuraré de hoy más ser muy agradecida. Confieso ingenuamente que hasta aquí no he correspondido como debía, pero procuraré enmendar mi falta y haré que mi conducta manifieste cuánto os amo y deseo

serviros.

MARÍA. Si es tan justo y debido el amor y agradecimiento a tan soberano Bienhechor de parte de todos los hombres por tantos beneficios como acabas de oír, ¿cuál te parece debe ser el de aquellos que con mayor abundancia de luces celestiales y fuerzas superiores los ha llamado a un estado de más elevada virtud, al objeto de que en él le honren y sirvan con mayor fidelidad y ternura acá en la tierra y por el) darles un galardón también mas rico y precioso en el cielo? Estos cabalmente son los religiosos, pues con ellos quiere Jesús tratar y conversar mas familiarmente, dándoles al efecto repetidos toques interiores y concediéndoles particulares gracias¹⁶. Por esta razón su agradecimiento y fina correspondencia debe ser más que regular, extraordinaria, ya que extraordinarias son las gracias y distinciones.

JOSÉ. Todavía se hace más estimable esa particular distinción si se tiene en cuenta que la mayor parte de los llamados a tan alto y honroso estado, más bien que mérito alguno de su parte, para merecer tanta gracia han puesto no pocas veces óbice a los designios que Jesús tenía sobre ellos con sus imperfecciones y aficiones terrenas¹⁷. Pero como el que ama de veras no excusa ni economiza trabajos ni sacrificios, he aquí por qué Jesús no descuida a los religiosos, que son sus particulares amigos y familiares, antes bien cuida de ellos cual tierna madre a sus hijitos, unas veces apartándolos de las ocasiones y peligros, otras dándoles fuerzas superiores para resistir a las tentaciones del demonio y de la carne, otras en fin desembarazando su imaginación de cosas nocivas y peligrosas que pudieran dañarles¹⁸. Y a pesar de todo, ¡cuántos religiosos serán contados en el número de los ingratos!

DESIDERIA. Feos y detestables son todos los vicios, pero entiendo, Padres míos, que ninguno más reprehensible que la ingratitud. Por vuestra piedad y por lo mucho que me queréis, no permitáis que yo jamás imite a semejantes almas innobles, que no saben ni se esfuerzan por dar pruebas de que son agradecidas a los favores recibidos¹⁹. Concededme la gracia de que yo, como alma sumamente agradecida, no flaquee en emplear mi salud, mi vida y cuanto tengo por la mayor gloria en primer lugar de Jesús, mi principal Bienhechor, y luego por honra vuestra, María y José.

VISITA CUADRAGÉSIMA TERCERA

De la perseverancia

Nueva visita de Desideria a la Sagrada Familia.- Jesús habla de la necesidad de la perseverancia en el bien comenzado.-Temores de Desideria.- Exhortaciones de María.-Afectos de Desideria.-Reflexiones de José.- Convicción y despedida

DESIDERIA. De nuevo a vuestra presencia, amadísimos Padres míos. Muy preocupada me ha tenido y bastante ha sido la pena que me ha causado el pensamiento de que puedo, atendida mi flaqueza, ser tildada un día de ingrata por mi poca fidelidad en serviros y amaros con todo mi corazón, con toda mi alma y con todas mis fuerzas. ¿Seré tan desgraciada, Jesús de mi alma? ¡Ay, no! Mil veces antes la muerte que cometer tal felonía.

JESÚS. Mucho me complacen esos tus buenos deseos y santos propósitos, hija mía, y preciso es trabajar para que no se enfríen y amortigüen. Pero ánimate y sabe que solo es ingrato a mis beneficios, dones y gracias, así generales como particulares, aquel que quiere, y solo porque quiere. Por esta razón principalmente te hablaré hoy de la santa perseverancia, virtud tan necesaria que, por decirlo así, a ella está como vinculada la continuación de mis favores y por consiguiente la salvación eterna¹. De donde también se sigue la necesidad que todos tienen de pedirme con instancia y fervor esta gracia en particular, la que concedo muy gustoso a cuantos de corazón me la suplican².

¿Qué es, pues, la perseverancia, me preguntarás tal vez, o en qué consiste? La misma palabra es de sí bastante clara y expresiva. Es la continuación no interrumpida en el bien obrar, y adelantar en el amor y servicio de Dios a proporción de las luces y fuerzas que este bondadosísimo Señor se digna comunicar al alma.

La perseverancia tiene por madre la constancia, por lo que no es raro oír entre la gente del mundo:

«Fulano ha conseguido tal o cual cosa, fruto de su constancia.» Y, en efecto, el que es constante en soportar los trabajos e incomodidades que lleva consigo cualquier empresa, de él se dice que quiere aquello de veras y se presume saldrá con su intento: pues, por idéntica razón, el que sufre gustoso y sin hacer paradillas las molestias y penalidades en cualquier obra virtuosa, se dice que persevera en el bien comenzado³.

Claro se ve, por lo dicho, que no basta el haber recibido de mi mano muchos favores y dones, ni el haber escuchado mis toques interiores, ni aun el haber dado principio a obrar bien; sino que es preciso y necesario continuar sin interrupción en mi amor y servicio⁴. ¿Por ventura no fueron creados en el cielo los ángeles adornados de indecibles dones y gracias, y el hombre, aunque hecho de tierra, no fue dotado de suma felicidad e inocencia? ¿Dónde están ahora gran parte de los primeros y qué le aconteció al segundo? Aquéllos fueron arrojados a un padecer y fuego eterno⁵ y el segundo Adán, fue echado con ignominia del paraíso terrenal, quedando sujeto a muchas miserias, de cuyo castigo hizo participante a toda su descendencia⁶. ¿Y por qué tanta desdicha? ¡Todo por la inconstancia! No se contentaron con lo mucho que se les había dado y así perdieron con gran castigo lo que tan gratuitamente habían recibido, porque todo aquel que apetece y quiere más de lo que le conviene, justamente es privado de lo que se le dio de balde.

Ya se comprende, hija mía, que si todo lo dicho es aplicable a los hombres sin excepción, obliga más directa y estrictamente a los religiosos por las muchas razones tantas veces aducidas. ¡Oh, cuantos de éstos se pierden por no perseverar en lo que tan feliz y santamente comenzaron! Y muchas veces no perseveran porque, luego de entrados siguiendo mis inspiraciones, más tarde se enfrían y no se contentan con el estado y condición que se les señala en la religión, olvidando al propio tiempo el beneficio que les he dispensado al orillarles todos los estorbos y demás inconvenientes que se les presentaran, a fin de que pudieran realizar el llamamiento. Dime, pues, ¿qué excusa podrá alegar cualquiera de estos infelices cuando se le pida cuenta de su inconstancia, después de honrado con tantas gracias y favorecido con un sin número de auxilios extraordinarios? Si es cierto que el que más recibió debe mayor agradecimiento⁷, no lo es menos que el despreciador de un favor o gracia se hace indigno de que se le dispense otra nueva. Y así no es de extrañar que muchos religiosos, aun de aquellos que llame y gustosos entraron en mi casa, viviendo bien por algún tiempo en ella, poco después, dominados de la pereza y recordando de nuevo las libertades del siglo, vengán a flaquear y vuelvan a caer en voluntarios descuidos, defectos e infidelidades, de éstas a pecados graves y de los pecados a la apostasía, último precipicio en que suele caer en esta vida el religioso inconstante⁸, para esperar un severísimo juicio después de ella⁹. Castigo muy merecido, ya que habiendo despreciado hacer mi voluntad, ha creído luego ser poco para él lo que le señalaba y daba en mi nombre la religión y se ha persuadido falsamente de que otra vez estará mejor y más tranquilo volviendo al siglo, en donde también podrá amarme y santificarse con seguridad, como otros allí se han santificado y aun podrá trabajar con mayor desembarazo en las cosas de mi gloria y utilidad del prójimo Fatal ilusión y solapadísimo engaño del demonio! ¡Ay de los tales que así se dejan sorprender! ¿No es por ventura extremada locura imaginar siquiera encontrar más quietud en medio del bullicio, del que yo le había apartado para bien suyo, que no en mi santa casa; o mayores o más adecuados medios de defensa viviendo entre poderosos e irreconciliables enemigos, que no retirado y abundantemente municionado y pertrechado dentro de la fortaleza de la Religión?

DESIDERIA. Aturdida me dejan vuestras palabras, Jesús mío, por más que veo ser justa vuestra indignación contra el inconstante e ingrato. ¡Pero es tanta, Señor, nuestra flaqueza, y a veces tan fuerte la tentación...!

MARÍA. No obstante, Desideria, todo eso no es suficiente razón para que ninguno pueda alegar excusa, y mucho menos el religioso. Que el seglar, rodeado de tantos lazos y ofuscado por tantos atractivos, se enrede alguna vez en ellos, no es tan extraño: pero el religioso, iluminado con tantas luces y favorecido con extraordinarios auxilios, ¿a qué efugios podrá apelar para encubrir su inconstancia y feísima ingratitud? ¿Por ventura ignora haberle asegurado Jesús estar siempre a su lado en toda tribulación y lucha¹⁰ y darle la victoria en todo combate con tal que esté firme en la fe y anime su confianza poniendo de su parte los medios de defensa que Dios ha puesto a su disposición¹¹, como son inspiraciones, oración fervorosa, penitencias, uso de Sacramentos y agua bendita, a la que tanta virtud se le ha dado para

ahuyentar los demonios? No, carísima, si alguno cae vencido, es siempre porque quiere, y si no se levanta presto y no se enmienda es por su culpable pereza y negligencia, o por deseos de contemporizar con sus inclinaciones y dar rienda a sus pasiones.

No hay duda de que el resistir las pasiones y malas inclinaciones cuesta algún trabajo y es precisa alguna mortificación¹², pero ¿qué comparación tiene todo eso con el galardón prometido? ¿Por ventura es posible llegar a él por otros medios? ¿No les damos nosotros el ejemplo? Entiende, hija, que Yo, cuando deseaba alcanzar algún favor o gracia extraordinaria de mi buen Dios, hice preceder para conseguirlo muchas súplicas, lágrimas y penitencias; y sin embargo son muchos los que por no querer hacerse un poco de violencia en resistir la contradicción y prueba, permitida únicamente para proporcionarles mérito y gloria eterna¹³, se cansan luego, desfallecen y aun se impacientan; de donde resulta que esta inquietud y mal humor les aturde y les hace menos aptos para el bien. Solo la perseverancia es la que corona las buenas obras, la que les da brillo y perfección¹⁴.

DESIDERIA. ¡Cuan levantadas y provechosas son, Madre mía, estas advertencias! De seguro que a tenerlas todos presentes para practicarlas, no habría que lamentar tanta inconstancia en el servicio del Señor aun entre los que moran dentro del claustro. Entiendo que el gran secreto o medio para conseguir el don de la perseverancia es practicar estas dos virtudes: la humildad, que aparta de una mal entendida confianza y conserva en un santo temor¹⁵ y el espíritu de discreta mortificación, a fin de poner freno a las pasiones y burlar las astucias del demonio¹⁶.

JOSÉ. Así es, carísima, y has acertado al blanco. Precisamente por no estar armados de esas dos tan provechosas virtudes, muchos son los que desfallecen y no perseveran en el camino de la virtud. Miran al trabajo como cosa muy ardua y dificultosa, temen que sera mucho y duradero y que no podrán con tanto peso; con eso se aturden y atemorizan, y en lugar de pedir auxilio y fuerzas al Señor¹⁷ y de esforzarse lo más posible de su parte, dejan decaer el ánimo, pierden la confianza y al fin son víctimas de su debilidad y cobardía.

Hay algunos necios que se engañan a sí mismos y con ello pretenden excusar sus caídas, diciendo: la perseverancia es don gratuito de Dios y solo la concede a quien le agrada. Es eso mucha verdad, pero lo es asimismo que a aquel que hace lo que está de su parte, el Señor en ningún caso le negara su gracia.

Cuando el hombre hace lo que debe, no deja Dios de concederle todo aquello que ha menester, así para su bien particular como para todo aquello que mira a mayor gloria del mismo Señor. Mas siempre y en todo caso es preciso evitar dos extremos que suelen presentarse y son: la flojedad y la terquedad o pertinacia. La primera daña mucho porque se rinde con excesiva facilidad por las dificultades que llevan en sí las obras de virtud; y la segunda perjudica grandemente porque, aferrándose en su juicio y propio parecer, se expone a errar, y aparte del mal ejemplo que su insistencia causa en los demás, da indicios de poca caridad, y que desconoce del todo la humildad.

En vista de todo lo dicho, ¿quién podrá alegar excusa si no persevera en el bien obrar, o qué efugios le aprovecharán al religioso para disimular su negligencia y fría observancia regular y su poco esfuerzo para ir de virtud en virtud y adelantar cada día más en el camino de la perfección a que ha sido llamado y él con firme promesa y júbilo de su alma se obligó, cooperando entonces a la gracia de la vocación? No le faltan avisos y toques interiores del Señor en abundancia¹⁸, se le conceden medios suficientes para poderse apartar del mal y obrar el bien, tiene quien le advierte sus descuidos y defectos con amor y caridad, quien le estimula y da ejemplo en las cosas de virtud y perfección, y sobre todo tiene el perfectísimo modelo de Jesús, que desde que nació hasta la muerte padeció, fue perseguido sin razón y saturado de oprobios, y por fin soportó con indecible paciencia todo género de trabajos y fatigas¹⁹. Pues si Jesús, siendo el justo por excelencia, persevero por amor al pecador en llevar la cruz de tantas penas, contradicciones y desprecios hasta que expiró²⁰, ¿por qué no ha de perseverar en el bien todo aquel que se precia de cristiano y aún más el que por particular y cariñosa inspiración de Dios ha sido escogido para que le sirva y honre en su santa casa?

DESIDERIA. Penetrada quedo, amados míos, de la verdad de que no está el mérito en que uno comience en vuestro amor y servicio, sino en continuar y acabar la presente vida en tan santo ejercicio, ya que nadie será coronado hasta terminada su carrera²¹. Y como se dice comúnmente que no se encuentra pesado lo que con amor se lleva, con todas veras os prometo vivir, de hoy más, tranquila y contenta en el estado a que os habéis dignado llamarme, cumplir fielmente las obligaciones que al mismo atañen y además besar y llevar con paciencia por amor vuestro, Jesús mío, la cruz particular que seáis servido señalarme. Por tanto os suplico encarecidamente, Padres míos, no permitáis sea víctima del engaño del demonio, ni seducida por el bullicio e insolencia de las pasiones, ni dominada de la fatal pereza, a fin de que, haciendo con fidelidad durante esta vida de combate vuestro divino beneplácito, merezca recibir la palma de la victoria y ser coronada en el cielo por toda la eternidad²². Amén.